



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA DE MARÍA LOMBARDO DE CASO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURA
HISPÁNICAS

PRESENTA:
MARIBEL GARCÍA GONZÁLEZ

ASESORA:
Lic. Laura Leticia Rosales Luna



FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS

Ciudad Universitaria

México, 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Introducción	1
I. El “caso perdido” de María Lombardo de Caso	3
II. Argumentos y temas; novelas y cuentos.....	5
• La luz.....	5
• La culebra.....	8
• Muñecos.....	10
III. María Lombardo y su circunstancia	21
• La ambientación en Muñecos de Niebla.....	24
• La ambientación en	
IV. Señoras y señores; niños y adultos	41
• Los personajes .Adultos	41
• Los personajes. Figuras Infantiles de relieve	77
• Los personajes. Mujeres rebeldes.....	78
• Los personajes. De Humorismo.....	81
V. Como se ven, se expresan.....	94
• El estilo de: Las dolencias.....	95
• El estilo de: Las manos.....	97
• El estilo de: La Naturaleza.....	102
• El estilo de: El humor y la muerte.....	103
• El estilo de: Animales.....	104
• El estilo de: Popularismos.....	105
• El estilo de: Gracejadas.....	106
• El estilo de: Sensaciones olfativas.....	107
• El estilo de: Sensaciones visuales.....	107

- El estilo de: Sensaciones acústicas.....108
- El estilo de: Sensaciones táctiles.....108
- El estilo de: Indigenismos.....108
- El estilo de: Reminiscencias del Modernismo.....109

Anexos.....111

Conclusiones.....116

Bibliografía directa.....119

Bibliografía Indirecta.....119

Hemerografía.....121

Mesografía

Notas periodísticas

Dedicatoria

A mi Madre por su gran apoyo incondicional, por su amor infinito, por su gran bondad, por ser mi Madre. Gracias

A mi padre, por su presencia y su respaldo. Gracias

A mi hijo Alfredo, por darme el privilegio de ser madre y ser el motivo de mi vida. Gracias

A Andrés, por estar conmigo, con nosotros, por amarnos. Gracias

A mis grandes amigos, quienes siempre me alentaron a terminar este proyecto. Gracias

INTRODUCCIÓN

La obra de María Lombardo de Caso, aunque corta, merece no sólo las modestas consideraciones que yo pueda hacer sobre ella, sino la atención de auténticos letrados que se encanten con sus relatos y sepan encontrar en ellos aquellas cosas que a mí no me sea dado descubrir.

En estos momentos la literatura atraviesa por una etapa de cambios constantes; especialmente la novela. Los viejos moldes de la narrativa han sido abandonados (quizá, dirán algunos, por lo viejos), y nuevas maneras de narrar se introducen en el género, sobre todo en la pluma de jóvenes que consideran decadentes, pasadas de moda, las que son tradicionales; aunque, en lo esencial, ellos las sigan usando para producir narraciones. Actualmente la novela se ha convertido en un instrumento de reflexión, con el que se pretende mostrar toda la realidad cruda, tal cual es, de la existencia. Los escritores, sin embargo, usan a veces métodos nuevos en la composición: palabras, términos y giros que antes hubieran sido considerados fuera del terreno artístico¹.

Un hombre es un animal que imita o deja de imitar, según conviene a sus intereses, modas de distinto tipo; sin embargo, hay modas artísticas imperecederas porque dan lugar a las obras que subliman el espíritu y no a las que lo perturban. Entre las primeras obras se encuentran definitivamente los textos de María Lombardo de Caso, debido al encanto y la gracia que poseen.

Se trata de relatos sencillos, deliberadamente convertidos en solemnes y profundos misterios. En medio del tráfago literario actual, la forma sencillamente dulce de María Lombardo de Caso encierra una prosa calmada, alegre y tierna que gran cantidad de lectores buscan al acercarse a un texto literario.

Por lo anterior, decidí trabajar con la obra narrativa de la autora antes citada y, apegándome a los elementos formales de un trabajo de investigación, en esta introducción ofrezco los motivos que me llevaron a su obra, así como una breve pero reveladora biografía, porque pienso que la teoría de Wolfgang Kayser es

¹ Recordemos que en la narrativa del neoclásico los escritores no podían utilizar con tanta libertad las jergas populares por tener un radio de alcance muy reducido y no ser comprendidas por la mayoría.

correcta cuando dice que "...cada obra de arte es un todo completo y sólo puede ser entendida a través de su propia esencia. El conocimiento de un autor no puede proporcionarnos ninguna ayuda para la interpretación adecuada de la obra. Como ya se ha dicho, el ideal sería escribir una historia de la literatura sin nombres."² Esto no quiere decir que se abandonen, por ejemplo, los datos biográficos de Cervantes, ya que son importantísimos para apreciar totalmente su obra; pero en el caso de María Lombardo de Caso prefiero -hasta donde sea posible- obtener, a través de sus escritos, los instantes de vida más interesantes y trascendentes para ella y para la literatura de la época.

Una vez revisada la obra dentro de su contexto, presento el análisis de cada una de las obras con el fin de identificar aquellas características que me permitan colocarla en alguna corriente literaria, con el mayor número de argumentos posible.

Como podrá verse, se trata de un rescate de la obra de esta escritora mexicana; un rescate y un reconocimiento de la forma en que presenta temas y personajes de esa sierra poblana con bellezas naturales tan incomparables, como incomparable es su atraso económico y cultural.

Por otro lado, deseo dejar muy claro el hecho de que haber elegido a María Lombardo de Caso no fue un acto de feminismo, sino una muestra de predilección por su estilo suave y dulcemente acogedor, en contraste con otros que se considerarían actuales. Esta revisión de su vida y su obra busca, entonces, demostrar la belleza y calidad de ese estilo casi decimonónico, para así contribuir a crearle un espacio de difusión en la narrativa mexicana contemporánea.

²Kaiser, W. *Teoría literaria*, Gredos, 1975

I. El “caso perdido” de María Lombardo de Caso

Vida y obra

Los datos biográficos están tomados directamente de un currículum elaborado por la misma María Lombardo de Caso, en el cual establece que nació en Teziutlán, Puebla, en 1905.

Sus padres fueron Vicente Lombardo e Isabel Toledano.

Estuvo casada con el arqueólogo Alfonso Caso, con quien tuvo cuatro hijos: Andrés, Alejandro, Beatriz y Eugenia.

Estudió en México y se especializó en el conocimiento de la literatura de varios países. En la Universidad Nacional tomó cursos de filosofía, literatura y arqueología. Asimismo, realizó varios viajes de estudio a Europa y a los Estados Unidos.

Trabajando con su esposo, el Dr. Alfonso Caso, descubrió en 1932 la famosísima tumba 7 de Monte Albán, Oaxaca, con un gran tesoro de joyas indígenas que comprendía objetos de oro y plata, perlas, jades, turquesas, vasos de alabastro, etc. Es la tumba más rica descubierta en el continente Americano.

Sus principales inspiradores literarios han sido los novelistas realistas Dickens, Merimés, Maupassant, Eca de Queiroz, Galdós, Tolstoi y los humoristas ingleses, y entre los modernos Knut Hamrun y Lajos Zilahy.

Entre sus obras se encuentran un volumen de cuentos titulado *Muñecos de Niebla* (1955), diez relatos en los que evoca figuras y cuadros de la vida pueblerina y de su tierra natal, además de varias narraciones publicadas en su momento en el periódico *Novedades*, de las cuales destaca *Zapatos Nuevos*. Dos cuentos suyos “Don Chepito el conforme” y “Una pareja envidiable” han sido traducidos al alemán y recogidos en la antología *Die Resis zumwönnign Fische*; ambos están considerados entre los mejores cuentos humorísticos de la literatura universal. De igual manera, *Llano Grande*, fue publicado en alemán por el Institut für Auslandsbetzi e hungen de Stuttgart.

Su primera novela *Una luz en la otra orilla*, fue editada por el Fondo de Cultura Económica en 1959. Esta obra alude a la lucha por la libertad espiritual de las mujeres, en contra de la mezquindad y mojigatería de la vida provinciana.

Años después (1962), en la Serie Ficción de la Universidad Veracruzana publicó *La culebra tapó el río, novela en que* narra la historia de un niño y su perro, quienes se identifican y se relacionan por la ternura y la soledad que les permite enfrentarse al mundo de los adultos. Con el objetivo alcanzado de plasmar parte del paisaje mexicano en su obra, María Lombardo muere en la ciudad de México en 1964.

II. Argumentos y temas. Novelas y cuentos

Después de exponer algunos antecedentes sobre el origen de la obra y de la misma María Lombardo, presento los argumentos de sus novelas y sus cuentos más difundidos para, posteriormente, analizar la ambientación y los personajes.

Una luz en la otra orilla.

Su argumento gira alrededor de dos puntos de importancia vital: un asalto y una amenaza; ambos asuntos están relacionados con la misma persona: Remedios Gutiérrez.

Mauricio Gutiérrez, rico comerciante en vainilla, hombre extremadamente religioso y puntual, observador de la religión católica y sus mandamientos, ha estado casado con Remedios durante veinte años; pero esa unión no es feliz debido al desapego que él tiene por su mujer y sus hijos. Remedios encuentra consuelo sólo en sus dos retoños: en Rosa, por lo vivaz y en Manuel, por la dulzura. Abnegada, acepta la suerte que como esposa le tocó y no pretende sacudirse de ella en ningún momento, a pesar de que vive angustiada por la grosera actuación de Mauricio frente a la familia, a la que, puede decirse, no quiere ni aprecia. Obligada por la repentina agonía de su hermano Daniel, que vive en Jalapa, Remedios se revuelve entre la angustiada necesidad de pedir a su esposo el permiso para acudir al sepelio, permiso que seguramente le será negado, y la posibilidad de emprender la travesía contra la voluntad de Gutiérrez. Sólo que una circunstancia providencial viene a salvar la situación que se tornaba sofocante para las dos mujeres y el niño: Mauricio sale intempestivamente a su rancho "La Golondrina" donde tiene ciertos negocios que arreglar junto con su compadre Bernabé Jiménez, único amigo y depositario de toda su confianza. Así, Remedios aprovecha la magnífica oportunidad y, acompañada de su hijito, sale de viaje en una de las diligencias de don Laureano Cascos. El coche va de incógnito; ella lleva una fuerte suma de dinero que deberá ser depositada en

Jalapa, y, para evitar el peligro de ser asaltada, nadie ha sido enterado del encargo.

Durante el día todos conversan entre sí y comen sus itacates; pero conforme cae la tarde, se dejan vencer por el cansancio y sólo Remedios queda despierta, reflexionando sobre su vida pasada y su futuro.

Cerca ya de las ocho de la noche, y encontrándose próximos a un paraje llamado “Los Oyameles”, los pasajeros son avisados por el cochero de que pasarán el tramo más peligroso y luego estarán a salvo, ya cerca de Perote. Tranquilos dormitan y únicamente Remedios sorprende en medio del bosque un brillo acharolado que la asusta: son los “Plateados”, banda de forajidos que tiene assolada la región desde hace tiempo y ahora detiene el carruaje. Aterrada, se aferra al cuerpecito de su pequeño que, somnoliento, no se da cuenta de nada. Uno de los jefes de la banda saca al cajero y lo obliga a entregar el dinero, para luego matarlo. El mismo jefe ha asesinado ya al cochero y al policía rural, y acomoda cuidadosamente el producto grueso del robo. El segundo cabecilla, entre tanto, sube al coche; y ya estando adentro roba y mata a la anciana prestamista cuando ésta lo reconoce. Manino, el hijo de Remedios, lo ve también, pero ignorante del peligro, se lanza a los brazos del hombre: es su padrino, Bernabé Jiménez, el fiel amigo de su padre. El forajido, casi al instante, ahoga la voz amigable del chiquillo asfixiándolo. Remedios inútilmente defiende a su hijo, cuando se oye la voz apremiante del otro cabecilla que llama a su socio para que termine pronto su macabra tarea: es Mauricio. Remedios duda entre aferrarse a la esperanza de que su esposo venga a salvarlos y admitir la realidad de que es un asesino. Obligado por las circunstancias, Jiménez salta del coche alejando de allí a su compadre para evitar que vea a sus víctimas, y ambos, seguidos de sus subalternos en la banda, huyen del lugar del robo. Las mulas, guiadas por la querencia, comienzan a trotar con rumbo a Teziutlán, mientras en el interior del coche Remedios sostiene la cabecita de su pequeño hablándole como si estuviera vivo. Un tumbo hace que Manino se golpee violentamente contra el suelo; la madre entonces, agobiada por la pena de la muerte y la certeza de la delincuencia marital, vencida por la fatalidad, cae en la semimuerte de una paraplejia que piadosamente la alejará de la espantosa experiencia vivida.

Transcurren veinte años y Rosa, la hija de Remedios, retorna a Teziutlán para instalarse ahí definitivamente. Cuando ocurrió el asalto, la jovencita llamó en su auxilio al único pariente que le quedaba, un profesor: Herminio Gálvez. Juntos arreglaron la situación de la familia, ya que Gutiérrez desapareció ese mismo día. Poco después contrajeron matrimonio y tuvieron cinco hijos, entre ellos dos parejas de gemelos: Cástor y Pólux, Leda y Artemisa. Sólo Inés, la hija mayor, llegó al mundo sin compañero. Toda la familia Gálvez había vivido en Puebla y México, lejos de su tierra natal.

Ahora Rosa vuelve porque enviudó. Su hijo Cástor murió también y Pólux (al que cariñosamente le dicen Polo) ha sido mandado por ella a estudiar a Estados Unidos. El administrador de Rosa, Don Félix, se adelantó a Teziutlán para hacer los arreglos de la casa en que vivirán sus amas. Recién instalada Rosa con sus hijas, reciben la visita de Jiménez, el antiguo amigo. El también ha estado de viaje por veinte años y retorna igualmente a descansar en la ciudad que lo vio nacer. Pronto Jiménez tiene oportunidad de encontrarse a solas con Remedios a la que amenaza con matar si revela algo del asalto, en caso de que llegue a moverse algún día. Rosa, mientras tanto, urgida por los gastos excesivos de su hijo en el extranjero y que le exige lujos sin cuento, pide dinero a su administrador, a pesar de que él le informa que su situación económica puede tornarse peligrosa. Rosa no atiende el consejo, despilfarra y firma papeles sin saber por qué, ansiosa del capital. Poco tiempo después Don Félix la entera de su quiebra y le informa que su único acreedor es Bernabé Jiménez, su padrino.

Rosa piensa defenderse de lo que ella cree es un fraude, pero Jiménez tiene todas las cartas y exige, a cambio del dinero, la mano de Inés. Desesperada por su madre y su familia, Inés acepta la boda; aunque llena de angustia corre a ver a la abuela para contarle su pena. Remedios escucha sin inmutarse; pero conmovida por el sincero dolor de la nieta y por la nueva tragedia que se cierne sobre la familia, se descubre, ya que desde el momento en que Bernabé la amenazó, ella recobró el habla y el movimiento, sólo que temerosa de todos, prefirió guardarse esa noticia. Ahora cuenta a su nieta toda la verdad; le dice que no permitirá que se case con un delincuente y la insta para que huya de su casa a México, donde su novio, un joven y pobre violinista, la espera.

Inés se marcha, Remedios guarda su secreto y vuelve a ser la pobre inválida. Toda la familia es arrojada por Jiménez, puesto que éste había recibido en garantía de sus préstamos, la casa en que las Gálvez vivían. Todas enloquecen materialmente, sólo Remedios permanece tranquila, confiada en la buena suerte de su nieta mayor a la que salvó del sacrificio inútil y perenne.

La culebra tapó el río

Esta es una historia breve y emotiva. En el pobladito de Yanchib, en la sierra chiapaneca, hay hambre. El río que lleva el agua necesaria para los sembrados no corre porque la gran culebra ha decidido, como en otros años, enroscarse en el cauce y tapar el camino al líquido y maravilloso elemento. Las siembras no se han logrado porque, además, el “Gran Tatik”, el Dios Padre, no le ha ordenado a la lluvia que caiga sobre los pedregosos terrenos; las milpas, aunque jiloteando, no están a punto y las gentes sufren un voraz deseo de comer que hincha sus vientres y trastorna sus cabezas.

Juan Gómez Nich y su perro Monito no son la excepción del pueblo. En la cueva que alberga al dios del rayo el chiquillo encontró cinco caracoles pegados a un madero y los tragó en medio de su terror porque los animales “han de estar viéndole las entrañas con sus ojos alargados”³. El es un muchachito que vino precedido por maldiciones. Sus padres se casaron contra la voluntad de todos los viejos de la tribu: eran parientes, aunque lejanos, y llevaban el mismo apellido; además, Martín Gómez Nich nunca le pegó a su mujer en su vida matrimonial⁴.

En otra ocasión en que la gran culebra tapó también con su corpachón la salida del agua, desesperado Martín por el hambre, se fue a las fincas cafetaleras cercanas a trabajar a cambio de unos cuantos pesos. Los brujos ordenaban que nadie de Yanchib saliera del lugar nunca. Gómez Nich y otros los desobedecieron y se marcharon. El hambre los atosigó pronto y fueron muriendo en el camino, sólo unos pocos alcanzaron a retornar desfallecidos a su pueblo. Martín fue de los muertos. Malvina, su esposa, empeñó su raquítica cosecha y

³ NOTA DE LA CULEBRA, p. 9

⁴ Según las tradiciones la cónyuge debe aceptar terribles golpizas de parte de su esposo para evitar que ella sufra intensamente en su existencia extra-terrenal.

convenció al gran brujo Nicio, jefe espiritual de todos para que mediante un pago tradicional de botellas de aguardiente bendito y dos bolas de pozole, recogieran el cadáver del maldito y lo llevaran a descansar a su casa. Luego Nicio hizo valer sus poderes y obligó a los viejos a velar el yerto cuerpo del rebelde.

Pero la maldición no cesó. Al nacer el pequeño Juan no tenía padre ya. Como su espíritu, por los pecados de sus progenitores, se rehusó a entrar en su cuerpo, las piernas del niño se encontraban en las rodillas formando una extraña atrofia; además, por esa misma causa sus pies no obedecían al mandato del amo y se arrastraban cuando él les había ordenado levantarse. Su caminar era muy inseguro y prácticamente, sólo acertaba a andar bien en terreno plano y duro.

El niño y su perro pasan el día tendidos en el pasto, tomando algo de agua, les gruñe el intestino y buscan ranas secas para mantener vivo el fogón que, apagándose, anuncia nuevas desgracias.

Al volver en la noche al ranchito, Juan encuentra las milpas tronchadas, los perros las han roto buscando comer algo para mitigar su apetito; pero al hacerlo han quitado a los hombres la posibilidad de su alimento. En una junta de viejos brujos que se realiza en casa de Nicio se resuelve la suerte de los animales a quienes no pueden amarrar porque morirían de hambre, y tampoco se puede permitir que perezcan ya que el alma de cada perro es el guía y acompañante del espíritu de su dueño. Deben fallecer juntos pues, si acaso partiera antes el can, él podría pasar sin dificultad las aguas del gran río, pero su amo quedaría eternamente condenado a bajar por la orilla del etéreo cauce sin lograr cruzarlo. Juan no oye la resolución tomada, Monito olfatea a sus camaradas que están amarrados en el propio solar de los Gómez Nich. Niño y perro se disponen a dormir; pero el hambre y la certidumbre de que algo malo pasará hace a aquél despertar en la madrugada. Se escabulle de su jacal y con un cuchillo corta los mecates que amarran a los animales. Vuelve a su camastro y duerme. Al despertar, su madre le da atole y tortillas duras y lo manda fuera del pueblo a recoger varejones.

Monito ha desaparecido en la madrugada y, aunque el chico lo busca, no logra encontrarlo. Parte solo, achacándole al can aventuras de tenorio. Llega a su cueva en lo alto de la montaña, caza una tuza que guarda para su amigo. Casi todo el día transcurre nostálgicamente, por la ausencia del animal.

Al atardecer oye pasos cerca de su refugio: uno de los ancianos brujos pasa cargando su perro que se ve desfalleciente. El muchacho siente un vuelco de angustia en su corazón. Con todo su vigor corre a su casa. Malvina le hace una seña indefinible hacia el río y con sus torpes andares Juan vuela al lugar indicado. Encuentra a otros brujos que retornan al pueblo seguidos de sus perros trastabillantes. Las antorchas con que se iluminan hacen fantasmagóricas sus figuras. Pasan en silencio frente al chico. Al final de todas las siluetas va Nicio. Ante la interrogación del niño sobre el paradero de Monito, le contesta que no lo ha visto, pero que hicieron lo justo.

La noche ha caído. A obscuras el chiquillo grita y palpa yerbas buscando a su compañero. Por fin lo encuentra yerto, enroscado entre el pasto. Humildemente el animal lame el rostro querido y Juan se percata de la tragedia. Los brujos sacaron los dientes a los perros para evitar que destrozaran las milpas. Su amo maldice a sus mayores, pero -consciente de su grave falta- empuja y carga alternativamente al perro para que alcancen la cueva del Gran Dios. En ese momento rayos esperanzadores cruzan el cielo iluminándolo. El corazón del niño se estremece de gusto y entra en la cueva cuando el agua se desploma sobre la tierra árida. Transido, inicia una primitiva oración de agradecimiento a Tatic, entonces, encuentra caracoles para dárselos a Monito; pero el perro ya no vive, segundos antes había comenzado a cruzar las aguas del ignoto río.

Muñecos en la niebla

Es la colección de diez cuentos, diez narraciones que con carácter evocativo hace, ya en la madurez, María Lombardo; quizá para volver a la época infantil, que tan dulcemente añora; o quizá para llevar a los suyos al mundo fantástico de los recuerdos.

Por este carrusel de evocaciones desfilan los individuos que más impresionaron a la pequeña en la tranquila Teziutlán y que se asocian, posteriormente a sensaciones que la vida le deparó. Son historias sencillas, cada una con su propio tema acerca de un incidente notable ocurrido en su ciudad natal.

Veamos por qué la autora les llama muñecos. Los muñecos son figuritas que, casi siempre con cuerpo de mujer, sirven para divertir a los niños; pero en este caso, esas figuras que suponemos inanimadas, como todo juguete, sirven para divertir a la niña María. Ella misma cuenta:

“Agarradas a la puerta de la sala que daba al patio y listas para escapar en cualquier momento, presenciábamos mi prima y yo, el desfile de los tres monstruos que muy de mañana se presentaban en su casa”...y...”Suavemente se esfumaban los amables monstruos entre la niebla, en tanto que yo contestaba con voz temblorosa, pero agradecida:

¡Adiós!...”⁵

Si se entiende divertir, en el sentido estricto de la palabra, significará separarse del propio camino; un poco más amplio el contenido, será separarse del propio yo, olvidarse de uno y fijar la atención en tal o cual cosa que haga que una persona pierda su relación consigo misma y esté atenta a la actuación de otra; en el sentido más amplio de la palabra será recrear y entretener. No parece que la niña María se haya “divertido” en el momento de su niñez, con las experiencias que pasó; no hay para esa criatura una sola manifestación de auténtico gozo y olvido.

La pequeña relata sus experiencias, pero no olvida su propia persona, tiene patente su miedo, se da cuenta de su debilidad y procura esconderla frente a sus familiares y amigos; luego, en el momento que ocurren los sucesos que cuenta la mujer posteriormente, no sintió placer, no se entretuvo; al contrario, se mortificó grandemente y quizá esa mortificación fue lo que hizo que, ya mayor, recordara los sucesos con precisión asombrosa.

El miedo es un elemento vergonzante que hace que quien lo padece, luego que éste ha desaparecido no lo reconozca aún cuando tenga en su conciencia la seguridad del peso que provoca en el alma. María Lombardo reconoce su miedo; el recelo para ella, en el momento en que acumula sus recuerdos, es como un elemento purificador que hace que esas remembranzas tomen el gustoso sabor de la travesura y se añoren como rica golosina, aunque en su origen tuvieran algo amargo. La pequeña no se divirtió con las anécdotas que cuenta; sufrió y lo hizo, dentro

⁵, p. 27

de su almita de infante, profundamente. Después, ya mujer madura, evoca sus aventuras; pero la bondad que pone en la remembranza del deleitoso reconstruir de hechos pretéritos no nace del gusto provocado por el acontecimiento en el momento en que se dio. Se llega a la conclusión de que, *muñecos* no es la palabra correcta; no son maniqués dispuestos a aceptar la situación que la voluntad de la dueña de las rememoraciones les imponga; más valdría llamarlos *siluetas*. Sombras de lo que fueron y que se han difuminado en la mente de la autora, un poco para convertirse en algo blando que la lleve otra vez a su infancia.

Así, la memoria de lo lejano puede encontrarse preñada de niebla en donde aparece Teziutlán. Recordemos que Teziutlán siempre es nebulosa, fantasmagórica, como el recuerdo. El elemento niebla tiene dos valencias: es, primero, capa perenne de la ciudad a la que otorga una nota distintiva frente al resto de las urbes de la república. Segundo, es la cobija de la retentiva que aflora en medio del solaz, cuando se está muy lejos de ella.

En este punto encontramos una aparente contradicción porque el muñeco es una figura estable y los personajes de María Lombardo de Caso, en cambio, son individuos que se mueven y actúan con gran libertad; son siluetas sombreadas por la distancia temporal, pero vivas, conscientes de su propio valor y actuantes en la memoria. Esta puede ser la causa de que conmuevan profundamente al lector.

Comienza la obra con la siguiente advertencia

“Pero, yo pensaba: No es lo mismo hablar que escribir”⁶

Claro que no es lo mismo hablar que escribir. Lo primero es espontáneo, lo segundo es meditado y el traslado de la idea al papel sufre transformaciones que la concepción original no tenía y que se han añadido al verla escrita. Por eso María Lombardo dice:

”Ojalá haya logrado complacer a los que tanto quiero, al poner en el papel estos cuentos de mi tierra que, de ninguna manera pretenden ser obra literaria”⁷

⁶ De *Muñecos de Niebla*, p. 9

Eso sí, hay un solo elemento cierto y real: la niebla. La niebla del alma y la niebla de Teziutlán. Los muñecos no son tales sino sombra que danzan en la memoria y habitan en una realidad imaginaria; aposentados en ella actúan y se determinan de una manera segura. Dice María Lombardo:

"mis personajes, ¿son verdaderos o imaginarios? Yo misma no lo sé. Viven en un mundo en que la presencia y el recuerdo se confunden"⁸

Hay que dejar bien señalado lo que ella misma dice: "viven" No son seres inanimados, corresponden con su actuación a un recuerdo o a una invención, a algo que tiene ser:

"Si quisiéramos encontrarlos se esfumarían en la niebla: único personaje real de estos cuentos"⁹

Desde el principio pretende colocarse en un mundo fantástico y fantasmagórico donde los personajes justifiquen su invención, si no existieran en la realidad. Pero el elemento brumoso no se necesita para el caso de que se tenga que probar su nacimiento por creación o por recuerdo. Trata la autora de adentrarnos en un elemento físico del que no se podrá salir. Aunque la vaharina parezca sólo una parte de la utilería, algo así como telón de fondo que servirá para enmarcar las situaciones y a veces los sentimientos, será fundamental para la realización de las historias; sin embargo, el elemento misterioso que ella da, se presentará pocas veces y no habrá oportunidad de admirarlo en todo su esplendor. Será una compañera en ciertas partes del camino; la protagonista ausente y, por lo mismo, esencial.

Hay en ello un poco de modestia, modestia femenina:

"Así el lector queda en libertad de seguir cualquiera de estos caminos: arrojar el libro al cesto de papeles, si tiene uno a mano, o resignarse a leer unas cuantas páginas, si le quedan ganas de hacerlo [...] Pero no quiero ocultar que me agrada mucho la benevolencia de mis amigos, a

⁷ *Muñecos de niebla*, p. 9

⁸ *Ibidem.*

⁹ *Ibidem.*

quienes por anticipado doy las gracias, ya que con seguridad contaré con la malevolencia de mis enemigos..., si es que los tengo.”¹⁰

¿Tenía esos enemigos? Parece que no, pero su vanidad femenina que espera siempre un elogio –modestia aparte-, no podía permitirle callarse estas líneas.

Una pareja envidiable

El asunto de este cuento es muy sencillo; es el del fariseo moralista.

Don Pascualito y Doña Chucha tenían cuarenta años de lo que parecía un feliz matrimonio. Ella mandaba en casa “reinando en el taller como verdadera soberana”¹¹, mientras él se dedicaba a las labores de la carpintería. Ya casi nadie recuerda los antecedentes de “La cuartilla” como la imagen de la brava mujer que echaba tiros al aire, montando como hombre y “rayando” el caballo al pararlo en seco frente a su casa.

Sin saber cómo ni cuándo cayó en brazos de Don Pascual, que era personificación viva de la decencia, la legalidad y la rectitud. Por esta razón, era el testigo oficial en todos los acontecimientos importantes del pueblo. Pero un día de niebla, triste y lluvioso, Doña Chucha entró en etapa de agonía; así que llegó el sacerdote a darle los últimos sacramentos y entonces ella le pidió que, como última voluntad, la casara con Don Pascual. Sorprendido, pero con decisión, el sacerdote interrogó al carpintero sobre si deseaba aceptar a su compañera como esposa. Pero Don Pascual, asumiendo una dignidad tremenda y luego de secarse las lágrimas, contestó:

“¡Ah! Eso si no, señor cura ¡Yo no le doy mi mano a una mujer de la calle!”¹²

Finalmente, Doña Chucha muere y Don Pascual le llora en el velorio mientras los vecinos comentan su actitud “recta” y “rigurosa”.

Mendiola

¹⁰ *Muñecos de niebla*, p. 9

¹¹ *Op.cit.*,p. 13

¹² *Op.cit.*,p. 16

El argumento de este relato se basa en una anécdota de la época de la Revolución.

La sierra se alteraba por un suceso: había llegado el general Mendiola, nuevo jefe de la plaza militar. Aunque existían ciertos resquemores porque los serranos recordaban los desmanes del jefe anterior, la prestancia del nuevo los fue ganando; era alto, firme y derecho de cuerpo, de melena larga que cubría

“con un sombrero texano adornado con una camelia..., y como un pedestal, las bolas lustrosas, que pisaba firme el empedrado”¹³

La gente estaba complacida porque tenía una diferente cabeza que poseía alguna dosis de seriedad y se olvidó de “la bola” que afortunadamente ya había pasado, o, por lo menos, “eso decían algunos”¹⁴ El orden fue guardado por el militar a pesar de que *hizo algunas travesuras* como llevarse a la chica que vivía por la Cruz Verde y “avanzarse” los caballos del Licenciado Villegas, unos caballos pura sangre, a los que su dueño cuidaba como a las niñas de sus ojos.¹⁵

Así, el nuevo jefe restableció el orden y la armonía y se le perdonaron sus atropellos, considerando que pretendía hacerlos, más que nada, a los ricos que le rodeaban intentando sacar algo de ellos. Organizó el cuartel y estableció las ocupaciones de cada quien. Recorrió la zona aunque no lo hacía como todo sucesor de Marte, montado a caballo, sino en una enramada porque “padecía almorranas”¹⁶.

Tenía opiniones en pro, eran la mayoría, y algunas en contra; pero dada su aptitud todo fue tranquilizándose y la gente vivió en paz. La navidad no se festejó con bailes sino que <<“la alta sociedad” prefirió celebrarlas en la intimidad de la iglesia, sabiendo muy bien que Mendiola se haría de la vista gorda>>¹⁷ Agradecidos los vecinos con tan infausta atención, prometieron asistir a la reunión que daría el personaje para festejar el fin de año en un salón de la escuela municipal.

¹³ *Muñecos de niebla*, p. 37

¹⁴ Op.cit., p. 38

¹⁵ Op.cit., p. 39

¹⁶ Op.cit., p.39

¹⁷ Op.cit., p.41

El día llegó, los arreglos eran muy convenientes. Las gentes se vistieron con sus mejores galas y fueron todas “por su puro gusto, pues a nadie se había obligado”.¹⁸ Los oficiales, vestidos también elegantemente, recibían a la concurrencia con mucho comedimiento y ésta pronto se dio cuenta de que se trataba de una fiesta seria en que no había de tenerse cuidado de un abrazo del general pues él se comportaba como todo un caballero. El baile principió y luego Mendiola danzó una polka, acompañado de la muchacha más bonita.

Entonces los invitados decidieron recoger los regalos que el general había dispuesto se acomodaran en un enorme pino. Ante la inminencia del suceso, algunos pidieron que fuera el propio Mendiola el primero en recoger el suyo. El general fue cuidadosamente vendado y guiado al árbol. Aquí las cosas no son muy claras, no se sabe exactamente si alguien tomó el presente que le tocaba o si la acción de un ayudante militar que “abría paso a las personas mayores empujándolas galantemente hacia el gigantesco pino, que reventaba de aguinaldos” fue simultánea al grito que pidió: “¡no, no; primero el general!” y que los demás corearon. El verbo *abría* se presta para creer que alguien ya se había acercado al árbol y había recibido el regalo que con los ojos vendados debía señalar. Se dice luego que el general “acabó con todo”, entonces el todo indica que nadie antes había tomado nada del corpulento adorno.

Es posible considerar que la autora quiere que se piense: Mendiola fue el primero. El general llegó al pino y, al tener en sus manos el madero adornado con el cual había que indicar parsimoniosamente el paquetito envuelto, descargó sobre el pobre árbol un ataque fenomenal a trancazos hasta que acabó con los regalos colgados de él y con él mismo. Asustada la concurrencia por la imprevista acción del militar huyó haciendo breves comentarios sobre la conducta del jefe. Todo quedó ahí; sólo que los vecinos de la Cruz Verde, aquel barrio donde había vivido la muchacha costurera que Mendiola raptó, <<celebraron al día siguiente con una “chilatoliza”, el chasco que se había llevado aquel montón de “barberos” que rodeaba al general>>¹⁹

¹⁸ Op. cit., p.42

¹⁹ Op. cit., p.44

¿Transcurren años, meses o días? ¡Quién sabe!, la escritora consigna que “un buen día” el general desapareció. Después se corrió la noticia de que Mendiola había sido fusilado por querer “alcanzar la silla”.

¿Qué tiempo hay entre el baile y el fusilamiento? Tampoco se descubre, únicamente se habla de que todo ocurrió después.

Volvió a reinar el desorden en Teziutlán provocado por “la bola”; las gentes se encerraron en sus casas y recomenzaron a retarrear la canción:

“Ay Teziutlán, Teziutlán,
Teziutlán de mis amores...
¡Como has sido maltratado
por esos perros traidores!”²⁰

Don Chepito el conforme

Don Chepito es conocido en el pueblo por el sobrenombre de “El conforme”; nunca ha ordenado nada a su esposa, al contrario se somete a la voluntad de la mujerona en todo lo que ella quiera.

Nunca le ha dado hijos, pero además, está enfermo. De pronto, en cualquier lugar, cae inconsciente en medio de estremecimientos *gusanescos* al tiempo que una espuma amarilla le sale por la boca. Sus desmayos duran días y la esposa encuentra sustituto a la inexistente eficacia conyugal en brazos de su compadre Don Germán, sólo que, aburrida por lo prolongado de los ataques de su consorte se rehúsa a tenerlo en su casa mientras le duren sus achaques. Obligada a aceptarlo por un médico capitalino que le explica que la enfermedad del hombre (epilepsia) es grave, lo atiende, sin que esto quiera decir que descuida su relación con Don Germán... para ambos ella tiene tiempo.

Un buen día muere Don Chepito. El velorio se realiza con toda la dignidad necesaria, sobre todo para una mujer como Rosarito. Se emplea lo mejor de lo mejor (caja, velas, sudario, café, etc.) Los rosarios de las piadosas vecinas se prolongan hasta bien entrada la madrugada y, de pronto, en medio del corrillo, el hombre resucita. La fuga de los presentes es obligada. Tres veces más el señor José cae en Catalepsia y es velado para que luego despierte tranquilamente.

²⁰ Op. cit., p.45

En la quinta ocasión doña Rosarito se apresura a enterrarlo, sólo que él revive en el camino al cementerio, pidiendo atole. La mujer se planta a mitad del cortejo, le reprocha su poca originalidad resurrectiva y ordena:” ¡Camposanto!”²¹, porque ya no le es posible soportar una situación tan molesta por más tiempo. El hombre, entonces atento a los deseos de su esposa, se acuesta dócilmente en su ataúd.

Don Juanito el pecoso

Don Juanito es un hombre que vive solitario en su casita de las afueras, rodeado de sus perros, sus flores y sus colmenas.

Padece una hernia que a veces se dilata y permite la salida del intestino en medio de convulsiones horrorosas del enfermo que cae al suelo y allí es auxiliado por la gente del lugar.

Los hermanos Lombardo, chiquillos al fin, no son inmunes a la atracción de la miel y se deslizan para robarla. En ocasiones su madre los manda a comprarle al dueño algo de ese amable producto y éste, dejando a un lado su mal carácter, los obsequia con pedazos de colmenar que hace que escupan para recoger la cera luego que los niños han sorbido la miel. En una ocasión los pequeños se meten a hurtadillas a la casa del hombre. Le roban trozos de panal y, arrastrándose sigilosamente, regresan a su domicilio cuando los perros los olisquean y les ladran. Don Juan sale furibundo con su escopeta en la mano. Llena de miedo la niña María no puede huir como sus hermanos, y se para gimoteando a explicarle al dueño que todas las depredaciones le serán pagadas. Tranquilizado el individuo, va a dejarla ir cuando los demás muchachos, ya lejos del peligro, le gritan una cuchufleta; María corre desesperadamente nada más que el dueño alcanza a disparar sobre el trasero de la criatura la carga de granos de sal de su rifle. Asistida por sus hermanos la niña fue llevada a su casa para la curación. Al día siguiente don Juan se presentó todo triste en el domicilio de los Lombardo. Lógicamente la señora le reclamó las heridas inferidas a su hija y el hombre se mostró alicaído porque no había muerto la pequeña y puso en manos de la madre el obsequio que le llevaba: “Una corona de muerto”²²

²¹ Op. cit., p. 63

²² Op. cit., p. 53

Un comerciante

Este relato se basa en un simple juego de palabras. Trata de Jacobo, un negro que extrañamente llegó a la sierra, procedente de los Estados Unidos. Vendía en el mercado su cabello al que atribuía propiedades insospechadas: todos sus pelos eran de variable eficacia curativa, según la parte de la cabeza de donde fueron arrancados. Especificaba cuál era la propiedad de cada puñito que sus clientes adquirirían, aunque en este aspecto no hay mucha claridad, porque no dice la autora si el mismo Jacobo arrancaba cabello por cabello, si los compradores lo hacían o si se cortaban los estigmas con navaja, tijeras o algo por el estilo, dado que luego el hombre mostraba a los marchantes “las peladas ruedas que en la cabeza le había dejado el comercio”²³.

Si fueran arrancados los cabellos, sería meticulosísimo: pero no desaparece la crueldad del procedimiento para la realización de la venta y los incitaba con su propaganda primitivamente efectiva para que comerciaran con él. Al terminarse el pelo, Jacobo desaparecía hasta que le volvía a crecer. Entonces, siempre de buen carácter, regresaba al pueblo.

Un buen día retornó; pero no con sus harapos acostumbrados sino todo arreglado y sonriente. No vendió cabello, se fue derecho al hotel y pidió empleo de cocinero a la dueña. Llevaba una magnífica carta de recomendación en la que se especificaban todos sus conocimientos como chef especializado, graduado en los Estados Unidos. Doña Pepa la dueña, saltó de gusto, ¡tanta necesidad tenía de un buen hombre que pudiera guisar! Sólo quiso saber quien lo recomendaba, el negro le indicó que leyera la firma que decía: “JACOBO”.

La mujer furiosa corrió al individuo: “Y dando gran portazo, dejó a Jacobo plantado en el patio, en medio de la niebla, meditando que es mucho más difícil tomar el pelo que venderlo”.²⁴

La santera

El protagonista de La santera es una bruja que residía cerca del cementerio,

²³Op.cit., p. 68

²⁴Op.cit., p.68

temerosa de que alguna vez la asaltaran porque sus “trabajos” – en los que se relacionaba con el demonio- le dejaban algo de dinero que ahorraaba. Sus brujerías la hacían necesaria para los Teziutecos que, afectos a su sistema, acudían con miedo a comprarle sus buenos oficios, obtenidos los cuales se alejaban de ella para sólo despreciarla. Por las mañanas se encerraba a piedra y lodo para enseñar a sus pájaros a hablar y para confeccionar las figuras que preparaba para los nacimientos. En las tardes recibía a sus consultantes que le pedían desde el vaticinio de su suerte por medio de artificios, hasta la venta de sortilegios efectivos para recuperar la fortuna, retornar al ausente o maleficios que acabaran con el presunto enemigo. A todos les importaba saber el lugar donde la vieja guardaba el dinero por si acaso algún día desaparecía del mundo. Y así fue, murió, pero no dejó ni rastro de la plata. Múltiples fueron las búsquedas que se realizaron sin éxito; la nieve cayó y las excavaciones se tornaron dificultosas; al deshelar, por los hoyos abiertos salió humo. Asustados los exploradores enterraron a la mujer lo más velozmente que se pudo, envuelta en un petate y en un rincón del cementerio. Exorcizaron la casa para evitar que su fantasma volviera. Solos, los únicos que la recordaron fueron sus pájaros, que siguieron repitiendo la lección aprendida en sus amorosos labios.

III. María Lombardo y su circunstancia

Definir adecuadamente las regiones en las que nace y se desarrolla María Lombardo es de suma importancia para la ubicación y entendimiento de su obra; por ello es que presento un panorama de esos lugares, específicamente aquéllos localizados en la sierra de Puebla.

Empezaré por decir que Teziutlán, su lugar de nacimiento, es una de las partes de México más aisladas en la sierra de Puebla. Se encuentra al noroeste de dicho estado, entre la meseta central y la costa del Golfo de México. Este macizo está formado por los núcleos más elevados de la Sierra Madre Oriental. La zona se encuentra desde Mecapalapa, al norte, hasta Zacapoaxtla al sureste; la región más oriental es Teziutlán; por el occidente termina en Tulancingo. Toda la tierra de esta zona se encuentra en el norte del Estado de Puebla, aunque hay ocasiones en que la sierra se mete en Hidalgo y Veracruz. En toda esta región encontramos una población indígena diversa que aparte del español habla tepehua y otomí. "Hay municipios en donde se hablan hasta tres lenguas indígenas diferentes, además de la lengua nacional."²⁵

Al parecer, los colonizadores no sintieron especial atracción por la zona, ya que es muy abrupta, el clima es muy variable y aunque la tierra es rica no tenía manera de irrigación. Además, está muy aislada del resto de la población, su acceso es difícil y la lluvia o la humedad se presentan con mucha frecuencia gracias a que las nubes que llegan del Golfo chocan con las montañas y se deshacen en aguaceros. A pesar de todo, el café, los árboles frutales –a veces la caña de azúcar- plátano, cacahuete, chile, frijol y maíz se cultivan con mucho éxito. Dada la topografía del lugar –montañas, serranías- la zona es conservadora y su cultura ha prevalecido sin cambios notorios, aunque a su alrededor hay evidencias fuertes de la civilización del centro del país; pero los pueblos que viven en la región se comunican con frecuencia y con nuevos logros, lo que ha producido que el vestido de los indígenas, en general, sea más o menos parecido; sus motivos de adorno se asemejan y conservan el uso del Quechquémitl como prenda femenina, desde los tiempos precolombinos.

²⁵ Rubén de la Borbolla, Daniel F. *La Sierra de Puebla*, p. 15

Los mestizos se asentaron en las regiones más propicias para el cultivo, la caza y la pesca, apoderándose de tierras de sembradío, riachuelos y demás terrenos. Esto ha dado como consecuencia el hecho de que los indígenas se concentren en las regiones más duras de la sierra, incomunicados, muchas veces, de lo más elemental de la civilización que reciben sólo cuando bajan a las poblaciones a vender, comprar o trocar sus mercancías. En los tiempos del recuerdo evocado por la obra de María Lombardo de Caso, seguramente había espesos bosques de pinos y oyameles,²⁶ los cuales poco a poco han ido desapareciendo, debido, a no dudar, al desmante que los indígenas realizan para tener tierras que sembrar²⁷.

Por su parte, los tepehuas viven en la municipalidad de Huehuetla, zona localizada entre Hidalgo y Veracruz. Al municipio de Huehuetla también pertenecen congregaciones otomías, entre ellas San Gregorio, famoso por sus tejidos. La población está dividida en cuatro barrios: el mestizo, el totonaco, el tepehua y el otomí.

Los habitantes de habla náhuatl viven entre Huauchinango, Necaxa y Zacatlán, en el centro de la zona, y entre Teziutlán, Zacapoatzla y Cuetzalan, en el sur, mientras que los totonacos se encuentran principalmente en Pantepec y Mecalapa, en el norte de la zona.

Como un reflejo de esta situación, se hace en las obras de María Lombardo de Caso una distinción notable entre indios y “blancos”, que en realidad son los mestizos. Constantemente se acentúa la calidad de “las gentes de razón”, lo que establece una discriminación que no desea la autora, pero que constituye una crítica a la sociedad que emerge de sus recuerdos. Esta crítica suave y soslayada nos pone frente a un hecho actual: *el indio*, dígame lo que se diga, es tratado como un ser inferior en estos días de la conquista del espacio y del avance tecnológico.

Dice Benedetto Croce que

“la investigación de la distinción entre las materias de la realidad que son poéticas y las que no lo son...-equivale a la distinción legítima...entre las formas espirituales; -es decir- entre la

²⁶ Todavía así, oyameles se llama un pueblecito incomunicado en mitad de la Sierra, que es el teatro de uno de los acontecimientos principales de la novela *Una luz en la otra orilla*.

²⁷ A estos terrenos se les llama milpas colgadas.

expresión que es sentimiento puro o intención pura-poesía-, la expresión que es signo de pensamiento –prosa- y la expresión que es instrumento de conmoción de los efectos a acción – oratoria-²⁸

De acuerdo con esta definición, María Lombardo de Caso goza de las cualidades pertenecientes al poeta y al prosista. Pero hay que considerar con detenimiento a la persona que se analiza aquí porque no es un escritor, sino una mujer que toma la pluma para desahogar su corazón y que, por lo tanto, la presentación y desarrollo de su obra será distinta a la manera de exposición y realización masculina. La presencia de una dama en las letras estará generalmente rodeada de cierta curiosidad, un poco de desprecio y un poco menos de reconocimiento al valor de su obra. Parecería que el mundo necesita mujeres de la estatura de Madame Curie, para respetarlas.

Por lo anterior Martín Alonso considera que

“En la mujer, la periferia está más estrechamente unida con el centro y las partes son más solidarias con el todo. Y así resulta que cada una de las actuaciones de la mujer pone en juego la personalidad total; no se separa del yo y sus centros sentimentales. En cambio, en el hombre, existe esa diferenciación que le permite recluir su trabajo en la región de la objetividad, haciendo así compatible el espacialismo unánime con la existencia personal colmada de espíritu y vida.”²⁹

Así, la mujer va asimilándose más al hombre, pero su eficacia (de la mujer) estriba en todo aquello que él no puede realizar. Sólo que hay una circunstancia especial: aunque la mujer que escribe se sitúa en un mundo masculino, tiene a su favor el hecho irrefutable de captar con mayor firmeza y agudeza los detalles más íntimos de cada objeto y de cada hecho. Su capacidad de percepción es más sutil y aunada ésta al sentimiento mucho mejor desarrollado en ella, la escritora puede recordar, plasmar y determinar con precisión los caracteres de sus personajes, las actuaciones de cada uno de ellos, ideas, emociones y circunstancias. María Lombardo de Caso es quizá poetisa sin tener pretensiones de serlo, cuentista con gran poder de evocación y

²⁸ Croce, Benedetto. *Ironía, sátira y poesía*, p.143

²⁹ Alonso, Martín. *Ciencia del lenguaje y Arte del Estilo*, p.473

novelista dulce y tierna, al mismo tiempo que con encantador misterio aborda un tema que un hombre no habría desarrollado con sentimiento igual.

La ambientación de Muñecos de niebla

La bella Teziutlán, de *Muñecos de niebla*, apenas si aparece. No hay datos suficientes como para esbozar el aspecto de la ciudad en aquella época.

¿Era bella, fea, atrasada o un emporio? ¡Quién sabe! Sólo se encuentra en la obra mencionada una cuarteta que, se dice, cantaban las gentes encerradas en sus casas, mientras pasaba la Revolución:

*¡ Ay Teziutlán, Teziutlán,
Teziutlán de mis amores...
¡Cómo has sido maltratado
por esos perros traidores!*

Sin el propósito de entrar en este momento en disquisiciones históricas acerca de lo bueno y lo malo de la Revolución, y de cómo fue vista en los diferentes lugares de la república por los miembros de diversos estratos sociales, observemos con atención el verso “¡Cómo has sido maltratado!” que se menciona en la estrofa. Al colocar la autora el adjetivo en masculino, no se enfoca la atención sobre la ciudad sino sobre el pueblo. Un pueblo como hay tantos; metido en la Sierra de Puebla, falta de comunicaciones, de progreso relativo en comparación con la ciudad capital y que es, por lo tanto, estuche de una sociedad pequeña dividida en múltiples estratos sociales, eso sí, bien marcados. No debe haber sido muy grande porque la niña María comenta: “Las casas de mis abuelos, construidas sobre una ladera, limitaban por ese lado la población.”³⁰ Es decir, un pobladito pintoresco donde las personas con más recursos situaban sus casas en las orillas y, ya que el automóvil no las esperaba a la puerta, tenían que ir andando al centro, el cual debía quedarles muy alejado.

El Teziutlán de María Lombardo no está formado, en esta obra, por construcciones monumentales sino por el espíritu de los habitantes, por las

³⁰ NOTA DE LA CASA DE LOS ABUELOS. Dato obtenido por una amistad

costumbres de las gentes que la rodearon y por el delicioso manjar que representa ir de nuevo a la niñez en el avión de la añoranza. Lógicamente era pequeño; todo el mundo se enteraba de las cosas de todo el mundo, fisgoneaba en las vidas ajenas, criticaba aquello que no le parecía bien y también las que eran correctas. Se expresaban las opiniones a los extraños sin preocuparse de si resultaban acertadas o no. En suma, se dedicaba a revivir el refrán: “Pueblo chico, infierno grande” puesto que el deporte favorito era meterse en lo que no les importaba. Deliciosa ocupación que impunemente destrozaba o levantaba héroes y que encuentra sus antecedentes literarios en toda la narrativa costumbrista del siglo pasado.³¹

Se hacen algunas referencias al mercado y a la forma en que los indios sufrían el aprovechamiento de los más listos. El negro Jacobo no andaba por las calles:

“Había sentado sus reales en unas piedras amontonadas cerca de un rincón del mercado, sobre las que se instalaba para vender su mercancía a los indígenas de la región”.³²

La plaza, entonces, puede darse el lujo de albergar cerros de pedruscotes. El zócalo, sencillo y sin pretensiones de jardín versallesco, se ve suficientemente concurrido los domingos como para convertirse en el lugar obligado de reunión: es el tamiz de la buena y la mala sociedad.

Las calles son empedradas o embaldosadas: Doña Chucha puede “rayar” el caballo frente a su casa y Doña María, cuando sale de su teatro, dice:

” instintivamente cuidé de no tropezar con el empedrado. ¡Oh, tristeza! Zapatos de concreto calzaban la calle.”³³

Empinadas y angostas, esas callejas primitivas caen en la “avenida” principal en la que el terreno se hace un poco más plano y parejo. Pero lo que en realidad importa no es el humilde telón real que circunda a las gentes sino su capacidad innata, graciosa y cruel para la chismografía. Desde luego que ésta es producto de la estrechez del ambiente y viceversa; pero el

³¹ Cfr. José T. Cuellar, Baile y Cochino en *La Linterna Mágica*

³² *Muñecos de Niebla*, p.67

³³ Op.cit., p. 86

tejer y destejer las vidas ajenas (a veces las propias) es el real mundo circundante.

Doña Rosarito recibe, en el primer velorio de su esposo, visitas hasta de gente de

<<otros barrios, porque se sabía que Rosarito no era tacaña y que a todos atendería con café con “panela”, “re con li”-refino con limón- y otros buenos aguardientes. Nadie faltó. La señora hacía recuento de amigos y conocidos, pues era de suma importancia para ella la asistencia de todos.>>³⁴

La riñas se suscitan y las enemistades se fraguan con el mismo calor que los afectos; la morbosidad se desata supuesto que es la única que puede asegurar un espectáculo digno de contemplarse en el mundo tan encerrado del pueblo. Por ejemplo, en la historia de “Una pareja envidiable” se nota que los protagonistas vivían en una casita; en la misma se había instalado el taller y la habitación estaba constituida solamente por un “tapanco” que es el lugar donde muere la anciana.

En el último momento “el tapanco... era insuficiente para dar cabida a todo el vecindario”³⁵ ¡Qué muerte tan extraña! Asiste a ella, como a una comparsa, toda la gente que vivió cerca de la pareja, y contempla a una mujer que agoniza rápidamente porque el gentío le roba oxígeno. Y después de solazarse como lo haría un jefe de destacamento frente a un fusilado, espera el vecindario con “gran recogimiento...la llegada del sacerdote”³⁶ y se dispone, luego de haber improvisado el altar y de encender las velas, a escuchar la confesión que deja a todos verdaderamente turulatos.

Es obvio que el humor negro alcanza aquí su máxima altura: La gente se enfrenta a la muerte, no con pavor o desagrado, sino como si estuviera preparándose para que, en el debido momento, pueda representar su papel con el mínimo decoro que necesita un artista consagrado en las lides de la destrucción de las reputaciones. Recuérdese que en el sepelio de Don Chepito su esposa no puede quedarse atrás:

“... y un poco por los remordimientos que la atosigaban y otro poco por “taparles el gallo” a las vecinas que habían presumido de sus velorios y entierros, mandó comprar velas gruesas: “¡No

³⁴ *Muñecos de Niebla*, p. 61

³⁵ *Op.cit.*, p. 15

³⁶ *Op.cit.*, p. 15

como las que encendió a su hijo Pancho Tía Cunda la “Garnachera”, que más parecían “calillas” que otra cosa!”³⁷

Así, el ámbito teziuteco, sencillo, pequeño, sin complicaciones, entretiene sus ocios con la muerte. El asombro de una confesión secreta que pide boda “in artículo mortis”, escuchada por toda la población, cede su lugar al diabólico gusto de trasegar sobre las ropas de un cadáver, consciente del placer satánico, condimentado con sus granitos de miedo, que da por resultado el sabroso manjar de la condenable profanación.

Extrañas circunstancias, explicables sólo por el ansia de los hombres de apartarse un poco de la monotonía del tianguis dominguero y las mismas madrugadoras, para adentrarse en el desconocido y cosquilleante mundo de la aventura.

Esta es la “Perla” de *Muñecos de niebla*, agresiva, destructora y anodina, circunscrita a las ambiciones de sus habitantes y no a una delimitación física y geográfica que la precise.

La ambientación de Una luz en la otra orilla

El lugar donde se realiza esta novela es fundamentalmente uno: Teziutlán. Ya antes expliqué un poco lo que a mi manera de ver son Teziutlán y la Sierra de Puebla actualmente, pero la ciudad (¿el pueblo?) que describe la obra se encuentra muy alejada en tiempo y costumbres de lo que es ahora la bella “Perla” y, por lo tanto, no corresponderá en mucho a la impresión personal que se recoge. El adelanto de la civilización la ha separado del ensueño para convertirla en una hermosa realidad, sólo que, junto con el progreso de un centro fabril y agrícola, lo dulcemente romántico del escondido lugar montaraz se diluye, perdiendo, si se quiere llamarlo así, el espejismo de una tranquilidad amena y una deliciosa comunicación que únicamente puede obtenerse en un lugar pequeño. Sin embargo, el perfume, la fragancia de aquel pequeño mundo que contenía en un cuenco a sus habitantes para unirlos por comunes satisfacciones y anhelos, se conserva límpida en la novela y, a pesar de todas las vicisitudes que en ella transcurren, podemos rezumarlo todavía para hacer

³⁷ *Muñecos de Niebla*, p. 59

un aromático extracto de recuerdos. Únicamente hay un elemento que no desaparece: la niebla, y, acompañándole siempre, su tradicional cotejo, la lluvia, el chipichipi, el esporádico sol esplendoroso, la vegetación y la cobija humectante.

Teziutlán también variará de enfoque según las épocas: Antes y Después, antes del asalto y después de él. Todo depende de la situación anímica que preside cada etapa.

El ambiente en la primera época es cerrado, oscuro, estrecho. Depende de la familia Gutiérrez y de su jefe Mauricio. El ha ordenado que su mujer y sus hijos permanezcan en casa, en la “Casa Dorada” que él adquirió para que vivan guardando siempre la necesaria discreción que él requiere de acuerdo con sus costumbres y su manera muy especial de ser. No gustan de que sus parientes salgan de las cuatro paredes que circunscriben la propiedad.

“No tienen para qué salir de la casa (...) Para cumplir con Dios, no hace falta andar en las iglesias (...) Sus obligaciones están aquí –señaló su pecho con un dedo -, y aquí – bajó el dedo apuntando al suelo -, y nada más. Los domingos irán a misa de siete a la parroquia y después a hacer la plaza”³⁸

La “Casa Dorada” es, al mismo tiempo, la residencia y el presidio que Mauricio ha hecho para su familia. No consiente que algún miembro se escape para desempeñar actividades que lo puedan comunicar con la sociedad. Lo importante se tiene en la casa y sólo se permitirán salidas esporádicas para realizar aquello que, por su urgencia, no pueda dejarse para el domingo; por ejemplo, Manino irá a la doctrina:

“Supongo que no habrás faltado al catecismo”. (Le dijo su padre al pequeño la primera noche cuando acababa de regresar al rancho) “Ya sabes que no me importan tanto las multiplicaciones como las enseñanzas de la Santa Iglesia.”³⁹

Las mujeres, por su parte, sólo pueden salir a comprar alguna minucia que falte para la comida en la tienda que está a la vuelta. Nada más.

³⁸ *Una Luz en la otra orilla*, p. 15

³⁹ *Op.cit.*, p. 12

El escenario, que se circunscribe a pocos elementos en la primera parte, después va a variar de acuerdo con la circunstancia, ampliándose gradualmente hasta adquirir una dimensión que luego se estreche en lo físico y se abra en lo mental. Pero por ahora radica en un solo elemento (o casi sólo uno): *La Casa Dorada*.

La Casa tiene su propia personalidad creada por la mano férrea y paciente del amo.

“A la sala, donde se instaló un altar, ninguna persona tenía acceso...Pero a pesar de ello, el místico sintió la honda necesidad de recogerse en absoluta soledad y construyó, él mismo, un pequeño santuario, en donde arrodillado sobre las lajas que embaldosaban el suelo, hacía trepidar los retablos con los golpes que daba en su recio pecho.”⁴⁰

La vivienda está formada por la sala, una cocina que, junto con el corredor, es el reinado de Remedios, y las recámaras separadas para cada miembro de la familia, donde priva el misterio impuesto por la discreción de Mauricio. El jefe no permite a nadie la entrada a su alcoba ni a su despacho. Sólo el amigo Bernabé Jiménez conferencia con él en alguno de estos recintos privados. La pura cercanía del niño o las mujeres a uno de estos lugares, provoca la ira desbocada y altisonante del padre que castiga al intruso con insultos cortantes, suficientes para evitar la reincidencia:

(Rosa) “Al pasar de puntillas frente a la puerta del despacho, oyó el murmullo de las voces interrumpido por una sarta de estornudos. Una vocecilla susurró junto a ella:

-Ya van veinte ¿Oíste?.. Veintiuno, veintidós...

-¿Qué haces aquí demontre?

Lo agarró (a Manino) por las orejas y de un pescozón lo puso fuera del peligro.”⁴¹

El caserón se continúa con un cuarto de trebejos en donde las mujeres cosen y planchan. Una caballeriza con el machero dispuesto siempre para “Lucero”, el caballo favorito del amo, y de la capilla. La capilla fue hecha por Mauricio, palmo a palmo:

<<...no quiso que ser viviente se acercara al oratorio para ayudarlo con su construcción:”No vale la pena, y además deseo ofrecer a la Santísima Virgen el sudor de mi frente en un lugar donde también le ofrendaré lágrimas y sangre. >> ⁴²

⁴⁰ Op.cit., p. 16

⁴¹ Op.cit., p. 31

Es esta pequeña iglesia el sitio donde Mauricio reconcilia su conciencia con la Virgen María, su única y eterna protectora. A ella ha dedicado su esfuerzo para honrarla y amarla en una medida que resulta inusitada y sorprendente para todos los enterados de la costumbre. Remedios y Rosa son las encargadas de mantener el santo lugar limpio y adornado, so pena de recibir del amo los más hirientes insultos que jamás se prodigarán ni siquiera a los animales.

Remedios se aposenta en la cocina, a la que se refiere su principal obligación como sucede a toda esposa pueblerina.

“Una sumisión inconsciente, adquirida en los viejos juicios de lo que es el matrimonio, la había llevado a esa solicitud con la cual rodeaba a su marido.”⁴³(p.19)

Habilísima en la preparación de los más exquisitos platillos, se especializa en los hongos por los cuales siente honda predilección y que en la sierra, dado su ambiente húmedo, se dan con tanta variedad. Por otra parte, quizá por la tensión nerviosa que padece, sólo de enfrentarse con la posibilidad de que su esposo estuviera en el hogar, sufre constantemente de hambre que aplaca comiendo cuanto succulento dulce regional sale de sus manos, o saboreando algún guisado que condimenta con esmero; pero la angustia que llena la morada en cuanto el amo llega, es algo que no puede controlar ningún miembro de la familia; ni siquiera los animales como la yegua vieja, a la que el jefe desprecia:

“La presencia de Mauricio llenaba la casa de temor. Cambiaba el aspecto de todas las cosas... Y aunque brillara el sol, parecía que una niebla, pegajosa y oscura, velaba los contornos.”⁴⁴

La humildad fue el clima en que Remedios se encerró para contrarrestar la tiránica situación marital plena de improperios, palabras desbocadas y desapego. Nunca recibió ningún cariño, ni un halago, ni una palabra que significara amor.

⁴²Una luz en la otra orilla.cit., p. 88

⁴³Op.cit., p. 19

⁴⁴Op.cit., p. 18

“Había puesto todo su afán en quererlo, pero ella no contaba. ¿Acaso no habían sido una servidumbre triste y humillante las señaladas ocasiones en las que él la consideró su mujer?”⁴⁵

Efectivamente, no cuenta para nada en la vida de él. Anhelosa de cariño, lo contempla furtivamente mientras atiende a su caballo, en tanto que ella sólo recibe vejaciones, dichas a veces a gritos; pero, en la mayoría de los casos, deslizadas con ira de la boca delgada del esposo como un silbido que se convierte en murmullo suave pero hiriente y que tan profundamente la lastima. Él hizo prevalecer su autoridad absolutista desde el inicio del matrimonio relegándola a los quehaceres domésticos de los cuales no debe desentenderse, y para los que él la ha recibido como esposa-sirviente; ni siquiera come con él y los hijos en el comedor.

<<...y la dueña de la casa...Para ella no había lugar. Nunca más se había atrevido a sentarse ante aquella mesa, negra y larga como un ataúd, desde aquella vez en que su marido, machacándole con los ojos, le obligó a levantarse: “Tú estás para servirme; para eso estás aquí, en esta casa.”>>⁴⁶

Y después:

“- Será mejor que te vayas a la cocina, Remedios, y nos dejas comer tranquilos.”⁴⁷

El mundo de Remedios se concreta a la cocina y al corredor donde ella satisface su desolado corazón, alegrándolo con plantas que cuida amorosamente tratando de encontrar en ellas las respuestas al amor que prodiga y que jamás obtendrá de su marido:

“Frente a los helechos gigantes, cuyas ramas entrelazadas formaban un arco umbroso al final del sendero, se detuvo. Quitó un brote seco, lo hizo crujir entre los dedos y acarició el tronco aterciopelado con verdadero deleite. ¿No tenía sus flores? No todo son lágrimas en este valle; la vida nos reserva algunas compensaciones. Las macetas, apretadas de azaleas y geranios que engalanaban los balcones, y los claveles y las rosas en el amplio corredor de ladrillos enverdecidos por el moho, le hacían olvidar los malos ratos. Todo su corazón insatisfecho, se volcaba en aquellos tiestos.”⁴⁸

⁴⁵ Op.cit., p. 20

⁴⁶ Op.cit., p. 23

⁴⁷ Op.cit., p. 13

⁴⁸ Op.cit., p. 25

Sólo que este placer mínimo no la aleja del mundo callado en que está encerrada toda la casa, sobre todo a la llegada de Mauricio de alguno de aquellos negocios que lo mantienen retirado de su domicilio. Él no acepta ruidos, algo emana de su persona que hace que los demás, a una de sus miradas hoscas y veloces, callen y contraigan el cuerpo, temerosos de que el amo considere que el sólo movimiento, la vista alta o un murmullo, los haga merecedores de un castigo o de un insulto.

“El silencio era la ley. Nadie lo había impuesto, pero cualquier ruido habría sido un desacato; casi un sacrilegio. Ellas, el niño y el mocito, siempre asustado y friolento, vagaban como sombras: La palabra y la risa se habían retirado, y hasta el viento atenuaba su rumor al sacudir la enredadera que trepaba por el muro del patio.”⁴⁹

Queda así perfilado el mundo de la familia Gutiérrez: una casa sola y convertida en una especie de prisión donde transcurren los ideales de dos mujeres: Rosa, joven poseedora de la ignota promesa de un futuro que puede serle sonriente y agradable; valerosa gracias al apoyo que sus pocos años y su desparpajo le dan frente al padre macho y esclavista. Remedios, encerrada en su resignación que sólo se atempera con el cariño de sus hijos y el recuerdo triste de un amor pasado que ella no tuvo el valor de pelear; la presencia colorida de unas flores que con sus tonalidades la reconcilian con la alegría, y el rostro callado y calmante de un Jesús que sigue con afectuosa gracia los movimientos de su dueña para la que constituye el más preciado tesoro.

Hay dos canales de comunicación que las Gutiérrez tienen establecido con el Teziutlán ñoño que ellas apenas conocen; el primero es el afecto y el respeto que se prodiga a ambas gracias a la fama de Mauricio, que según las lenguas enteradas dicen, es un santo, un místico que honra a su familia por el sólo hecho de convivir con ella, de protegerla bajo su techo. El segundo es menos glorioso, pero más efectivo: Perpetua Moncayo, la vecina de enfrente, hábil correo de todo lo que sucede en la población, prodigioso transmisor de noticias que vale, por sí sola, como puente entre el silencio del encierro y el mundo viviente exterior.

⁴⁹Op.cit., p. 18

Ahora bien, entre los dos escenarios que retrata la autora: La Casa Dorada y Teziutlán, los cuales se presentan separados por cada una de las partes en las que se divide la novela, hay, por decirlo de algún modo, un tercer cuadro, apenas soslayado con brevedad: es el campo por donde transita la diligencia en su viaje de la población serrana a Jalapa. Una ligera pintura se hace de este trayecto en donde ocurre la tragedia: la sierra se muestra esplendorosa, plena de pinos olorosos a resina, mensajeros de la tierra alta en donde el aire se adelgaza y aligera para que entre suavemente en los pulmones, y, de esta manera, los nutra y los purifique. Este escenario contrasta con la planicie seca, ardua y quemante, cercana a Perote, donde sólo algunas matas pringan la tierra rajada por el sol, que por ausencia de agua se cubre con su perenne cobija de polvo batido por las pezuñas de las reses hasta formar remolinos parduzcos cafés que tapan el pobre paisaje. Magnificencia de la sierra pedregosa acompañada por su eterna hermana, la niebla que arrastra su manto para esconderse en las cañadas cuando el sol levanta ya. Esta niebla que será piedra de toque de toda la novela no aparece como el pesado ropaje que envuelve a la Casa Dorada, sino como el suave y acariciante velo de una desposada que sutilmente adorna un campo sacrificado por los hombres malvados.

En este corto espacio el mundo mental de Remedios se ensancha; alejada del encierro anímico que para ella representa su esposo y todo cuanto lo recuerde, libre al fin, aunque sea por un corto espacio temporal, de la angustiosa animosidad que la condiciona en su pobre vida pueblerina, se entrega, casi sibaríticamente, a la tarea del ensueño que matiza con las remembranzas de lo que fue su juventud alegre y apasionada, antes de verse obligada a un matrimonio sin amor, aceptado para obedecer órdenes paternas. En medio de su febril desbocamiento espiritual forja ilusiones acerca de lo que pudo haber sido su existencia si ella hubiera tenido más valentía. Es tanto su agradable aturdimiento en alas del encanto imaginario que teme que sus compañeros de viaje lo adviertan y siente cierto escrúpulo de conciencia por imaginar vida, hijos y relaciones diferentes a los que tiene. De esta borrachera sentimental la saca la certidumbre del peligro y luego, sobreviene la tragedia.

En la segunda parte, separada de la inicial por cuatro lustros, la situación ha variado forzosamente. Aunque Remedios sea el resorte espiritual, de hecho,

no cuenta como pilar fundamental del ambiente; todo gira ahora en torno de Rosa y sus hijos, es decir, en la familia Gálvez, al calor de estas nuevas existencias se altera su enfoque del mundo.

Rosa Gutiérrez viuda de Gálvez retorna a la “Casa Dorada” que previamente su apoderado ha hecho arreglar de acuerdo con el lujo al que la familia está acostumbrada desde hace mucho tiempo.

“La Casa Dorada brillaba como un ascua en esa mañana luminosa y tibia. Aliñada igual que una muchacha en día de fiesta, reverberaba al sol hasta cegar con su reflejo. El color amarillo fue cubierto por una gruesa capa de nueva pintura y el guardapolvo en verde jaspeado, imitando mármol, se continuaba en el friso que bordeaba puertas y portón. Los viejos balcones de madera, también habían sido reemplazados por otros de fierro colado formando retorcidos arabescos vueltos a dorar. Solamente el tejado hacía recordar a la antigua Casa Dorada, nombre que le fue impuesto por el rumor de un fabuloso encontrado bajo el piso de uno de los cuartos, y por el colorido que le dio su primer propietario (...) Dentro, la luminosidad resaltaba los colores brillantes del corredor; los verdes y los rojos de las macetas nuevas que el liquen no había tenido tiempo de patinar.”⁵⁰

Todo cambia radicalmente, la mansión adquiere nuevos cuartos y dependencias. Cada pieza se arregla cambiando los entarimados, los tapices, agregando alfombras y cortinajes, muebles que nunca antes lució la residencia forman ahora parte de su menaje usual. Sólo hay un resquicio emocional involuntario:

“Únicamente la pequeña puerta que daba al pasillo sin salida al corredor, faltaba por relujar. Sus goznes oxidados chirriaron cuando la mano de Inés Gálvez le empujó con cautela.”⁵¹

Esta pieza a la que le falta arreglo desde afuera, es la que corresponde a la recámara de Mauricio cuando vivió. Hoy se le destina a la abuela para que en ella no reciba molestias puesto que se encuentra al fondo de la mansión. ¿Por qué, en medio de todo el boato, esta habitación no ha sido prácticamente tocada?

Se pueden dar respuestas que contesten y expliquen esta situación tan aparentemente incongruente. La primera es que Rosa, a pesar del cariño que

⁵⁰Op.cit., p. 91

⁵¹Op.cit., p. 92

naturalmente debió haber sentido por su progenitor, en el fondo, dado que nunca recibió de él ningún rastro de amor o solicitud sintió odio por el hombre que, a su madre y a ella las sacrificó a su voluntad cortándoles la alegría de la niñez y la pubertad. Supuesto que la joven vio y probó la dureza con que el amo maltrató a su esposa y a ella misma, es lógico que se escude en cualquier pretexto para desligarse de un pasado que le trae a la mente “visiones de pesadilla” cuando se hace presente. Desde este ángulo se explica una cosa evidente en el carácter de la joven en aquella dolorosa época; era y fue siempre la única que, con cierto respeto más o menos escondido, se enfrentó a su padre replicándole cuando recibía la familia alguno de sus acostumbrados insultos. Fue también la única a la que Mauricio Gutiérrez no respondió con reproches o golpes cuando era advertido por la muchacha de lo absurdamente autoritario de sus órdenes. Fue la única que se opuso a la tiranía ante los ojos horrorizados de la madre que temía por ella un castigo ejemplar.

Como autodefensa contra el medio ambiente, Rosa adoptó una posición despreocupada y un tanto altanera. Fuerza es que hoy desee desprenderse de lo anterior; aunque imposibilitada del todo deje ese rincón para guardar en él a su madre que ya desde hacía un poco de tiempo:

“... le pasó como un fardo. Animo y paciencia se requerían para hacerle llevadera a la enferma su triste vida, y ella ya había agotado en esa larga enfermedad, la energía que hasta entonces la sostuvo.”⁵²

También, quizá, haya en ella cierto grado de añoranza del poder paternal el deseo inconsciente de imitarlo, como cuando usa el despacho de Mauricio – que conserva igual- sólo porque era el aposento secreto de su padre. Quizá buscó en esta actitud la seguridad que le faltó después como administradora.

La otra razón puede ser evidente: son cientos las murmuraciones (o rumores) de que hay dinero enterrado por Gutiérrez en esa pieza, y ahora su hija quiere sacarlo. Sólo que entonces queda una pregunta ¿por qué no lo hizo?

Lo cierto de todo es que Rosa se forma un ambiente de rica seguridad que está muy lejos de experimentar:

⁵²Op.cit., p. 109

“No quería llegar como una derrotada a la tierra que la vio nacer. Todo lo contrario. Llegaría como una persona un poco decepcionada de las grandes ciudades, anhelando la paz y la tranquilidad de la provincia; pero de ninguna manera debía pensarse que su regreso se debía a un descalabro en su fortuna.”⁵³

Alrededor de este deseo, expresado así, se va conformando el escenario en cuyas tablas ocurrirá la acción. Cierta boato de buen gusto sazonado con algo de petulante importancia hará que las más encopetadas cabezas se inclinen ante la señora “de representación” cuando años antes ni la conocieron o, si sucedió lo contrario, la despreciaron al saber la clase de familia que tuvo su madre y las inclinaciones de Remedios.

El recuerdo de lo pasado perdura; pero son más importantes los pasos que la viuda de Gálvez pueda aportar a la mayordomía de la Virgen del Carmen o de San Isidro:

“No escatimé ni ceras, ni gardenias de Jalapa, ni alfombras de las grandes; y cuando la procesión, la calle parecía una calle del cielo con tanta vela y tanto estandarte... No paré en gastos.”⁵⁴

Y, lo más interesante, es que las encumbradas familias de la alta clase social harán un huequito para que las Gálvez entren en su círculo, sobre todo si se considera que las hijas se educaron en el Colegio de El Dulce Corazón de Jesús “donde hasta las bacinillas son de plata”. Y aunque los comentarios que abarcan veinte años de recuerdos sean lo más sabroso que pueda probarse en el succulento servicio de la chismografía, lo cierto es que la familia gozará por unos meses del lujo de las grandes damas cuya fama les ha precedido.

No faltará la amistad del distinguido e inteligente Doctor Atanasio de la Mora que, en concurrida y selecta reunión de cantina, se pavonea de lo rancio de sus relaciones con don Herminio, su esposa y sus hijas. Tampoco puede prescindir el encumbrado galeno de la satisfacción íntima que representa para él hacer notar que su difunto amigo era un dilecto estudioso enterado de todos los misterios de las ciencias y fabricante de axiomas. Genio ignoto que sólo encontró interlocutor adecuado en el culto representante de Hipócrates.

⁵³Op.cit., p. 111

⁵⁴Op.cit., p. 280

Menos aún puede pasar desapercibida la elegante familia a los ojos del jefe político que aprovecha el suntuoso festejo del 15 de Septiembre de 1900 para manifestar su afecto por Rosa y su admiración a la belleza de Inés:

“Rosa sentía por la espalda desnuda, como si un chorro de hormigas subiera y bajara. Sudando de emoción se enderezó orgullosa de ella, de sus hijas, de la fiesta y de todos los concurrentes...

...El teatro ofrecía desde luego mayor comodidad para las familias, ¡y qué espectáculo tan imponente presentaba! En la galería los sombreros de petate flameaban a la luz de los faroles.

En los palcos, los vestidos domingueros semejaban reguero de confeti. Y en las plateas las pecheras refulgían al lado de las sedas...

El piso nivelado a la altura del escenario ¿acaso no permitía a los invitados –a los que recibieron invitación impresa- danzar sin temor a los traspies? Y la profusa y magnífica iluminación de candiles alimentados con petróleo, ¿no autorizaba con su esplendor la alegría de los presentes?

El jefe político descendió los dos escalones del tablado sonriente y comedido, saludó al público con gesto amable. Al pasar frente a la platea de las Gálvez se detuvo sorprendido. Hizo un ligero saludo y continuó su camino, seguido de su séquito.”⁵⁵

Las Chayitos Casarrubias. Las Perpetuas Moncayo, Las Nachitas López, Las Gómez, etcétera. Todo el mundo concurrirá feliz a donde vayan las Gálvez. Formarán gozosas parte de su corte. Se sentirán contentas de incluirse en la comitiva que acompañe a la dueña de la casa. Después vendrá el declive.

El fastuoso encanto de que se ha rodeado la familia; el lujo que le formó Rosa con tanta precaución para “colocar” a sus hijas, desciende. No más fiestas, ni vestidos con rosas, té, ni visitas encumbradas. La realidad aparece aparejada con el tiempo y casi, puede decirse, se condiciona a él:

“Toda el agua que tenía que llover, llovió por esos días de mediados y fines de Septiembre. Y toda el agua la tragó la tierra, los montes y los ríos. Torrentes y saltos se enorgullecieron vistiéndose de espuma; jactándose de su presteza, recreándose en su abundancia.”⁵⁶

Pero...

“Los días que siguieron fueron tristes como los anteriores. En todas las casas no había más que disgusto, melancolía y un deseo rabioso de sol.

⁵⁵Op.cit., pp. 167-168

⁵⁶Op.cit., p. 195

En la Casa Dorada también se manifestaban los síntomas de esta perturbación espiritual que corría pareja con la del tiempo. Ya no podían más. Estaban hartas. Agua en el cielo. Agua en la tierra y agua por todos lados. De veras; ya estaban hartas.⁵⁷

Es indispensable hacer notar la forma en que el tiempo introduce las buenas o las malas nuevas. La niebla prevalece untosa, impregnante, en todos los objetos durante la primera parte de la novela. Sólo en una ocasión se hace referencia a un mustio rayo de sol que saltó furtivamente sobre las cosas que Remedios, pobremente, almacenaba en su humilde tocador. Por lo demás, la noche, la lluvia y la neblina son compañeras eternas. La luna aparece un solo momento para iluminar el triste cuadro de la diligencia que vuelve, por la querencia de los mulos, a Teziutlán, transportando su macabra carga de una mujer asesinada y otra embrutecida totalmente por el dolor. Únicamente el rayo de luz se filtra para poner un toque sutil y delicado en los dientes pequeñitos del niño: granitos, gotitas tiernas de nácar que brillan para entregar su último tributo de belleza a la inocencia y al martirio.

Al iniciarse la segunda parte Teziutlán se engalana cuando, en pleno mayo, recibe la caricia suave y cristalina de una semana plena de sol brillante y tenaz. Es como un destello que promete realidades halagüeñas. Presagio de éxitos que no sólo Rosa y su familia sienten, sino que se infiltra en los corazones de las diversas personas que viven en el pueblo y que, al amparo de esa luminosidad, se sienten reinar en sus propios ambientes. De la Mora compara la transparencia de uno de esos días con las mañanas italianas, ésas que son tan claras y nítidas porque la Ciudad Santa está más cerca del cielo.

Hoy que la ceguera amorosa de Rosa ha entregado su fortuna en las manos de un botarate; hoy que la ruina la amenaza con abandonarla en las fauces insatisfechas de Jiménez; hoy que se inicia el declive de la buena estrella de la familia de don Herminio, el “norte” puebla la sierra y no hay reconciliación posible en un corazón apesadumbrado por la tristeza y el dolor de la lluvia pertinaz.

Don Bernabé ha logrado su propósito. Posee ya la Casa Dorada; es tanta la deuda que la viuda Gálvez tiene con él que no podrá pagarle sino entregándole a su hija Inés en matrimonio.

⁵⁷Op.cit., p. 202

La angustia de Inés ante la inminencia de su sacrificio se traduce en frío escarchado y cortante que todo lo traspasa y lo congela; pero cuando acepta el consejo de la abuela y huye:

“Da la casualidad de que... ese día el sol amaneció desde temprano y pegó dentro de todas las piezas.”⁵⁸

Por fin, Inés se ha ido. La familia perdió todas sus propiedades, su exigua fortuna, su presunción. Polo está en la bancarrota. Rosa es arrojada por Jiménez al rancho de Atzalan donde apenas hay algunos perales. Madre e hijas empacan velozmente los pocos trebejos que el padrino les permite llevarse. Rosa enloquecida de ira y de despecho, lanza denuestos contra la infame hija que la abandonó separándola de sus lujos. Sólo Remedios, acurrucada en su silla, deliberadamente inválida para salvar lo poco que queda de su familia, piensa y sus cavilaciones coinciden con el viento huracanado que levanta las hojas y barre el ambiente. Es así como identifica su estado de ánimo con las nubes que el aire rápido varía de forma constantemente. Es ahí cuando siente, por primera vez en muchos años, la certeza de la felicidad fuera del tiempo, en la esperanza.

Como ya se vio en la biografía de nuestra escritora, la sierra de Puebla es el marco geográfico y etnográfico de sus obras, porque en plena Sierra Madre Oriental, rodeada de pueblecitos, se encuentra Teziutlán. Teziutlán no es una ciudad, pues con el clima que tiene y con su estructura, se asemeja más a un nacimiento, y el nombre de ciudad le quitaría todo lo poético y pintoresco al lugar. Eso sí, está considerado como “La perla de la sierra”, debido a que se tiende en medio de montañas; con casas con techos de dos aguas, tejamanil o tejas, aunque su altura de dos mil metros sobre el nivel del mar, la convierte en una región fría que a menudo soporta la espesa cobija de la niebla que baja siempre por las tardes, y mantiene, por lo tanto, un alto índice de humedad. Es seguro, además, que cuando el sol se mete, empieza a sentirse un vientecillo frío.

Lo más sorprendente y agradable de esta región es que, después de la noches neblinosas y húmedas, la población amanece fresca, límpida, con aire transparente y color de oro en las calles y en las casas, mientras en las alturas

⁵⁸Op.cit., p. 191

se divisa un cielo que irisa todos los colores y va del azul plúmbago al dorado. Esas mañanas frescas, suaves, con ligera temperatura fría, son la compensación a la noche anterior, oscura y gélida; nada se compara a la satisfacción de ver las mañanas adornadas de flores con su dulce perfume en el ambiente.

Xiultepec, Chignautla, Xalacingo (ya en el Estado de Veracruz) el del “Santo Señor”, Atempan, Hueytamalco, Zaragoza y los Oyameles rodean a Teziutlán. La dulce lengua indígena le presta sus nombres a todas las poblaciones que, aunque están en diversos niveles de altura, de climas y de orden cultural y económico, comparten ciertos rasgos comunes: una extraordinaria y añosa industria textil; el predominante uso del Quechquèmitl en la indumentaria de las indias; la fabricación del papel de corteza amate; la magia y la brujería con figuras de papel recortado, en fin, otras muchas características que, desde el punto de vista del arte indígena, le dan uniformidad.

IV. Señoras y señores; niños y adultos

Tanto en los argumentos como en las descripciones ambientales ha quedado de manifiesto la enorme sensibilidad de María Lombardo de Caso para percibir con gran agudeza los entornos físicos y psicológicos, que con tanto acierto plasma, tanto en sus novelas como en sus cuentos.

A continuación ofrezco una clasificación de los personajes más relevantes de las obras que se analizaron en este trabajo, con el fin de redondear la revisión sobre los textos de esta escritora poblana de la primera mitad del siglo XX.

Tipo de personaje	Obra
Adultos	Mauricio y Remedios Gutiérrez, Rosa, Bernabé Jiménez, Herminio Gálvez.
Mujeres rebeldes	La bruja, Nachita López, Matilde Gómez, Inés Gálvez, Malvina Gómez Nich.
Infantiles	Manuel Gutiérrez, Juan Gómez Nich.
Humorísticos	Don Fermín, Gonzalo Tejeda, Petra, Don Pascual y Doña Chucha, Mendiola, La Sustenienta.

A. Adultos. Los personajes de *Una luz en la otra orilla*

1. Mauricio Gutiérrez.

Mauricio Gutiérrez no es, desde luego, el personaje más importante dentro de la novela. De hecho su aparición es bastante fugaz como actor. En el resto de la obra se perfila más como el elemento de ausencia dado que, gracias a su personalidad, mantiene la viveza de su fantasma sobre los otros personajes que, en una o en otra medida, condicionarán al recuerdo –a su recuerdo- las propias actuaciones por las que después deben decidirse.

Aparece Gutiérrez en la primera parte de la novela y ni siquiera ocupa su personalidad las setenta y cuatro páginas de esta división; después, sólo será una figura borrosa.

Desde luego, a primera vista se encuentra en Mauricio una ambivalencia moral muy extraña, difícil de justificar y a veces de comprender. Pidió a

Remedios en matrimonio cuando ésta era muy joven (diecisiete años) y él ya era un hombre maduro, serio, consciente de todas sus responsabilidades. Lo hizo cuando la muchacha estaba profundamente enamorada de un ladrón (“el buen ladrón”), lo que hacía que ella fuera muy mal vista por la pequeña sociedad que la rodeaba. Él lo supo, inclusive la vio enferma, ya casados; cuando la chiquilla recibió la noticia de la muerte del antiguo pretendiente:

“Aquella vez que fui al camposanto me dieron escalofríos. Luego tuvieron que hacerme limpias y hasta me tuve que tomar ese remedio asqueroso que me llevó Doña Felicitas. ¡Pero nada! Ni por esas me alivié. ¡Cuánto tiempo estuve postrada! ¿Y Mauricio? Se hizo el tonto y no me dijo nada. ¡Así es éste... fregado!”⁵⁹

¿La quería? ¿En algún momento estuvo enamorado de la muchacha? Es difícil contestar a estas preguntas de una manera absoluta sólo que si tomamos en cuenta las actuaciones globales del señor de la Casa Dorada no hay más remedio que contestar negativamente. Hosco, duro, tajante, no tuvo para su esposa palabras de amor, consideraciones, afecto, alguna atención que la colocara como su compañera y no únicamente como una administradora competente y activa en el recinto cerrado de la mansión Gutiérrez.

Tuvo con su mujer dos hijos y se hace referencia a “la servidumbre” que fue para Remedios “las señaladas ocasiones en que la consideró su esposa”⁶⁰ ¿Necesidad sexual? Ciertamente que no; pocos datos se tienen sobre la persona física del amo; pero se dijo que él y su compadre Jiménez en todo son parecidos y don Bernabé tuvo una serie de correrías de tipo carnal; es de suponer que Mauricio, el inseparable amigo, lo acompañaba. Además, en los diversos asaltos que cometen los dos compadres las mujeres son siempre violadas; luego, creo que aquí hay algo de la clave que puede explicar la extraña actuación del personaje: Gutiérrez tuvo necesidad de cubrir, desde el momento en que se inició en la fructífera vida de bandolero, la apariencia que le aseguraba la tranquilidad de un hombre de bien que fingía vivir del negocio de la vainilla, el cual, manejado con pericia, puede producir escasas ganancias. Don Mauricio no era tonto: su fama de creyente se asocia a la de buen empresario y de ahí que se justifique su posición de capitalista poderoso, aunque reservado y

⁵⁹ *Una luz en la otra orilla.cit.*, p. 63

⁶⁰ *Op.cit.*, p. 19

un tanto tacaño. Remedios y los hijos que con ella tuvo son la perfecta mampara que involuntariamente cubre la delictuosa afición del padre; pero son el pasaporte seguro para la santidad, voz popular que en boca de todos corre y que, consecuentemente lo aleja de la posibilidad de ser culpado en el supuesto fortuito en que pudiera ser descubierto en uno de sus turbios manejos:

“Había que acordarse de cómo y cuándo (Remedios) se enredó con aquel ladrón de Gonzalo Tejada. ¿No una noche su mismo padre se había topado con ellos en la recámara de Remedios?...¿Y el santo de Don Mauricio? El pobre lo supo; pero a pesar de eso cargó con ella. Así había sido aquel hombre: un santo... un santo... un santo...”⁶¹

Un santo..., un santo que como dice Rosa, sólo abre la boca para “lanzar palabrotas como loro de costa”. Un santo que sacrificó a su familia en aras de sus propios intereses. Un santo que fustigó los rostros y las almas de sus parientes con bajezas tenaz, y suavemente deslizadas por los labios delgados, egoístas, hechos sólo para el insulto y el desprecio:

“-¿Cómo ha andado eso de la escuela, Manuel?...”
-¿No tienes lengua? ¡Te estoy preguntando!
-¿Te haces el...tal, o es que de veras eres?...
...La hermana intervino en ayuda del chiquillo:
-Estuvo un poco mal de la garganta. Le tuvimos que poner una cataplasma de infundía de gallina y ceniza caliente.
-No necesito saber las mierdas que tú y tu madre les embarran a los enfermos”⁶²

Pero no paran ahí los numerosos ejemplos:

“-¿Necesita algo, papá?
¿Quiere que le traiga unos chiquiadores para el dolor de cabeza?
-¿Quién te ha dicho que me duele la cabeza? No te estoy pidiendo ningún remedio.
-Como a veces, cuando se encierra con mi padrino le ataca la jaqueca, pensé que...
-¿Qué yo me encierro con tu padrino? ¿Qué estás diciendo, hija de la...?”⁶³

Y con este ex abrupto se ocurre una consideración por demás obvia. Era verdad que Mauricio y Jiménez se encerraban a conferenciar, en el despacho

⁶¹Op.cit., pp. 86-87

⁶²Op.cit., p. 13

⁶³Op.cit., p. 35

del primero, los detalles de sus negocios, y que por esa causa pasaban largas horas en ese recinto discutiendo estrategias, precios, montos, etc. Rosa hizo el comentario sin el menor asomo de malicia, se refirió solamente, a un hecho cotidiano al que ella y su madre estaban acostumbradas y en el cual no encontraban nada de pecaminoso. La respuesta brutal a la chiquilla es sólo un reflejo de la mentalidad turbulenta que se esconde en la persona del “Santo” que no podía permitir que alguien dudara de su virilidad.

Este tipo de delincuente que se escuda en una falsa personalidad cuidadosamente prefabricada tiene antecedentes literarios: es muy semejante al bandido Jacinto Enríquez –aparentemente mayordomo de un convento de monjas- que aparece en una de las novelas de Pantaleón Tovar (1828-1876), *Ironías de la Vida*, que se publicó en 1851 y que quizá tenga algo que ver con el protagonista –Relumbrón- que presenta Payno en *Los bandidos de Río Frío*. (1889-1891). Corresponde Mauricio, en todo caso, a este tipo de bandido mexicano de quien ya se había trazado el gesto en novelas del siglo XIX.

Por otro lado, encontramos el segundo aspecto de la personalidad de Mauricio. Al parecer sí era un devoto creyente de la Virgen María y de Jesucristo. A ellos encomendaba su alma y eran el escudo con que se protegía frente a su familia y delante de sus compañeros. Nada más que lo profundamente religioso contrasta vivamente con la actuación que antes señalé y, sin embargo, él practica furiosamente la religión y luego de haberlo hecho durante tantos años en el seno familiar, asalta la duda de si la pose fanática no era en verdad sincera y tenía para él la magia de conciliar en lo hondo de su conciencia lo delictuoso ofrendado sistemáticamente a una Virgen que, compasiva por tradición con los que la veneran, tiende la mano salvadora para aquel que se arrepiente en el último instante.

Este hecho nos remite a la candorosa historia de Gonzalo de Berceo acerca del ladrón aquel que, encomendado siempre a la protección de la Virgen, la obtiene favorablemente en el momento de la ejecución. También don Juan Montalvo cuenta la anécdota de un ladrón que, en sus oraciones, trataba de cohechar a San Francisco prometiéndole una veladora si le ayudaba a matar a su enemigo. ¿Es acaso, Mauricio, una reminiscencia de esos personajes ingenuos que aparecen en todas las literaturas con la belleza de la ignorancia y la ingenuidad? ¿Buscó realmente en esa práctica de fe inquebrantable la

protección de María Santísima en sus negocios sucios pensando que la Santa Madre del Señor se obligaba incondicionalmente sólo porque recibía de él rezos en los que le imploraba buena suerte para matar cristianos sin sufrir ningún peligro?

Se puede dar respuesta a esta pregunta partiendo de los dos ángulos apuntados antes:

1º.- Mauricio procuró cubrir siempre lo falso de su conducta apoyándose en la religión y en una familia a la que desprecia profundamente.

2º.- Al unir la observancia severa de la fe católica con la crueldad del ladrón establecía esa ambivalencia de que ya se habló y que él posee en forma innata, lograba infundir pavor, miedo cerval en los forajidos que lo servían y que, sin duda, no temían en él los excesos del bandolero común y corriente que anda siempre a salto de mata; pero que considera la posición peligrosa de los que comparten con él el oficio y puede llegar a tener rasgos de generosidad y desprendimiento gracias a que ha pasado con ellos los mismos momentos de angustia; sino al delincuente que, como Mauricio, es capaz de todas las ferocidades con la más perfecta tranquilidad de conciencia puesto que ya él cree haber comprado el boleto en clase primera desde hace mucho tiempo.

Por todo ello, podemos afirmar que Mauricio es un obsesivo sádico, tal y como podemos constatar en el siguiente ejemplo:

"- ¡Alto! ¡Arriba las manos!

El viejo rural, al oír la orden que a través del paliacate les daba un hombre vestido de negro que parecía ser el jefe, salió de su modorra, y sin hacer caso del mandato se echó el arma a la cara.

-¡Baje la carabina, Don Fermín!

-¡A mí nadie me espavienta! ... jijos de la...

Un disparo atajó la voz. El cuerpo del guarda cayó pesadamente rebotando contra las ruedas.

-¡No te muevas, Pedro López!

Los hombros del cochero se encogieron convulsivamente al soltar las riendas. Un segundo disparo salido de la misma arma le perforó el pecho. Rodó desde el pescante; brazos y piernas entrelazados en una bola confusa, dejando un reguero de sangre en el camino." (P. 68)

". . . el señor Ramos, en aquella obscuridad y aquel miedo que lo cernía, no atinaba con las llaves.

-¡Suéltalas, chango asqueroso! ¡Lárgate al infierno a juntarte con la p... que te parió!

Un grito de cadencia agónica rasgó las tinieblas. El capitán, lanzando un salvazo de desprecio, despegó el cuchillo de la espalda de su víctima apoyándole el pie en las caderas y lo limpió en la yerba.

-¡No vemos a desperdiciar nuestras balas con las ratas!

La puertecilla de la covacha, atacada con furor, voló hecha astillas.

Y en tanto que el cabecilla sacaba las talegas y las ordenaba en el suelo, dio algunas instrucciones a la cuadrilla, que a distancia, respetuosamente, aguardaba sus mandatos."⁶⁴

Hay que observar que no se trataba de bandidos alevosos que pelean por el botín con los jefes, sino de ladrones perfectamente adiestrados y amansados que, quietos, esperan "respetuosamente" las órdenes del cabecilla principal. Ese respeto se deriva, indudablemente del temor que les inspira la despiadada ferocidad del caudillo, a la que no quieren exponerse.

Claro está que Mauricio no está a salvo de mostrar, en ciertos momentos, su doble personalidad. Pocos datos hay en cuanto a su aspecto físico. Era muy parecido a Jiménez; esto es, delgado, fuerte, de mirar huidizo; casi nunca enfrentaba la cara, la boca delgadísima, semejante a un machetazo con el que se le hubiera abierto una línea para que hablara. El bigote cubría los labios casi inexistentes y las manos finas, muy bien perfiladas dentro del modelo clásico de la elegancia de dedos largos, delgados sin ser huesosos; pero tremendamente fuertes y vigorosos. No elevaba el tono de la voz, siempre suave y cadenciosa, aun cuando insultaba a su mujer y a sus hijos.

En el asalto, fanfarronea y grita, pero también amenaza con el suave murmullo que apenas parece brotar de sus hirientes labios:

"-¿Qué pasa, compadre? ¿Ya acabó con éstos?

La voz sonaba al pie de una fe las puertas.

-Si no... Déjelos por mi cuenta: ¡donde entra Mauricio Gutiérrez hasta la tierra tiembla!"⁶⁵

Y luego:

"-¡Vámonos compadre! Ya nada tenemos que hacer aquí.

-¿Quiénes eran ésos?

-Unas viejas y un muchacho. Pero ¡Vámonos luego! A lo mejor siempre mandaron escolta y puede llegar en cualquier momento.

-¿Por qué está temblando? Parece muerto resucitado. ¿Ya se está pardeando? ¿Qué

⁶⁴Op.cit., pp. 68 - 70

⁶⁵Op.cit., p. 72

demonios le sucede?

-Nada... ¡nada! es que... ¡bueno! son percances del oficio.

-¡Alégrese compadre! Estuvo gordo el negocio. Es más de lo que habíamos pensado...

Mauricio Gutiérrez, ya con el pie en el estribo, tomó con su mano de1icada y vigorosa el escapulario que le protegía el pecho y se lo llevó devotamente a los labios:

- ¡Ave María Purísima!

El hombre que tenía junto le echo una mirada temerosa y respondió bajo el ala del sombrero:

-Sin pecado concebida.

Salieron de estampida con Gutiérrez a la cabeza."⁶⁶

Únicamente quedan dos aspectos de este personaje un tanto introvertido. El primero es que construyó él mismo la capilla donde quería ofrecer "sangre, sudor y lágrimas" (en el orden churchilliano) a la Virgen Santísima. Pero indudablemente aprovechó sus fugas místicas, tan frecuentes en él, para cavar - al mismo tiempo que rezaba- lo suficiente para enterrar sus tesoros, productos del robo mancomunado; de ahí que los retablos temblaran cuando él se daba vigorosos golpes de expiación en el pecho. No eran tal, eran palazos que daba al suelo para guardar su preciosa ganancia. Fue un modo muy ingenioso de despistar a todos; aunque hay que reconocer que la chispa comunicativa teziuteca sabía eso y más de los secretos ajenos.

El segundo aspecto apenas si es mencionado: el mismo día del asalto, Gutiérrez desapareció y no volvió nunca por su casa. La razón es sencilla, Jiménez lo asesinó:

"-Ya sé que no hablas... pero si alguna vez sueltas algo... te mato. ¿Lo oyes? te mato como maté al perro de tu marido cuando quiso morderme."⁶⁷

La frase "quiso morderme" nos hace suponer que Jiménez tuvo que revelarle a su compadre la verdad del asesinato en la diligencia; o quizá, con el revuelo levantado en el pueblo, el propio Gutiérrez se enteró y le reclamó a su compinche. Pero ... ¿es posible que la hiena haya sentido amor por su mujer y por su hijo y se revolvió feroz contra la fiera que los sacrificó? Es poco probable, y ciertamente sobre este punto sólo pueden adelantarse especulaciones: los amaba secretamente y le dolió verlos muertos; o bien

⁶⁶Op.cit., p. 73

⁶⁷Op.cit., p. 119

experimentó un tremendo remordimiento de conciencia cuando supo del asesinato perpetrado y se sintió culpable de la suerte de su familia. Pudo haber sido también que no albergó ningún sentimiento elevado; sino que quiso aprovechar el crimen y quizá, despojar a Don Bernabé del producto del robo como legítimo pago por la pérdida sufrida.

2. Remedios Gutiérrez

Poco se sabe, en realidad, de este personaje protagonista, tan poco, que se ignora cómo se llama: Remedios X de Gutiérrez. Quizá sea intencional esa omisión para señalar que la vida de esta singular mujer comienza y termina en el mismo ambiente que abarca la Casa Dorada y las consecuencias del mandato que Mauricio ejerció sobre ella.

Probablemente, si se hubiera dado una serie de datos sobre la persona física se habría desvirtuado el valor de la figura que radica, especialmente, en la calidad emocional que dimana de ella en la novela.

No se sabe la altura del cuerpo de Remedios, probablemente regular; eso sí, esbelta a pesar de lo mucho que comía entre dulces y antojitos con los que aplacaba un poco su espíritu insatisfecho y su constante tensión nerviosa. Alguna pequeña referencia se hace, en dos ocasiones, a lo bonita que era: una, cuando da gracias a Dios porque así podrá atraer el cariño de Gonzalo Tejeda. La otra la hace Rosa:

-“¿Ya se vio en el espejo? Con todo y lo que come, ni parece mi mamá. Con esa cinturita y esas chapas que hasta envidia me dan. Si yo fuera así de linda, estaría brincando de puro gusto.”⁶⁸

Después, las referencias se pierden para fijarse únicamente en el cuerpo magro de la enferma inmóvil y desvalida que tiene como único medio de comunicación con el exterior a su nieta Inés. A partir de ese momento, toda relación que se haga en cuanto a su persona será a través de la joven Gálvez que, al decir de todos, heredó el aire de la abuela, su modo dulce y encantador y, sobre todo, los grandes ojos que a medio mundo trastornan. La belleza que en su juventud tuvo Remedios se refleja en su sucesora, e Inés, innegablemente, tiene un porte, una gracia que aún los viejos reconocen y alababan recordando con eso las prendas de que gozó la Señora Gutiérrez.

⁶⁸Op.cit., p. 27

Es posible que el encanto que emanaba de la esposa de Mauricio haya valido la vida. Jiménez no fue refractario al garbo de su comadre y la misma hija se dio cuenta de las miradas codiciosas que el eterno tenorio le lanzaba:

“- usted bien sabe de lo que estoy hablando: de la malvada maña que tiene de ver como si la desnudara. Fijese bien, mamá. Ya se habrá dado cuenta: usted es a la que se come con los ojos.

-Qué cosas dices. ¡A mí..., una vieja!

-¿Una vieja? Bien sabe que no lo es.

-Pues yo no he visto nada.

-Usted me disculpará, pero no lo creo. Todas las mujeres nos damos cuenta cuando hay gavián rondando.

-Te lo vuelvo a decir: yo no he visto nada.

-De veras, puede que usted no, porque vive en la luna, y porque le tiene tanto miedo que hasta se engarrotó cuando lo ve.”⁶⁹

Pero en realidad, Remedios no ve nada porque vive atemorizada por la angustia constante que su marido provoca con su sola presencia. El estado de ánimo de la mujer se caracteriza por la amargura, el pavor y la resignación. Solamente ríe dos veces en la obra; una, cuando de joven festeja una travesura de Tejeda; otra, cuando recuerda aquella corta época feliz y sueña con lo que pudo haber sido. En esta segunda ocasión ella misma se tapa la boca espantada de una reacción y un ruido bucal tan desusados en su persona. Por lo demás es siempre un ser desvalido, indeciso, cobarde, amedrentado. Su hija Rosa la quiere con una mezcla de cariño y compasión infinita que no logra desentrañar. Su nieta Inés la cuida con la solicitud que se dispensa al recién nacido sin procurar adentrarse en el hondo misterio que el alma de la abuela encierra. En una ocasión la nieta se propone desentrañar el dilema; todo para ahí, ¿qué cosa puede tener escondido el espíritu de una mujer que vivió rodeada de cariño y consideraciones?

Pero por no ser, precisamente, ésta la circunstancia, resulta inusitada la decisión con que la abuela encara el problema terrible que carga su nieta. Cuando Jiménez desea a la joven, quizá como una reminiscencia de lo que sintió por la antigua imagen de ella, es Remedios la que, sacando su voz del pasado, aconseja y empuja a la chiquilla por el único camino variable: “¡Vete!”

Por la mente de la anciana pasó en segundos toda su vida. Se ena-

⁶⁹Op.cit., p. 30

moró desesperadamente del ladrón de candorosa mirada y proceder caballeresco. Un chocar fortuito de ojos. Quizá alguna sonrisa. Por la noche, en el balcón de ella un murmullo y un beso arrancado a la fuerza. Eso fue todo. ¿Qué le propuso el galán en el momento en que hablaron? Quizá le pidió que huyera con él!; pero Remedios no tuvo valor y aceptó el matrimonio al que la autoridad paterna (autoridad otra vez, el signo de ella es vivir bajo el imperio de alguien) la empujó. Su deber es salvar a la nieta y lo logra.

Únicamente queda un cabo suelto que creo que no encaja muy bien en el conjunto. ¿Por qué Remedios se obstinó en defender el honor de la familia no revelando los auténticos antecedentes de su esposo y de su compadre? El "qué dirán no le importa, ella misma se lo dice a Inés:

"-Las gentes te señalarán con el dedo. Pero si te sacrificas, nada te darán en cambio. Esto lo sé bien, hijita.

-...Nunca se le da gusto a la gente."⁷⁰

Que respondiera a su empeño en proteger a la familia de un asesinato seguro, es poco probable supuesto que, en el momento en que ella hubiera hablado, habría contado con la credulidad del jefe político y se habría iniciado la investigación que, aunque larga y dura, acabaría con Jiménez seguramente.

¿Salvar a la familia de la ruina evitando que el gobierno confiscara los bienes? Ya la quiebra se había presentado. Era inminente que los bienes de Rosa estuvieran en las manos de su padrino y que toda la familia Gálvez se encontrara a punto de pedir una caridad. De modo que, perderlo todo a favor de don Bernabé o del gobierno debía ser lo mismo. Con la circunstancia especial de que los altos funcionarios podían haber sopesado las situaciones y quizá hubieran devuelto a Rosa algo de su capital.

Me parece casi inverosímil suponer que Remedios pensara en términos legales y considerara la posibilidad de una prescripción. Entonces sólo queda una conclusión cierta: la abuela se vio en su nieta, a la que profesaba un auténtico amor que no reconocía barreras. Recordó la amargura de su vida, previó el temeroso aunque arriesgado futuro de la joven, pobre pero pleno de cariño y, deseosa quizá de estimular en la muchacha el valor que ella no tuvo, la

⁷⁰Op.cit., p. 272

empujó hacia la felicidad aceptando una vez más, como recompensa, un sacrificio: la parálisis falsa, el silencio obligado, la muerte voluntaria en aras de una vida que nacía de ella y con la que ella reencarnaba.

Dolorosa pero admirable actitud de esta mujer valerosa que supo siempre entregarse sin pedir nada. De joven, cuando Mauricio no la consideró, deseaba afecto:

"¿Únicamente a la Virgen y a su caballo estaría reservando el calor de su corazón? ¿No lograrían ellas, alguna vez siquiera, una palabra benévola? No... nada afectuoso podían esperar de esa boca de labios delgados como cortada por un machetazo. No eran para los suyos los cariños temblorosos de sus manos.

Remedios espiaba los halagos prodigados al caballo y las palabras pronunciadas con mimo extravagante eran escuchadas con una mueca de añoranza. El rico freno de Amozoc, las rosetas de plata que adornaban la frontalería, la cabeza de cuero repujado; todo ese lujo que a la bestia le echaba encima la golpeaba como un sarcasmo."⁷¹

Nunca imploró ese cariño; ya que lo tuvo en los brazos de la nieta y cuando la vio dispuesta a entrar al mismo sendero de dolor que el suyo, la rechazó; la obligó a apartarse de ese holocausto y se aprestó a ofrendar en cambio, el suyo propio. Remedios, la que nunca sintió egoísmo, es, sin duda, el punto luminoso de toda la obra.

3.- ROSA GUTIERREZ

Rosa es el elemento que abre y cierra las dos épocas de la novela. Cada una de las situaciones que se presentan en sendas etapas tendrá su origen en forma cercana o lejana en Rosa que, indudablemente, es personaje motor de la suerte de los demás, aunque su actuación sea, en general, bastante desafortunada, por no decir perniciosas.

Las dos partes del libro se marcan notablemente en el carácter de este personaje, y probablemente sea su cambio de conducta lo que a su vez provoque el diferente enfoque que recibe la obra.

La presentación de Rosa es bastante afortunada, joven, pero sin ser bonita.

Bisbirinda, de nariz respingada, esbelta, posee además el rubor saludable que el aire claro de la sierra pone en sus mejillas; pero la descripción física de la

⁷¹Op.cit., p.18

muchacha es lo que menos importa, interesa realmente el enfoque que se observa sobre la conducta de esta niña.

Tiene diecisiete años y ha vivido siempre en el encierro obligado de la Casa Dorada y no ha gozado de más cariño que el emanado de su madre; su padre no le prestó nunca la menor atención. Y Rosa comenzó sentir desde pequeña respeto por aquel hombre al que ella no habría escogido nunca por progenitor; nada más que ese respeto se fue convirtiendo también en soberbia que desembocó, finalmente, en una especie de agresividad solapada que la puso en guardia permanente contra los ataques del tirano y la transformó en el paladín que se enfrentaba a él, a veces con éxito suficiente como para dejarlo en silencio.

La personalidad de la joven se forjó entonces de esa manera; lista a repelar cualquier insulto sin salirse del respeto que su padre, lógicamente, le inspiraba; pero nunca dispuesta a soportar una vejación sin pretender defenderse:

-Y ten presente (a Rosa) que cuando yo hablo, los demás... ¡callan!

-Entonces es mejor que no contestes, Manino. Ya oíste que debemos callar.

Mauricio Gutiérrez tragó gordo. Echó una mirada indefinible a la muchacha, y el silencio sólo fue interrumpido durante el resto de la cena por los sordos gruñidos que dejaba escapar como gato irritado."⁷²

Se tornó Rosa en hábil defensora de su mezquina libertad, soportaba lo necesario antes de arremeter; pero cuando se hacía necesario contestaba la imputación lo mejor que podía:

"-Te estoy preguntando: ¿dónde están los muchachos?

-Los mandé por un poco de café, porque ya no tenemos...

-¿Ya no hay? ¿Qué le hicieron al medio costal que les traje? Con el despilfarro que hay en esta casa, si no fuera por la Virgen Santísima y mi trabajo, ningún dinero alcanzaría para mantenerlos.

La muchacha acabó por sublevarse y aunque no se atrevió a levantar los ojos, contestó con voz apagada pero firme:

-Pues ya le dije que no hay, y si no quiere que se gaste, no pida café a la hora de la cena; nosotros podemos tomar té de manzanilla."⁷³

⁷²Op.cit., p.13

⁷³Op.cit., p.36

Esa facultad que el medio ambiente había permitido desarrollar se convirtió en Rosa en una coraza con la que pudo hacer frente a la chismosa sociedad que la rodeó. No toleró la intervención, en sus asuntos, de nadie que ella considerara que podía molestar. Supo desembarazarse con la claridad de todo entrometido que pretendiera tratar de sacar algo. Preservó lo poco que quedó de su casa después de la tragedia, alejando de las miradas indiscretas que la perturbaban todo lo que a los demás no podía importarles. Arregló lo necesario (se sirvió de Don Herminio Gálvez a quien había mandado llamar desde Atzalan) y supo mantenerse a flote sobre el mar de murmuraciones que la rodeaban:

"-Oiga Rosita: ¿es cierto que en el suelo de la capilla usted encontró...?"

-¿Encontré qué?

-Nada, niña, nada... Y seguramente Remeditos tampoco sabrá...

-¿Sabrá qué?

-Queríamos decir... algo de Don Mauricio, aunque su pobre mamá...

-Pues ni yo ni mi pobre mamá, sabemos nada.

-Oiga Rosita; algunos aseguran que lo asaltaron, pero otros andan por ahí diciendo que ya no quiso saber más de ustedes porque..., pues por todo lo que pasó.

-Lo que paso todos los vieron. Y quiero que sepan de una vez por todas, que lo mejor que pueden hacer lo que tanto quieren, es no meterse en mis asuntos ¡Yo sé bien lo que hago!

¡Hum!... De verdad que era bien lista, y claridosa ni quien le ganara ¡Cuidado con la niña!"⁷⁴

Es innegable la forma en que afrontó Rosa la situación terrible en la que de golpe y porrazo se vio sumida, con una decisión y una valentía poco comunes a su corta edad; sobre todo, considerando la forma en que había vivido.

La actitud de la muchacha varía en lo que concierne al trato que ella tiene con su madre. Rosa quiere a Remedios, indudablemente, la ama de una manera profunda y respetuosa; pero no está exento ese cariño de un sentimiento extraño, mezcla de compasión y complejo maternal proteccionista. Es evidente que para la hija de Mauricio Gutiérrez su madre es la víctima inocente de un malvado que a ambas las ha hundido en la negrura, sólo que Rosa sabe defenderse, en tanto que Remedios se ha dejado sumergir en un salobre abismo de angustia, miedo y sumisión:

"-¡Rosa! ¿Qué tenemos para la cena? ¿Sobró algo de mediodía? Es posible que tu padre llegue esta noche.

⁷⁴Op.cit., p. 62

La nariz respingona de la muchacha asomó por la ventana de la cocina.

-No quedó casi nada. Los muchachos tenían hambre y usted acabó con los dulces que había en la alacena. Pero no se aflija, ya puse la gallina en la olla grande, sólo le falta su recaudo.

-Sea por Dios. Con eso y alguna otra cosita, nos arreglamos. Lo que me apura es que no ha habido sol para blanquear los manteles del altar, y donde vea aquello tan desnudo...

-Ni usted ni yo somos San Isidro para obligarlo a salir. No se ponga nerviosa como gallina clueca ¿Qué le vamos a hacer si no hay sol?"⁷⁵

Ante la posición resignada de la señora, la joven hace débiles intentos para desencadenarla de la tortura que padece, llega hasta soliviantarla una vez para que haga valer sus derechos de esposa, pero desiste de sus pretensiones cuando observa que la madre está en un mar de tradiciones que la hundan más y más a fuerza de ser hábitos seculares de observancia general e irrefutable:

"-Pase lo que pase, yo sí me voy. Tú te quedas aquí para lo que se ofrezca.

-Sí; ya lo sé. Yo me quedé para aguantar lo que se venga encima y usted se va a Jalapa muy oronda...

Con la cara bañada en lágrimas, Remedios se disculpaba:

-Es mi hermano... No lo puedo dejar morir como si fuera un perro...

-No se morirá como un perro, pierda cuidado. Por eso tiene a su mujer que bien que lo chiquea, como que es a ella a quien le va a dejar los centavitos... ¡Pero cálmese, por Dios! No se gana nada con aullar como coyote. En cuanto mi padre se vaya, usted se sube en la diligencia y queda todito arreglado... ¿Qué le parece? Después de todo ya no hay esclavos, y siquiera por una vez dése usted su lugar y haga lo que quiera."⁷⁶

Rosa entonces reaccionó con un egoísmo muy especial y piensa que a ella no le importan los asuntos que haya entre sus padres, puesto que no va a remediar males ajenos. Se contenta con hacer sentir el afecto que profesa a la desvalida criatura que vive a su lado manifestándole mimos: a veces, llamándole la atención de una manera suave y ligeramente burlona sobre los errores que comete por el terror que la atosiga:

"-... ¿Dónde andará Pánfilo? ¿Lo mandaste a algún mandado? ¡Ay hija! ¿Por qué tendré siempre el estómago revuelto?

-Es la bilis. En cuando él llega, usted no hace más que temblar.

⁷⁵ Op.cit., p. 9

⁷⁶ Op.cit., p. 34

La madre asomó le cabeza por la puerta que entreabrió con tiento mirando a todos lados sin descubrir al que buscaba.

-¡Pánfilo, Pánfilo...!

-Si está por ahí, no la puede oír. ¿Cómo quiere que le conteste? con esa vocecita de grillo que le saca el miedo, ni quien la oiga.”⁷⁷

Y aún de sus fugas de la realidad:

“-Está apagado el brasero, Rosa. Afortunadamente ya acabamos.

-Hace un rato que terminé, pero usted ni se dio cuenta. La he estado viendo pasar la plancha fría por los encajes. ¿Qué le pasa? A veces se me figura que sólo a ratos está en el mundo.

-No digas tonterías.

-Bueno, pues entonces vuelva en sí y vaya a ver la comida mientras arreglo la capilla. Hay que aprovechar ahora que salió mi papá. Lo oí cerrar el portón.”⁷⁸

Debo hacer notar a este respecto que, a pesar del mandato evidente que aparece en labios de la joven, dado el contexto de la conversación y, de acuerdo con lo que antes pasó, este fragmento es una de las más acabadas formas de expresión de cariño de hija a madre. No es, desde luego, el amor empalagoso que se supone ideal, sino un cariño fuerte, profundo que no necesita de palabras melosas o poses para manifestarse. Basta con detalles que revelan la atención de una persona puesta en otra.

Para evitar dificultades, es la misma joven quien toma las decisiones en asuntos que conciernen a las dos mujeres; apremia a su madre para que conserve la serenidad cuando es posible que se encuentre en peligro la tranquilidad de ambas o el éxito de algún plan fraguado por las dos. Es la consejera y amiga de una mujer que, lógicamente, debía ocupar el papel opuesto al que tiene. Rosa se ve perfilada como una figura positiva; altamente valiosa por su discernimiento, sangre fría, determinación, valor. Es gracias a su ecuanimidad que se salvan los restos del naufragio familiar y ella logra capitalizar todo a su favor.

Pero esta imagen tan acabada de la joven decidida y valiente desaparece con la misma rapidez con que se formó. Lo maduro de sus

⁷⁷Op.cit., p. 17

⁷⁸Op.cit., p. 25

actuaciones de adolescente se pierde con la edad y poco a poco cede su lugar al atolondramiento de la mujer superflua.

Después de su matrimonio con el Profesor Gálvez intuimos en Rosa las variantes que su nuevo estado civil le provoca. Soltera, supo encontrar el lugar de la capilla donde su padre guardó el producto de sus robos. Acompañada y ayudada por su novio desenterró el capital y lo aportó como dote y bien comunal que se supone salvará en el futuro a la familia Gálvez de posibles problemas económicos. A partir del momento en el que contrae matrimonio se inicia en Rosa un proceso de admiración sin límites a todo lo que su esposo haga, piense y ordene. Le parecerá encantador someter su voluntad agresiva a otra que utilizara sólo la persuasión, no el insulto, para imponerse y, sus ojos (también los espirituales) se abrirán desmesuradamente frente a la inteligencia preclara y la cultura ilimitada que fluye naturalmente de su esposo.

Pequeños detalles le dieron cuenta a Rosa de que su consorte era una mole de cultura con la que ella no podría enfrentarse. Dichosa de la superioridad intelectual del esposo⁷⁹ se dejó arrastrar por ese encanto y aceptó, de buena gana todo lo que el profesor Gálvez decidió hacer:

“Su admiración por él crecía a cada momento. Ya desde los nombres de los hijos –que su marido le brindó como una sorpresa y que conoció hasta el instante de ser pronunciados ante la pila bautismal-, comprendió la distancia estelar que la separaba de su esposo...”⁸⁰

¡Qué hombre! ¡Y cómo leía! De los libros había sacado los nombres de los cuatitos: Castor y Pólux. Le explicó que los cuates del libro nacieron de un huevo, y que ese huevo lo había puesto una mujer casada con un cisne. Y aunque aquello le pareció una barbaridad, puso cara de aprobar tamaño disparate.

No rebatió nunca una sola de las voluntades de su suegro; alabó sin reservas el talento del dueño de la casa, se enfrascó en el espejismo de una preparación esmerada para su prole, frente a la que ella misma sentía cierta mezcla de miedo y de vergüenza. Adaptada al nuevo tipo de gobierno que la manejaba gracias al medio de la cultura, de cuando en cuando, adoptando una

⁷⁹ En ningún momento se hace referencia a los estudios que la joven haya podido cursar en Teziutlán; sin embargo es de suponer que, dado el carácter de su padre y la forma con la que éste gobernó a su familia la chica no haya estudiado más allá del primer grado elemental, lo suficiente para que pudiera leer su devocionario

⁸⁰Op.cit., p. 20

dulce voz que opacaba su espíritu hasta entonces indomable, se permitió contradecir a su marido en un aspecto: el dinero:

“Para algo tenemos el dinerito que Dios nos puso en las manos. Tú sabes la suerte que fue a dar con él y, ahora debemos conservarlo para que la gente no nos mal vea”⁸¹

Es pues a partir de ese momento cuando conocemos el auténtico carácter de Rosa, y que corresponde a la segunda etapa del libro. Desposeída siempre, al encontrarse dueña de un grueso caudal se despertó en ella la codicia y el ansia por la buena vida, el lujo y el despilfarro.

Durante la vida de Gálvez, ella confió en el talento natural del hombre para sus transacciones; pero, ya viuda, involuntariamente cayó en la pendiente propia de los inexpertos. Se sintió fuerte y poderosa, los pequeños reveses de fortuna no fueron suficientes para hacerla caer en la cuenta de las necesidades nuevas que la familia podría afrontar. Un inconsciente orgullo se fue apoderando de ella y pensó más en la apariencia fastuosa que en el fondo real de su nueva situación:

“Tome nota de lo que hay que hacer: primero encargar a Jalapa las camelias y las gardenias, las ceras, y si es posible, pedir en alquiler la alfombra para el pasillo y también las colgaduras. Acá puedo conseguir lo que falte. Será poco, afortunadamente, pues no me gusta molestar a la gente de aquí. Ya veo que usted me comprende... No quiero aparecer como una pobretona. ¡No: por nada del mundo!”⁸²

Supuso, tal vez, que gozaba todavía de la intrepidez de la juventud bajo cuyo amparo había podido salir airoso de todos sus problemas de adolescente. En fin, pretendió hacer alarde de una perspicacia que ya no tenía y, cegada por este reflejo, comenzó a cavar la fosa de la pobreza.

Durante su juventud fue la actitud tiránica de su padre la que la mantuvo dominada. En los largos años de su matrimonio, la comodidad de que Gálvez la supo rodear embotó la natural inteligencia de la muchacha. Tal vez el profesor decidió no molestarla en nada; quizá él mismo ansiaba libertad de movimientos financieros. Lo cierto es que la viuda de Gálvez se topó con un mundo

⁸¹Op.cit., p. 108

⁸²Op.cit., p. 142

económico que no conocía. Además, anhelosa de un futuro brillante para su hijo Polo lo manda a estudiar a Estados Unidos. Ella sabe, que en realidad, de lo que se trata es de que el muchacho no se dé cuenta del fuerte descalabro de fortuna que ha sufrido la familia; pero la misma Rosa se venda los ojos ante esta dura realidad y, ciega, deposita su esperanza en el muchacho. Éste es el primer fatal paso que da. Presa ya en la red de sentimientos, presunción y ceguera, que ella misma ha tenido, no podrá salir más de ella. Sacrificará lo imposible con tal de mantener vivo el ensueño.

Rosa da un segundo paso terrible; confía el manejo de sus negocios a un administrador que un amigo de su esposo le recomendó. El individuo es Don Félix, no hay ningún dato más acerca de su media filiación.

Gutiérrez le da a su sirviente plenos poderes y éste los utiliza con sagacidad aprovechándose de las debilidades evidentes de su patrona: el lujo, el derroche, los adornos, la prosapia, etc. Lo que acaba por determinar que Rosa acabe de perder toda su prudencia.

En medio de la caída (de la que Rosa no se percata), hay otros elementos que desvirtúan aún más su carácter; ella fue franca, quizá excesivamente, durante su juventud, sólo que tuvo la virtud de conservarse siempre dentro de la rectitud y la sencillez. Odiaba, por ejemplo, a su vecina “la dueña del San Isidro” porque le molestaba la forma en que la solterona se aprovechaba de la imagen para sacar dinero a las gentes devotas del pueblo; además, le mortificaba la chismografía que la dama ejercía como oficio favorito. En más de una ocasión la jovencita, consciente de la limpieza de su propia alma, rechazó los buenos oficios de Perpetua. Veinte años después, este personaje ha evolucionado; Rosa, en cambio sigue siendo la simple criatura ignorante y un tanto vulgar, que Remedios y Mauricio labraron; sólo que hoy adereza su falta de conocimientos con el orgullo y la soberbia:

“-Usted tiene que arreglarlo. Yo confío en usted. No sé nada de registros ni de notarías, eso es cosa de ustedes los señores. Pero sí sé que la mitad del rancho es mía. ¡Pues no faltaba más! Quiero decirle también que, necesito una cantidad... calculo que... pues no lo sé de fijo, tal vez tendré que gastar... ¡bueno; lo que se necesite!”⁸³

⁸³Op.cit., p. 141

Supone la viuda de Gálvez que adquirió conocimientos y prestigio al lado de su esposo, lo cual le permite despreciar a sus semejantes. Cree que por ósmosis, el sólo documento matrimonial imbuyó en ella la vara mágica de la sabiduría y la patente incontrovertible del título nobiliario; con estas cartas está preparada para la batalla por el triunfo y las pone en juego lastimando, hiriendo sin consideración a todo aquel que ella considere un enemigo potencial o, sobre todo, un inferior.

Aumentando en el análisis y proceso de este personaje se ve que, precipitada ya en la bancarrota, da rienda suelta, al fin, a toda la amargura que la carencia de dinero le provoca. Achaca a unos y a otros su fracaso económico; se niega a aceptar su directa responsabilidad en el error cometido. Tal parece que Rosa pensó que por la educación de sus hijos medio mundo debía respetarla; pero lo que no se entiende es que la mujer haya firmado papeles en blanco o documentos que no leyó, solo por violentar la posición de un dinero que decía necesitar para algún capricho; casi puede decirse que Rosa habría hecho cualquier cosa con tal de obtener capital.

Casi vendió a su hija a Jiménez cuando ya en manos del implacable acreedor, se vio cercada, Rosa no rechazó la oferta de matrimonio que el viejo hizo como transacción para evitar la ruina; no dijo que sí. pero tampoco dijo que no; esperó a que la muchacha oyera la proposición y la dejó sola para que ella decidiera sobre la suerte de la familia que dependía de una sola palabra que saliera de sus labios. Echó a los pies de la joven la responsabilidad y cerró los ojos esperando ansiosa a que se concretara el absurdo trato. Cuando la joven no decide abiertamente sobre la propuesta del viejo padrino y pretexta pensarlo, Rosa se pone al borde de la histeria. Admira a la hija por su capacidad pero la odia por no entregarse y salvar así a la familia de la quiebra; entonces sólo atina a hacer y decir locuras, producto del despecho y la ira.

Esta crisis final de Rosa representa, creo yo, una de las mejores partes de la novela. Inés huye y deja a la familia a merced del prestamista porque no acepta la absurda boda. Jiménez da entonces a Rosa días contados para que desocupe la casa y, al iniciar el empaque de lo poco que posee, la mujer se vuelve casi loca. El dolor se mezcla por la pérdida del dinero y la estabilidad social que tanto le importa; pero, por otro lado, ha perdido a su hija. Colérica, la

maldice en cruentas escenas de desgarradora histeria mientras las hijas menores tratan de calmarla. La viuda de Gálvez se justifica gritando sus pensamientos: lo que pasa es que ya la muchacha era una cualquiera que esperaba el menor pretexto para renegar de su madre, huir con el novio y afrentarse del hermano, ese pobre chico inexperto que por dos años ha botado el dinero en Estados Unidos.

¡Qué tremendo vacío queda en el alma desesperada de la madre cuando tiene que aceptar para sí el valor y la calidad de la hija! Puede la mujer inflamar el aire con diatribas; pero sabe que jamás sacará de su espíritu la seguridad del calibre de la joven. Entonces el remordimiento de conciencia, la inseguridad económica, el qué dirán, el futuro incierto, todo se mezcla y provoca un torbellino.

El golpe moral representado en múltiples y simultáneas facetas es demasiado para el alma de Rosa. Desquiciada, se desahoga en violentos ataques de cólera; ciega de rabia, sólo atina a querer irse pronto de Teziutlán para borrar de su mente el desprestigio. Cruenta situación para una mujer al final tan débil y desposeída; es digna de lástima, la lástima que surge cuando una situación como la de Gálvez es bien retratada. Sólo alguien de gran experiencia pudo haber pintado en forma tan clara y precisa los desvaríos de esta protagonista. La señora Caso debió haber vivido una problemática semejante; o conocerla de muy cerca; de otra manera es casi imposible plasmarla. La salida final que le da a Rosa; sujetándose del asidero falso, imposible, que Polo representa, es lo único que le queda. La locura se apoderó del adolorido personaje y no podrá zafarse nunca de ella.

4.- BERNABE JIMÉNEZ

Ya se sabe la nefasta influencia que este individuo ejerció en el transcurso de la obra. Es el causante directo de la enfermedad de Remedios: mató al niño delante de la madre y le causó el mal que la postró por años. Posee Jiménez una personalidad especial en la que el sadismo y el poder se unen de manera eficaz.

Desde muy joven se unió a Mauricio para cometer sus fechorías. Entre ambos había un gran parecido físico, a pesar de la diferencia de edades. Los

chismes de Teziutlán decían que podía existir cierto parentesco de mala ley común a los dos; pero no sólo contaban con la apariencia personal para semejarse, sino que compartían la religiosidad que rayaba en el fanatismo y la costumbre de insultar en voz baja a todos los que no actuaban de acuerdo con ellos.

Jiménez tiene también por sí solo ciertos rasgos que lo diferencian de su compadre; padecía algo así, como una alergia de tipo nervioso que le hacía estornudar continuamente. Esta secreción nasal se acentuaba en los momentos en que el hombre se encontraba en una dificultad o en algún trance importante. Además, aunque Gutiérrez era muy reservado no tenía amistades, su compadre concurría a la Casa Dorada varias veces cada día; pero era francamente inabordable su domicilio para el propio Mauricio que no sabía bien a bien cómo ir a la residencia de su amigo que, por otra parte, cambiaba de casa con la misma facilidad que mudaba calcetines. El mismo Jiménez explicaba su actitud con cierto aire rústico y misterioso:

“Padeciendo como parentesco una perturbación de los sentidos, tengo que buscar un buen temperamento.” Y solía añadir con la vista fija en la punta de sus zapatos “Mi casa es la de usted, pero sería mejor que no fuera porque se puede tropezar.”⁸⁴

Posee, agregados a esta lista, ciertos hábitos que no pueden explicarse con claridad. Jamás mira de frente, escucha, conversa o castiga, sin posar sus ojos en su víctima.

Este detalle podría interpretarse como timidez de carácter, falta de seguridad en lo que va a hacer; pero yo me inclino por otra opinión y creo que es más bien distintivo del hombre astuto. Normalmente, cuando alguien no mira de frente, es porque tiene miedo de algo; pero también es artificio al que recurre la persona que, segura de sí misma, expone una idea, un proyecto, y sagazmente espera con sorna a escuchar los dislates de los demás para regocijarse en su interior de los errores manifiestos y dejar que lo atinado de su idea surja por sí solo, para enfrentarse más a sus oponentes. Si acaso, en un momento como el anterior, la persona viera de frente se traicionaría y el efecto del triunfo caería hecho pedazos. Rara es la ocasión en la que para enfatizar algo, clava la mirada

⁸⁴Op.cit., p. 29

en su interlocutor; entonces el rayo que parte de las pupilas es fuerte, dominante y veloz; ojeada que recuerda aquello de que “si las miradas fueran puñales...”

Por otro lado, se asemeja a un personaje que aparece en uno de los cuentos de la señora Caso. Es Manuel, el hombre de la historia “Tres amables monstruos” de *Muñecos de niebla*.

El ladrón y Manuel usan el mismo detalle distintivo, en el cual se enredan y nunca dejan en casa, haga frío, calor, neblina o el más esplendoroso sol: una cobija. Cargar la cobija es algo insólito en ambos hombres; se cubren con ella desde el embozo hasta abajo. La cobija les permite ocultar toda una gama de objetos, tales como navaja, cartones, regalos, quesos, estampas, recuerdos, etc.

Aunque, adelantando un poco, se nota en la pintura de estos personajes la distancia creadora que media entre el recuerdo y la invención. En los cuentos, Manuel es la figura dulcemente decorativa de la evolución, tierno con los niños a los que amenaza con demostrarles su cariño abrazándolos dentro del recinto sarapal del que emana cierto olorcillo raro, indefinible, que provoca en el escogido violentos vómitos acompañados de dolores punzantes y mareos. Pero fuera de este detalle atentatorio a la seguridad infantil teziuteca, Manuel es un personaje positivo. Inocente y desvalido, desborda entre las familias del pueblo la dulzura de ingenuidad y la alegría tonta pero sana. Acompaña, por decirlo de alguna manera, la danza que tres mendigos realizan para ganarse algún pan o alguna limosna; el producto de sus dotes musicales redundando en esparcimiento que ningún mayor, y menos infante, se pierde. Son los tres la “troupe” artística de tipo familiar. En algunas ocasiones Manuel descubre el recinto cubierto por la cobija para distinguir a alguien con la confianza de mostrarle su tesoro: una navaja múltiple que le fue obsequiada como pago de salarios después de que trabajó durante un año cargando bultos en la Ferretería Alemana.

Es un grato monstruo de suciedad y pobreza; inofensivo y servicial, representó el primer trasunto de realidad en el mundo infantil de María Lombardo de Caso. Jiménez, en cambio, utilizó el sarape para encubrir simbólicamente la maldad y la ignominia. La cubierta de lana ha evolucionado de un libro a otro y de una época a otra. En este caso es un tapujo que no cubre el cuerpo sino el alma. Solapa tortuosidades, encubre asesinatos, dobleces, venganzas. Abriga armas con las que se amenaza o se traiciona; no forma parte de la indumentaria,

es un recinto, un tipi lleno de codicia y desenfreno. Coraza con la que el dueño protege su auténtico 'yo' nunca expuesto a los ojos escrutadores de las gentes, es su trinchera y su guarida. Solamente una vez, cuando descubre un ambicioso juego de posesión de la jovencita Inés, se desembaraza de ella. Nunca más volverá a hacerlo. La cobija representa, en él, disfraz y protección.

Pero no se acaba así la pintura del personaje. María Lombardo deja constancia de su grosería; ser cortés, en él, es un artículo de lujo del que sólo hace gala en contadas ocasiones y con muy señaladas personas, esto depende sólo del interés que en ellas tenga. Normalmente permanece sentado sin descubrirse la cabeza, ni saludar. Indica vida con el movimiento de sus ojos ansiosos que siguen famélicos las formas de alguna jovencita o con el trazo apenas perceptible de la mano sarmentosa que emerge de la frazada.

No muy seguro de sí mismo, exige –inclusive con altanería-- toda la atención que a los que le rodean les es posible manifestar. No acepta ninguna opinión divergente a la suya la cual hace prevalecer por encima de todo. Por ejemplo la noche en que llegó a visitar a las Gálvez, a Inés especialmente, para entregarle obsequios que trajo para la familia de su viaje a Europa:

“-Los compré como les digo, en la Ciudad Santa. Es una casita de estampas benditas y no en esas casonas llamadas museos donde venden toda clase de indecencias...

...- Esta es una escultura de un papa muy santo que gobernó nuestra religión hace muchísimos años. Se llamaba –leyó, separando cada sílaba, el pie del grabado-;

“Moisés di Michelango.”⁸⁵

Es obvio el comentario que podía hacerse acerca de la falta de conocimientos de este protagonista. Lógico resulta que un asaltante no esté versado, por mucho dinero que haya obtenido en sus robos, en lo más elemental de la cultura; sin embargo, para mí no radica lo notable de la afirmación en la variante de oficio que imputó a Moisés, que es lo de menos, sino en la observación tendenciosa sobre los museos. Creo que es en ella donde se muestra en realidad el espíritu cenagoso de Don Bernabé. No es indecente lo que se venda o se compre sino la intención con que se haga. Religioso en extremo, se fabrica con su opinión el tapujo perfecto que lo aleja de toda sospecha de conducta moral en el terreno del sexo.

⁸⁵Op.cit., p. 213

Por otro lado, un hombre tan decente está exento de la posibilidad siquiera de traicionar a un amigo; nadie podría imaginar que el individuo tuvo algo que ver con la misteriosa desaparición de su socio. Jiménez, por lo tanto, es un hombre inseguro, conoce sus defectos y sus debilidades y se sabe vulnerable frente a las Gálvez, necesita entonces reforzar su posición a gritos e insensateces para que las mujeres, asustadas por la evidente brutalidad del hombre, cobren miedo y no se atrevan a sublevarse. Su dominio se apoya en el terror y conoce que es rara la dama que intente contestar un insulto con otro, luego su fortificación está bien apuntalada y no fácilmente va a descender de ella. Además Rosa, contradiciéndole, lo único que hizo fue arrimar más lumbre a la ya candente zona de hostilidades y le dio el rejonazo justo para que el individuo deseoso de venganza hiciera más por tenerla velozmente en las manos.

De esta escena hay un paisaje que pinta perfectamente al hombre. Lo inicia María Lombardo de Caso de una manera sutil, uniéndose, a manera de explicación, a las palabras que pone en boca de su personaje. Es una burla soslayada en la que hasta parece vislumbrarse la sonrisa irónica de la autora cuando escribió el párrafo.

Ya se apuntó la necesidad que tiene Jiménez de atención de parte de los circunstancias y que se debe a su inseguridad. Se nota la falta de cultura del personaje como individuo cuando supone de buen corazón que, después de la aclaración de una de las gemelas, él sigue teniendo razón en afirmar el Papado de Moisés y que sus interlocutoras son unas pobres idiotas a las cuales hay que dispensarles paciencia supuesto que, con trabajos, pueden distinguir un Divino Rostro de un renacuajo. Por otro lado, le fe inquebrantable que alienta en el espíritu del hombre es suficiente para permitirle ofender a un Santo que apareció mágicamente en la pared.

Como ya se había hecho notar antes, no es el insulto que a él se le dirija lo que le hiere; lo vulnera más el hecho de saber que no causa efecto su propia grosería en la víctima que ha escogido. El exabrupto es la ofensa y la defensa simultánea de Don Bernabé cuando de él emana; pero no lo hiere cuando le son lanzados.

Lo que verdaderamente resulta ofensivo hasta en la médula para el asaltante es la burla o la falta de credulidad. Él no vacila en dar doctas explicaciones que llegan al ridículo a personas que él mismo sabe tienen algo

más de educación y cultura; sin embargo, habría llegado a las lágrimas, al asesinato, si Inés se hubiera permitido despreciarlo.

Una característica del humor radica en el contraste marcado en dos planos de actuación o narración. Aunque luego se hará la reunión de los detalles socarrones de la autora, no se puede menos que marcar la forma natural con que María Lombardo introduce este elemento en una situación tan cruenta como lo que retrató y aprovechándola crea ese enfrentamiento necesario para que la sonrisa aparezca. Es una especie de humor negro con el que la novelista se burla de su propia creación; el contrapunto lógico del que luego emergerá, más perfilado, el carácter del personaje. Esto, desde luego, no es más que un apunte breve de lo que se resumirá después.

La impertérrita seguridad de Jiménez sólo se ve quebrantada tres veces. La primera ocasión se presenta cuando conoce a Inés y recuerda, quizá, el amor y el deseo que sintió por su inválida comadre cuando ambos eran jóvenes; tampoco puede descartarse la posibilidad de que al ver a la muchacha la conciencia se le revuelva ante la remembranza viva de los asesinatos o probablemente le duele haber traicionado de obra y pensamiento a su compinche, como una pura cuestión de ética profesional.

La segunda ocasión se presenta cuando Rosa lo interroga sobre la suerte de su padre y la tercera cuando él mismo, aterrorizado por la posibilidad de que la única testigo hable, amenaza a Remedios con matarla. En ambas ocasiones la reacción del hombre es semejante, suda profundamente; el pelo, debido a lo mojado, se le unta en el cráneo de manera patética haciendo más notable la osamenta que el ralo cabello blanco apenas cubre y, además, el pálido color de enfermo –que siempre le fue característico– se acentúa, y adquiere el rostro un raro tinte amanerado, semejante a palo seco, que debido a lo enjuto, toma Jiménez el aspecto de una momia cuidadosamente conservada.

Hay una extraña situación emocional en este personaje, que no logro integrar perfectamente al resto de su carácter. En apariencia lo que le guía a cercar a Rosa en forma económica es el anhelo nunca antes logrado de ser el amo de la Casa Dorada, apropiarse del capital que Mauricio Gutiérrez enterró en su recámara y que la hija nunca encontró. Jiménez sabe que el dinero de La Capilla ya no existe desde que encontró el piso del oratorio cambiado, luego del matrimonio de su ahijada. Probablemente el deseo de adueñarse de este botín

fue una de las causas de los asesinatos del co-capitán de los Plateados. Quizá Jiménez desempeñó “los trabajos” por una participación menor de ganancias, dado que era mucho más joven que su amigo, y éste pudo haber hecho valer su experiencia para ocupar la jefatura del grupo, o esto nos conduce a creer que los dos asaltantes, a pesar de su amistad, tenían unas serias diferencias entre sí. Sólo que, como “el hombre propone, Dios dispone, viene el diablo y todo lo descompone”, Don Bernabé se vio atrapado en sus propias redes y al conocer a Inés Gálvez revivió la pasión por la abuela reflejada en la persona de la nieta y sintió la vehemente ansiedad de poseerla, lo que motivó su actividad para comprar a Don Félix y hacerlo partícipe de la trampa con la cual lograría la adquisición de la muchacha.

La realidad es que, pese a su brutalidad, Jiménez tiene una serie de pequeñas atenciones de tipo romántico, -en el más amplio sentido de la palabra- con la joven de la Casa Dorada y la corteja suave pero insistentemente hasta lograr que la niña se sienta inquieta y adivine las intenciones reales del individuo. Estas amabilidades se traducen, en la primera entrevista, en llamarla “señorita” inclinando la cabeza, en señal de respeto cuando le entrega las estampas que compró en Roma y con tanto cuidado mostró delante de la grosera mujer vecina de las Gálvez. En esa tormentosa escena, a pesar de las majaderías que salieron de su boca, el anciano se dulcifica cuando Inés lo mira, para hacer patente la diferencia que existe entre ella y Perpetua. En esta misma ocasión Bernabé, haciendo alarde de una caballerosidad poco común en él, compra para la muchacha una docena de dulcecitos de “los que venden en el portal” y los envuelve en un papel para entregarlos a la casa. Es por demás hacer notar que la muchacha avienta al suelo “el regalo”; pero también sirve para consignar que el paquete de papel va acompañado de otro obsequio, envuelto también en estraza y que contiene unas yerbas para té, las cuales, bondadosamente el hombre le lleva a su comadre para que tome la infusión todos los días en ayunas y se “alivie”, o sea, desaparezca del mundo.

La tercera vez asombra más aún porque Jiménez golpea a Rosa en la mejilla cuando ésta trata de reclamarle lo injusto de su proceder como acreedor. Astutamente, antes hizo ver a la mujer que fue su administrador el que abuso de la confianza de ella y le entregó a él en hipoteca la Casa Dorada. Por supuesto que olvida mencionar las muchas ocasiones en que los dos hombres platicaron

sabrosamente, a veces cabeza con cabeza, cuchicheando cuando Rosa salía o entraba al recinto donde ambos se encontraban. Tampoco recuerda los momentos en que solos arreglaron negocios, y que dieron por resultado el que Don Félix se expresara siempre con respeto y deferencia hacia Bernabé. Sólo atina a apuntar que él sabía que Rosa tenía dinero que, seguramente, el infiel sirviente hurtó. Luego de acusar así, traidoramente al novel socio, le da la bofetada a la dama y la conmina a salir en siete días de la residencia que ya no le pertenece.

Es sorpresiva, por tanto, la forma en que se presenta a los pocos días en la casa de la víctima, puesto que ya le notificó por escrito, oficialmente, la inminente desocupación del inmueble, y ya dejó que Rosa, desesperada, moviera cielo y tierra intentando salvarse, y ya, marrulleramente, permitió que la mujer se convenciera que está perdida y él la tiene en sus manos; él es, en suma el único que puede arreglar esa situación terrible.

Dueño del juego llega seguro a la casa, deja el sarape que ya no necesita para protegerse. La coraza no es parte de su indumentaria, por lo menos ese día:

“Rosa fisgaba con disimulo los botines lustrosos: los calcetines verdes con estrellitas amarillas que enfundaban las canillas y, subiendo la vista con resolución, pudo admirar la chaqueta de paño negro que dejaba ver el chaleco con extraña botonadura de plata y la camisa alforzada que cerraba una corbata del mismo color y dibujo de los calcetines. Debe ser un juego comprado en una de esas tiendas elegantes pensó extrañada.”⁸⁶

Jiménez está enamorado, pero esto no quiere decir que se encuentra tan prendado de la muchacha como para olvidar su egoísmo. La quiere, más bien la desea como el aliento renovador que dé razón a su existencia; no le importa si al sorberlo él la deje exhausta. La necesita y ofrece el precio conveniente para efectuar la transacción.

Propone a la madre salvar al hijo de las desgracias de la vida que lleva alejado de su casa. Le ofrece a Rosa dar contraorden en el asunto de la hipoteca. Sólo requiere la mano de Inés y que conste que no es un negocio, Bernabé está para ayudar a la familia de Mauricio, que es como la suya propia, en todo lo que se necesite.

⁸⁶ Op.cit., p. 245

Cuando Inés aparece, la declaración-orden se hace de manera formal:

“-Si me das tu consentimiento yo haré de ti una reina. Soy rico y todo lo que tengo será tuyo. ¿Quién puede ofrecerte lo que yo te ofrezco? Pon tu cabeza en la almohada y consúltala. La juventud no es nada. Si hubieras conocido a Remedios cuando yo la conocí, nunca habrías pensado que alguna vez sería lo que es ahora. Y era así como tú... Tenía tu mismo cuerpo y tus mismos ojos y ya ves cómo todo se acaba. Por eso debes pensarlo. ¿Tú crees que soy un viejo? No me conoces. Cuando seas mi mujer sabrás que no lo soy... Te daré hijos y serán como tú: lindos y fuertes.”⁸⁷

Anhelante esperará la lógica respuesta que no puede, según él, hacerse esperar. La chica contesta algo y cuando él cree que ha triunfado, la ve turbada, entonces renace la fiera Jiménez en ese trasunto de Romeo almibarado que antes hablara suavemente con la convicción del que se siente seguro.

“-Te advierto, y a ti también – descargo su mirada iracunda sobre Rosa-, que no soy juguete de nadie. Ni he sido ni lo seré jamás – siguió dirigiéndose a Rosa-. Y si tú estás acostumbrada a hacer tu santa voluntad, esta vez te vas a encontrar con la horma de tu zapato. Y tú, Inés – ahora se desentendía de la madre-, no lo pienses mucho. Tal vez no sepas que yo puedo hacer dos cosas. Una – levantó un dedo-: hacer de ti, como ya te dije, una reina, y dos – alzó otro dedo-: aventarte con toda tu raza a la miseria.

Con la cara hecha un nudo se encaminó a la puerta, pero antes de salir, se volvió:

-Necesito saber para mañana, o cuando más dentro de dos días, la resolución de ustedes.

Y luego con la mano en el pecho y los ojos hacia lo alto:

-Rezaré para que dios las ilumine.”⁸⁸

¡Qué ironía! ¡El invocar a Dios! Y sin embargo, triunfa; aunque no sea en todo, en algo, sí.

Ya con todo esto se ha conocido a Bernabé Jiménez, el malvado y réprobo, lo suficiente como para darse cuenta que la señora Caso logró su propósito de pintar exactamente la figura asquerosa del sinvergüenza, maleante, lacra de la sociedad que ésta no puede sacudirse.

Es notable el impulso libidinoso del viejo, ¿Intento faustiano?..., quizá. Hay en este retrato del anciano, deseoso de carne joven cierta reminiscencia del Julián Andrade de *¡Esa Sangre!*, la novela de Don Mariano. Claro que las

⁸⁷ Op.cit., p. 254

⁸⁸ Op.cit., p. 256

posiciones de los dos hombres son diferentes; pero eso no quita que la avaricia carnal de ambos deje de ser menos asquerosa en uno o en otro.

Sutilmente perfilado, Bernabé no es burdo como su antecedente dibujado por Azuela, aunque no por eso se estraga menos el paladar de la conciencia cuando se pasa el trago gordo del bandolero.

Figura tan negativa además, no cesa su influencia al terminar *Una luz en la otra orilla*. Una estela del individuo prevalece en el tortuoso brujo de *La culebra tapó el río*. En situaciones y pinturas diferentes hay, sin embargo, muchos puntos de cercanía entre ambos personajes.

5.- INÉS GÁLVEZ

Joven, bonita, alta y esbelta es Inés, sin duda la joya más preciada que la familia tiene. A los dieciocho, quizá diecinueve años que ha cumplido, se muestra con una seguridad mental y una madurez emocional poco comunes dentro del mundo familiar y aún en el especial ambiente provinciano que la rodea.

La tónica general de la chica dentro de la obra es el equilibrio, la ecuanimidad, desde luego considerando su juventud y, por consiguiente, su inexperiencia. Cuida de su abuela, a la que es tan parecida físicamente, demostrando un gran amor por la anciana. Esto no hace que la muchacha deje mezclar el cariño natural con cierta dosis de lástima hacia la mujer desvalida que yace eternamente en la cama. Se jacta de entenderse con la enferma a base de miradas y apretones de manos y quita de los hombros de la madre, de esta manera, el peso que representa atender a una inválida con la que prácticamente está interrumpida la comunicación.

Inés está enamorada de Alberto Lavalle, el clásico personaje de ausencia que resulta tan determinante en el proceder de la muchacha. Lavalle es un joven violinista, no se dice en qué trabaja ni cómo obtiene el dinero para sostener precariamente a su familia: la madre, que ha enviudado recientemente, que ayuda a la manutención de la prole cosiendo ajeno eternamente en una máquina y, además, un número indeterminado de hermanitos que dependen económicamente del joven músico y de la señora. Pobre de solemnidad, el muchacho puso sus ojos en Inés que pertenece a una familia de dinero y

alcurnia que él no podrá alcanzar nunca. La negativa de Rosa no se hace esperar pero, en cambio, aprovecha la oportunidad para huir de su bancarrota y pretextar decentemente su llegada a la tierra natal y, así, evitar los absurdos amoríos de la niña con el miserable violinista.

Inés rodea a Alberto de todo el halo mágico que el amor lleva siempre consigo:

“De unos balcones abiertos salían los sonidos de un piano. Alguien atacaba, con fe, los arpeggios de ‘El sueño de un ángel’.

¿Quién tocaría tan feo? La verdad está destrozando esa pieza tan bonita. Un cuadro se le presentó en la imaginación, tan vivo que parecía un dibujo de Wenceslao Martínez: su Alberto haciendo vibrar las cuerdas del violín; el arco en la mano, la melena al aire y los ojos perdidos en el éxtasis de una tierna melodía. ¡Eso era música!”⁸⁹

La romántica imagen se sazona después con un toque que hace más patético el sentimiento: el muchacho es celoso “como un Otelo”. Le escribe amorosas cartas a la novia que llena con preguntas sobre sus amigas, sus amigos, las salidas que hace, los vestidos que usa, etc. Inés se siente halagada por ese interés, porque ella también lo ama. ¡Es tan guapo! ¡Hay tantas chicas que lo admiran! Y viene a su cabeza la pregunta de si la seguirá adorando igual a pesar de la distancia. Alberto le pidió a la novia que nunca se fuera a Teziutlán, que se quedara con él y se casarían, aunque fuera para vivir en la mayor pobreza; y ella, sin embargo tuvo que obedecer los mandatos maternos.

Al asistir al baile del quince de septiembre Inés se somete una vez más al imperativo de Rosa. Su conciencia le dice que es una traición ir a la fiesta en la que su familia se divertirá mientras el corazón de ella está a muchas leguas de distancia. Por eso, cuando el jefe político tiene que iniciar la danza con la criatura más bella de la reunión y escoge a la mayor de las Gálvez, ésta se turba imperdonable; el vals le resulta una tortura y, al terminarlo y dejarla el jefe sonriente en la platea, la chica se sume en un mar de remordimientos que desembocan en la rotura nerviosa del abanico; en la súplica reiterada a la madre para que la deje marcharse a casa, donde podrá desahogar su pena y su culpabilidad sin necesidad de reprochar a Rosa la forma en que la obligó a concurrir al festejo que tanto le pesa en su conciencia.

⁸⁹Op.cit., p. 145

Por último, convencida de que el acatamiento exagerado a las órdenes de la Viuda de Gálvez es la causa de la angustia que le atosiga el espíritu y, dándose cuenta de lo desagradable que resulta para su progenitora la presencia del elegante recepcionista que inquirió a la entrada del teatro por las invitaciones de la familia para asistir a la celebración, se venga en forma subconsciente de la soberbia de la mujer, aceptando el brazo de ese muchacho para bailar con él la última danza y fugarse así de su dolor y de la odiada presencia de la madre que le recuerda su debilidad de convicciones y su infidelidad al amor ausente.

Pero esta falla en el terreno firme de su cariño es pasajera. Como toda enamorada, reacciona egoístamente al conocer la quiebra del capital familiar. Consuela primero a su madre por la desgracia recibida, aunque en su interior sabe que es para bien el acontecimiento. Inés puede tomar con toda calma el asunto porque ella está cierta de que, con menos *bluff* y presunción, la familia adquirirá la seguridad necesaria para establecerle en la tierra:

“-Pero chulita, eso no es para ponerse así. ¿Ya no tenemos dinero? Bueno... así lo ha dispuesto nuestro señor. Tal vez hasta sea para bien. No, no me mires así. Piénsalo tranquilamente y verás... Date cuenta que Polo tiene casi dos años por allá. Algo ha de haber aprendido y con seguridad encontrará algún buen trabajo cuando regrese. ¿No es eso lo que le conviene? Por nosotros no te apures. Somos jóvenes y podemos trabajar en algo. Ya buscaremos cualquier cosa.”⁹⁰

Luego que ha hecho sentir a su madre las seguridades de su comprensión y su apoyo, corre a refugiarse con su abuela para platicarle su gozo:

“Ya no había nada que le impidiera casarse con Alberto. Los dos eran pobres. Su novio no tenía por qué sentirse menos. Y ella por fin estaría a su lado. Con él... con él... ¡Oh, Dios Santo!

El recuerdo de los besos que una vez había consentido en darle, le volvió a los labios con un temblor ardiente que la hizo cerrar los ojos y apoyarse en la pared.”⁹¹

Y no es que sea tanto el que Alberto se sienta menos, sino, más bien, que Rosa con sus ínfulas de rica y sus ímpetus de gran señora, es la que lo ha despreciado hasta hacerlo sentir que es él quien no tiene con qué alcanzar a sus novias. Nada más que todo hace suponer que Alberto adora a la muchacha y, si

⁹⁰Op.cit., p. 221

⁹¹Op.cit., p. 222

no ha logrado su serio propósito de casarse, se debe a su falla económica, puesto que ya antes la había pedido en matrimonio, formalmente, ante Rosa.

La inminencia de la pobreza se cierne sobre la cabeza de la viuda de Gálvez, quien, agobiada por la patética realidad, no vacila en sacrificar a su hija y la acosa usando el más vil chantaje moral:

“-No quiero que te sacrifiques, ¿Por qué lo habías de hacer? Tú no tienes un hijo que se morirá de dolor al ver que su madre lo abandona. ¡ Que importancia tiene que se pudra en la cárcel en un país extraño, sin amigos, sin nadie que lo consuele! Y eso sin contar con que ahora mismo no tiene ni para curarse, ni para pagar su alojamiento... ¡Lo echarán a la calle! ¡Agonizará en un hospital sin el auxilio de nuestra religión! ¡Virgen Santísima! ¡Ayúdalo, ya que su madre es tan desdichada que no puede mandarle ni siquiera para que lo entierren cristianamente!”⁹²

La burda maniobra resulta; el alma de Inés, templada en la obediencia y la nobleza, acepta la humillante suerte y se entrega al desgraciado destino que su madre ha preparado para ella. Sólo pide soledad para esperar encapillada la ejecución de los designios. No se rebelará, es como si hubiera muerto en aras de una diosa torpe y tiránica. La agónica pasividad se inicia en el momento en que el sátiro exige su presa; pero Inés está incapacitada ya para recibir y dar cariño maternal y se aísla de la viuda de Herminio Gálvez. Una vez más el refugio seguro lo constituye su abuela. A ella recurre en la madrugada la atormentada víctima. Le cuenta la quiebra. El precio exigido y, al final, avergonzada de sus propios sentimientos al aceptar la asquerosa transacción sin luchar, le informa, sin mirarla, que se entregará al anciano.

Es entonces cuando ocurre la patética escena que ya antes relaté. La abuela hace del conocimiento de la nieta la realidad de todo: su movimiento y cura, la causa de la enfermedad, los asesinatos; por último, la impulsa a huir.

Nuevamente, se presenta el egoísta espíritu de la joven. Del dolor tremendo que la aplastaba pasa a la euforia enloquecida que le promete el futuro tantas veces anhelado. La posibilidad del feliz aunque miserable matrimonio con su violinista llena los ojos de radiante esperanza y acepta la solución que la valerosa abuela le brinda como única vía de escape. Los razonamientos de la vieja Remedios son recibidos con júbilo por la nieta que alocada, hace reflexiones ilógicas, toma resoluciones que no cumplen y, al fin,

⁹²Op.cit., p. 259

se deja ganar por el entusiasmo de la fuga:

“-En cuanto me case con Alberto vendré por ti. No te dejaré más en esta casa. No podré ser dichosa pensando que ya no estoy aquí para cuidarte. Y además, ¿cómo podré dormir una sola noche sabiendo que puedes hablar, moverte, y que sin embargo tienes que ocultarlo? No, abuela, en tal caso, prefiero quedarme aquí... ¿El viaje? ¡Ah, sí! No te preocupes. Ya sé con quiénes me voy a ir. Bien dicen que no hay mal que por bien no venga...”⁹³

Como se ve, tal es el júbilo de Inés que pasa de una idea a otra brincando, con el gusto del indultado, de un proceso emocional terrible a la promesa de la felicidad que la inválida le brinda. Tal es el encantamiento, que ambas olvidan el transcurso de las horas hasta que el sol vuelve a alumbrar y las retorna a la realidad. La nieta se va, está decidida; la abuela sufrirá terriblemente porque ahora, que de pronto la adquiere, la pierde en la misma forma súbita. Inés, al despedirse de la mujer que la salva, recobra su entereza; su espíritu adquiere su habitual dimensión tranquilizadora y permite que la señora Caso nos recree con una de las más bellas y patéticas frases de la obra que, por breve, resulta más expresiva:

“-No has sufrido en vano. Piensa que soy como tú misma, ¡Gracias abuela! y la nostálgica luz de la esperanza se enciende en la otra orilla.”⁹⁴

6.- PROF. HERMINIO GALVEZ

Poco se sabe de ese personaje que no aparece nunca. Se ignora en qué grado era pariente de Rosa ni de dónde proviene ese lazo familiar que no surge antes en la vida de la muchacha y súbitamente se presenta para llenar el vacío dejado por la ausencia de los padres.

Las piadosas almas teziutecas cuentan que Don Herminio era un guapo hombre de cuarenta años que vivía en el pueblecito de Atzalan, cercano relativamente a la “Perla de la Sierra”.⁹⁵ Se dice que era un profesor retirado de sus labores docentes. Al parecer el desengaño que los malos discípulos le provocaron lo decidió a abandonar su altruista labor y entregarse al retiro y al

⁹³ Op.cit., p. 274

⁹⁴ Op.cit., p. 276

⁹⁵ Hoy se encuentra a treinta minutos, en aquel tiempo pudo haber sido una jornada de a caballo.

estudio privado.

Es un tanto misteriosa la actuación del patriarca de la familia Gálvez. Vivía con sus parientes en su ciudad natal; pero al recibir la carta desesperada de Rosa vuela materialmente al encuentro de la chica. En la misma que ésta le mandó dice que siempre han respetado su talento, lo cual hace suponer que visitaba o visitó en alguna ocasión la casa de Mauricio Gutiérrez y que éste, sus hijos y Remedios conocían, por lo menos de oídas, la cultura del maestro.

Rosa le refiere el extraño comportamiento de su padre, la tragedia múltiple que sobre ella se cernió, y seguramente a instancia de él se hicieron las excavaciones en la capilla que fructificaron en el feliz encuentro de los tesoros del bandido, los cuales fueron aportados por su hija, en calidad de dote, al intempestivo matrimonio.

Es de suponer que Don Herminio se enamoró de la chica por sus encantos juveniles, su soledad y el ansia de protección que le manifestó; sin embargo, aunque la señora Caso jamás hace mención acerca de un probable interés pecuniario del caballero Gálvez, no se puede menos que pensar en que el elemento 'capital' no estuvo alejado del corazón del pretendiente.

Hay acontecimientos que indican que esta afirmación contuvo el verdadero impulso del maestro. La fortuna que le cayó del cielo después de su matrimonio le permitió dedicarse a la labor que él tanto había ansiado practicar: el cuidado meticuloso de un invernadero de orquídeas; deseo que nunca antes pudo ver cumplido porque carecía del dinero indispensable para sostenerse y entregarse al entretenimiento sin menoscabo de la satisfacción de sus necesidades.

¿Cuál fue el capital que el profesor aportó a la boda? ¿Cuáles fueron los bienes que le permitieron vivir en Atzalan? ¿Por qué si estaba tan preparado se retiró a un lugar tan aislado como lo es aún hoy, este pobladito?

Serías dudas se presentan acerca del desinterés del prometido de Rosa. Inmediatamente que supo y vio cómo la chica era asediada por los aprovechados y los curiosos, se convirtió en el guardián de la seguridad de la joven, puso tapias a los ojos, cerró las puertas de la Casa Dorada, realizó la boda y se marchó con su esposa a su retiro montaraz. Sin embargo, si sólo lo guió el deseo de poseer el dinero, si con la adquisición de este capitalito se aseguraba su posición que probablemente hasta ese momento había sido

tambaleante, hay que reconocer que su comportamiento fue siempre de lo más inteligente en lo que se refiere a sus relaciones maritales.

Después de lo mucho que Rosa sufrió en su mocedad, y luego de que por años vio sumida a su madre en la angustia del matrimonio, era lógico que lo único que la muchacha no querría hacer era casarse; no obstante, Gálvez supo tratarla con suavidad y ternura. Dulcemente la condujo al altar y, con un tacto verdaderamente versallesco, se apoderó de la fortuna que pudo manejar a su antojo. De cuando en cuando su consorte le hacía observaciones sobre lo conveniente de cuidar el dinero; pero Gálvez tuvo el tacto de hacer a la señora notable la distancia que mediaba entre los intelectos de ambos. De esa manera no sólo tuvo la aprobación de ella para todos los negocios que emprendía, sino también su admiración incondicional.

Gentilmente supo también condescender al nivel cultural de la niña Gutiérrez, enseñarle todo el acervo que él poseía e informarla de lo mucho que ignoraba. Con amor y delicadeza domó el terrible carácter de la muchacha, limó su franqueza rayana en la altanería, doblegó sus arranques rodeándola de mimos y consideraciones hasta obtener una nueva figura totalmente diferente de la original con quien se había casado. La rebeldía innata en la hija de Mauricio cedió su lugar a la tierna docilidad. Sus temores fueron desapareciendo gracias a la buena vida que el esposo le dio, y su agudeza mental se trocó en un agradable conformismo.

Es a partir de este momento cuando se presenta en el desarrollo de los personajes ciertas curiosas coincidencias con figuras descollantes de obras del siglo pasado y que vieron la luz precisamente dentro del Romanticismo. Me refiero a *Ninguna de las Tres* de Fernando Calderón, a *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, y a *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano. En la primera obra me parece encontrar moldes en los que encajan algunos personajes de la novela. En la segunda y tercera se halla la tradición del bandidaje en la literatura mexicana, representado inveteradamente por “Los Plateados”.

Volviendo al estudio del Prof. Herminio Gálvez ¿Qué transformación extraña ocurrió en el hombre que lo obligó a abandonar la tranquilidad provinciana de su pueblo para, a la manera de los patriarcas bíblicos, iniciar la marcha al frente de su familia hacia las principales ciudades del país? Soltero y retirado, no se interesó en las manifestaciones culturales tan a la altura de su

preparación y que sólo podía encontrar en los grandes núcleos de la población, pero cuando se casó estuvo seguro de que:

“Un Gálvez no podía y no debía echar al mundo hijos sin talento...” y había necesidad de emigrar. Es aquí entonces cuando el prócer serrano y su consorte piensan en la misma manera exagerada que sus antecesores, Don Timoteo y Doña Serapia, de la obra de Calderón. En ambos casos, para los progenitores, sus vástagos son el “sumun” de la inteligencia Eso era tan cierto, que ya desde el primer día de nacidos se les echaba de ver los primeros síntomas de esa grata enfermedad que se llama genio. Por tal razón, a pesar de lo mucho que le costaba desprenderse de cuanto constituye una vida fácil, plena de satisfacciones, optó por el sacrificio de su persona en beneficio de los futuros servicios que su estirpe aportaría al mundo cuando se desarrollara en un medio adecuado.”⁹⁶

Y Doña Serapia se expresa en términos más o menos semejantes cuando se le interroga sobre sus niñas:

“Que diga a usted Timoteo
el motivo: yo me voy
a mirar por allá dentro
lo que ocurre: ya usted sabe
que para esto del aseo
de la casa y la cocina,
yo lo hago todo: no quiero
que se molesten mis hijas,
a quienes ha dado el cielo
inclinaciones tan altas.”⁹⁷

Don Herminio no se cohíbe ante la destacada inteligencia de sus herederos, al contrario, luego de que ellos nacieron es cuando se incuba en su conciencia la necesidad de la educación esmerada propia de su alcurnia. Inventa axiomas (“en el pueblo uno se embrutece, se empobrece y se envilece”), profundiza sus estudios en los clásicos, sobre todo los filósofos (Sócrates, Platón y Aristóteles) y coloca el papelito aquel que mandó imprimir y que, al parecer, fue su guía ideológica; sobre todo lo que él hubiera querido para sus hijos:

Lo mejor de lo mejor, y siempre adelante

⁹⁶Op.cit., p. 107

⁹⁷ *A ninguna de las tres* de Fernando Calderón, p.169

B. Figuras infantiles de relieve

Manino y Juan Gómez Nich son el “sumun” de la ternura. Se podría decir que todo el amor de que fue capaz el corazón de la señora Caso se volcó en la pintura de dos pequeños tan separados en el tiempo y en el espacio, pero tan unidos en la limpidez de sus almas.

Manuel fantasea siempre su anhelo de aventuras con tigres, elefantes y leones; peleas de indios que él personifica en las milpas medidas por el viento. Vive en medio de su propia historia creada por él. Muy pequeño (siete años apenas) su alma no le permite diferenciar el mal del bien. Venera a su padre con la admiración del chico seguro del valor de su progenitor. Solícito, se atreve a ayudarlo y a hablarle. Tiene en Mauricio el espejismo del héroe. Remedios es el amor del niño, la adora y sabe complacerla con sus caritas tiernas que le hace, a veces enojado, otras sonriente:

“El sueño le rindió al fin y la madre le acomodó la cabeza sobre un cojincito que llevaba para el caso. Durante un rato contempló la carita morena, los cabellos negros y el hoyito que en lo alto de la mejilla se hundía al menor gesto.”⁹⁸

La trayectoria del pequeño es breve, su novela se termina pronto.

Juan es mayor que Manino. Tiene unos trece años y está asentado en la tierra. Sabe que no tiene nada en el mundo, ni siquiera el afecto de un padre por quien él mismo nada siente. Su madre se desliza apenas en el terreno de su afecto ocupado casi íntegramente por Monito, el pobre perro cojo y medio ciego que es su amigo.

El hambre destroza las entrañas de los dos compañeros y ambos procuran engañarla con agua.

Juan sabe que están pobres. Le appena no obedecer a su madre en sus rústicas órdenes, pero su débil cuerpo no se lo permite. El amor que experimenta por su perro es ampliamente correspondido. Todos los testimonios que sobre el asunto se hagan, resultan inútiles ante la actitud reveladora de enorme talla moral que el muchacho tiene al final: Monito agoniza mientras la

⁹⁸ *Una Luz en la otra orilla*, p. 61

lluvia empieza a caer: el niño entonces no siente dolor en esa intempestiva escena por la pérdida de su alma, sino que experimenta placer por el agua que mojará las tierras y procurará alimentos. Así, en medio del cruento cuadro, tiene amor suficiente para agradecer a Dios el beneficio que sus primitivos amigos y vecinos recibirán.

C. Mujeres rebeldes

Es muy breve la descripción que se hace de la bruja y, por supuesto no menos clásica:

“La vieja que vivía por la subida del camposanto: “la de los dientes de tuza y pico de cotorra.”⁹⁹

Claramente se dice que sus componendas fueron provocadas por la insistencia de los pobladores de la sierra, los cuales cargando los rastros ancestrales de la costumbre unieron a ésta la vehemente necesidad de resolver sus problemas por la vía fácil, aunque costosa, del maleficio. Esto prueba que, con sus reservas, la mujer es íntegra y bondadosa. Se entrega con afecto al cuidado y adiestramiento de sus jilgueros y cenizontes a los que enseña a decir frases convencionales, como las empleadas para educar a los pericos:

“- ¿Dónde está la viejita?, ¿Quién es mi chiquito?, pica pajarito, pica, ¿No tengo un hijito yo...?”¹⁰⁰

Su dedicación por las figuras de cera para los nacimientos, sobre todo ángeles, arcángeles y serafines en los que ponía especial cuidado, se debía al deseo escondido de hallar en ellos a los defensores de oficio que hicieran nivelar la balanza de sus culpas, poniendo en el otro platillo las atenciones prodigadas a sus augustas personas.

Hay en esta vieja una figura positiva dominada por las circunstancias a las que despreciaba. Su ternura de mujer solitaria se vuelca en los dos aspectos anteriores en los que resalta, de una manera encubierta, la probable burla que

⁹⁹ *Muñecos de Niebla*, p. 93

¹⁰⁰ *Op.cit.*, p. 94

realizaba en las personas de sus clientes cuyas necesidades atendía, con el secreto deseo de mostrarles lo falso de sus inclinaciones.

Nachita López guarda para sí la misma rebeldía que alienta en la bruja contra el ambiente de la cerrada sociedad serrana. Era culta. Conocía francés y esperanto (lo cual no es fácil) y algo de contabilidad. Es, seguramente, la única figura femenina que, adelantándose a su tiempo, trabaja para sostenerse en lugar de dedicarse a ir a misa todas las mañanas y reunirse por las tardes con gentes que destrozan la reputación de otros para tener de qué confesarse al día siguiente. Se aparta de la estrechez pueblerina a la que sirve sabiendo que no podrá cambiarla; pero suavemente destila entre los que la rodean ideas sobre justicia, legalidad y ética.

Se enamoró de Armando Valcárcel, “un réprobo” al que su misma familia rechazó. Tuvo el valor inusitado de ayudarle siempre que fue necesario, sobre todo cuando los demás le volvieron la espalda. Diez años esperó para cristalizar su amor, dos lustros de largo y esperanzado noviazgo para, resignadamente, aceptar la felicidad.

Sorprendió a los teziutecos al aceptar casarse con el hombre cuando éste agonizaba, sólo para poder cuidarlo en sus últimos momentos; pero cometió un error tremendo, la boda con ese “perdulario” fue civil y esto constituyó el estigma peor que la vanguardista profesora pudo cargar con su espíritu. Rechazada obviamente por la sociedad, porque cometió el desacato de reconocer la validez de las leyes por encima de las apariencias religiosas, se ve obligada a marcharse del pueblo. Sus ideales de justicia sobre la “Santa caridad de las monjas del colegio” en el que estudiaron las gemelas y que Nachita no vaciló en reprobar; su anhelo de perfección cuando se molestó por la actitud zumbona y envidiosa de las muchachas discípulas de francés con respecto a las Gálvez, son recientemente desamparadas; la discreta defensa realizada en pro de Matilde Gómez que carga el pecado de no haberse casado a los veinticinco años; todos esos propósitos de mejoramiento social se derrumban.

Inés, Matilde y Nachita huyen del recolecto encierro; son valientes, cada una tiene sus motivos para alejarse de la serranía, las tres saben que el futuro es incierto y probablemente más duro de lo que ha sido su existencia; pero tienen capacidad para enfrentarse a él.

Las palabras de la mayor de las Gómez son bastante especificativas:

“No nos faltará lo necesario. Nachita se abrirá paso en seguida. Es tan competente como cualquier hombre, y yo trabajaré en la casa. Llevamos algunos ahorritos para empezar. Luego ya veremos. Pero saldremos de aquí, y ella y yo no tendremos encima los ojos de una sociedad mojigata. Es posible que también allá encontremos la misma miseria, pero por lo menos habremos luchado por salir de ella.”¹⁰¹

Una conjunción de las dos mujeres anteriores y de Remedios Gutiérrez es Malvina Gómez Nich, la madre de Juan el pequeño protagonista de *La Culebra Tapó el Río*.

Humilde, sumida en un mundo extraño de hechicerías, maldecida por su pueblo, carga en sus espaldas y en su corazón el precio de sus amores: la pasión por un marido muerto y el cariño por su deforme hijo.

Joven, tuvo el mismo valor rebelde que Inés recibe de su abuela; Malvina aceptó jugarse la suerte al lado del hombre a quien quiso, a pesar de la maldición de sus ancestros; sólo que mientras la niña Gálvez apenas va a voltear sus cartas, la viuda de Martín ya sabe que los hados le fueron adversos. Consciente de que perdió, acepta su derrota con sumisión, pero igual que la Sra. Gutiérrez; ambas mujeres sobreviven para sostener a sus respectivos críos; Malvina tiene fe en el niño, único recuerdo de su corto y feliz matrimonio, y Remedios alienta sus últimos respiros a través de la nieta.

Con la ternura de la madre que no quiere sobrepasar al hijo y desea que sea él el que sobresalga por su valor y su inteligencia en su pequeño mundo abofeteando las malas lenguas que lo señalan, se evade simbólicamente y adquiere textura de sombra. Físicamente delgada, de altura incierta, desaparece en los recovecos y se difuma su silueta entre los muros de su casucha; no pesa casi, cuando se acuesta en su camastro de tablas. Dan testimonio de su existencia los suspiros que lanza en la noche, antes de dormir, y los llantos que la sacuden sobre la tumba del esposo ausente.

Sumisa, acepta las maldiciones del pueblo y la compasión ladina de los que le reprochan sus culpas personificadas en el niño entelerido.

Malvina, tan superficialmente tratada aparentemente, pero tan firme en sus humildes manifestaciones de independencia, es el grito supremo de ahogada necesidad de justicia divina y humana pocas veces alcanzada.

¹⁰¹ *Muñecos de Niebla*, p. 275

D. Personajes de humorismo

1.- DON FERMIN

Don Fermín es un personaje fugaz. Con él cabe a la perfección la frase de Baltasar Gracián: “De lo bueno, poco” porque el capitán de los rurales es una verdadera joya de humorismo que no podía explotarse muy ampliamente debido a que no sería posible sostener su tónica durante un trozo muy largo.

Es un valiente soldado que manda la guarnición de policías encargados del orden en Teziutlán y sus alrededores. Tiene un solo defecto, leyó en algún momento El Quijote y a partir de ese instante:

“... Le entró por los ojos el famoso librito; - según dice don Laureano Cascos – pero como es bizco, bien a bien no se dio cuenta de nada más y se le quedó atravesado. Se cree muy leído (sic), pero es muy enrevesado.”¹⁰²

Acompaña a Remedios y a los demás pasajeros de la diligencia en el funesto viaje, es el encargado de cuidar el dinero que se transporta.

Don Fermín testimonia la inspiración humorística de la señora Caso. En él se unen no solamente los esfuerzos de la autora para quebrar por minutos aunque sea, lo trágico de la inenarrable noche, sino también la muestra perfecta, diría yo, de lo que ella puede hacer en el difícil terreno de la gracia.

El personaje vale por el trazo ágil que se hace de él y por los sarcásticos comentarios que acompañan a la descripción, en los cuales, tal parece que Doña María se retrató a sí misma en su temperamento, con más fortuna que en los terribles renglones que relatan los sucesos posteriores.

Resulta obvio decir que, en el caso presente, habrá la necesidad ineludible de consignar casi por entero los parlamentos del policía, los cuales resultan valiosísimos por la caracterización magistralmente bufonesca que este individuo hace de Don Quijote y por el hábil tratamiento logrado por la autora, en el cual aparece ya estampado el dramático humor negro que antes se apuntó.

Se han subido todos los viajeros a la diligencia y, fuera del pueblo, el cumplido policía de inmediato asume su papel de jefe y comienza a dar

¹⁰²Op.cit., p. 141

instrucciones:

“- Aquí nos cavilamos todos y no hay para qué traer miedos temerosos de esos que sobrepasan a las muchedumbres. Yo ando aquí por ellas o sean las personas de ustedes, y mismamente por las talegas reconfiadas a mi atención y celo. Por lo mismo estoy aquí entrometido en veces de caracolear en mi buen alazán el paso de las bestias mulares – con perdón de ustedes-, que mal jalan la diligencia, como fuera lo debido en estas ocasiones. Así es que no es mi oficio estropearme los pantalones aquí sentado. Mi costumbre es andar en andancias como el señor Don Quijote, con los rurales de la caballería que para eso están mandados, y que hoy por hoy no consiguieron asistir, pues no aprecian o desean los que confiaron la guarnición del dinero hacer cualquier viaje que arriesgara la seguridad de la entrega.”¹⁰³

Y don Fermín continúa por este tenor durante tres parlamentos más. Su intervención es breve; pero resulta evidente que la señora doña María sintió por este personaje especial afecto. La suave ironía que la escritora destilará en su obra, mana dulcemente al referirse al jefe de caballería y hace una burlona parodia magnífica del castizo hablar del personaje inmortal de Cervantes.¹⁰⁴

Conocedora de los defectos humanos y sus debilidades, María Lombardo no tuvo necesidad de consultar las diversas teorías filosóficas sobre el humor para poder afiliarse a una de ellas, tomar partido y, desde un punto de vista débil enfocar a los personajes. Ella nació con la gracia dentro del cuerpo. Algo tuvo que le permitía reconocer de inmediato, en una situación, el filón humorístico y explotarlo por muy enterrado que se encontrara. Su innata cualidad la llevó a plasmar con tino esas fugaces personalidades en las que se unen lo incongruente, repentino y obsesivo para obtener el individuo exacto que represente la situación deseada por ella.

A riesgo de parecer molesta con la insistencia sobre el soldado al que uno no puede menos que tomarle cariño, hay que hacer notar que en todos los casos en los que Doña María pinta los personajes de este tipo, éstos tienen un final rápido, a veces vertiginoso y fatal. Tal parece que la señora gozara con dar al

¹⁰³Op.cit., p. 46

¹⁰⁴ Resulta innegable que la autora debió cavilar muchísimo para poder plasmar el tono exacto en los diálogos que el policía dijera, de modo y manera que contrastaran la ignorancia del hablante

lector respiro, balancear los elementos, para luego lanzarse velozmente en la pendiente de la desgracia.

Don Fermín morirá pocas horas después. Un balazo artero cortará la existencia del émulo de Don Quijote.

Por esto puede decirse que la tónica humorística de la señora Caso es de tintes oscuros. Tal parece que se diera el adagio al contrario; la tempestad viene después de la calma.

2.- GONZALO TEJEDA

Aunque este pequeño inciso se inicie con el nombre del jefe de la caballería rural, es conveniente unir aquí la serie de personajes positivos y plenos de humor que pinta la autora, y que, aunque no necesariamente risibles, si resultan de un mensaje gracioso a pesar de lo triste de su sino.

A este renglón pertenece Gonzalo Tejeda, el ladrón de tiernos ojos azules y sonrisa candorosa de niño. Aquel que flechó el corazón de Remedios. Gonzalo es un personaje silencioso, es bandolero bueno y justo, a la manera inclanésca. Roba para satisfacer las necesidades de sus protegidos entre los que reparte el botín producto de sus aventuras. No quiere nada para él, es dueño de un sentido primitivo de justicia social. Este “malvado”, señalado con el ardiente dedo de las buenas almas lugareñas, tiene también oportunidad de hacer de las suyas en una extraña broma que deja estupefactos a los vecinos de Jalacingo, precisamente la víspera a la celebración del santo Patrón:

“Ya muy noche, por aquello de las doce, cuando ni un alma se aparecía por las calles y todas las peregrinaciones se habían retirado a mesones y portales – después de cumplir sus imperiosas necesidades en donde les fue menester - , (Gonzalo) se coló como un gato silencioso, y no hubo un solo excremento humano o de animal que dejara sin adorno. Clavó una banderita en el centro de cada uno y todavía tuvo el humor de diferenciarlos por el color del papel. En los pequeños estandartes, con la letra bien clara, había escrito la siguiente divisa: *Jalacingo saluda a sus visitantes desde esta su casa*”¹⁰⁵

Sus amigas y ella (Remedios) se habían muerto de risa, pero a los vecinos del lugar no les hizo ni tantita gracia y la primera autoridad, azuzada por ellos, mandó encarcelar a cuanto indígena se hizo sospechoso de haber aliviado el cuerpo desde la víspera.

¹⁰⁵ Op.cit., p. 22

¿Qué sentido tuvo esta rara gracejada? ¿No será una de esas anécdotas de “locos de aldea”, como las que gustan también a José Rubén Romero? Cualquiera que haya sido la intención de Lombardo, este personaje también tiene en la novela una trayectoria fugaz y su final es cruento, pero humorístico. Contado por Perpetua Moncayo, a pesar de lo sangriento del suceso el relato se salpica con sabrosos comentarios:

“Cuentan que lo hicieron picadillo. Metieron los machetes hasta que se cansaron en aquel montón, y como luego se hizo un amasijo de sangre y de maíz quebrado, pues ya no lo pudieron recoger más que con pala.”¹⁰⁶

El humor, raro, duro, se torna macabro finalmente. Los personajes que Doña María emplea para perfilar sutilmente el sarcasmo que lleva dentro, son breves y terminan vertiginosamente en la muerte. Es algo así como una obsesión de no dejarlos vivos para atestiguar la veracidad o el éxito de su hazaña. Por lo tanto, es importante dejar consignado que un elemento de su humorismo es el producto del contraste eterno sonrisa-llanto, viuda-muerto. No hay un solo personaje que no entre en este círculo fatal cuando ha trazado ya su trayectoria alegre.

Es aquí donde radica lo magnífico de sus creaciones. Se tiene la certeza de que todo fue real; pero al mismo tiempo todo es intangible y entonces la verdad se escurre entre los dedos. Hay la probabilidad de que al estudiar los personajes de estas obras se esté manejando a un héroe, más aún, a algún rasgo personal de la autora.

3.- PETRA

Creo que Petra representa uno de los diferentes aspectos positivos con que se señala la escala de valores femeninos. Si Remedios es la sumisión callada y el amor desinteresado al mismo tiempo, la rebeldía sana, Inés es el valor y la audacia; Petra es la fidelidad.

Fue empleada por los Gálvez como sirvienta junto con otras dos mujeres: una cocinera y una lavandera. Gentes anónimas a las que no se conoce más

¹⁰⁶ Op.cit., p. 24

que dos o tres ocasiones en que actúan como para sazonar la ensalada. Gentes buenas también; con primitiva ternura desempeñan un trabajo en el que manifiestan cariño y respeto desusado para sus amas, sobre todo para Inés a la que consideran la más buena de la familia, exceptuando a Remedios por la que sienten compasión natural.

Sin embargo, las dos criadas, comadres entre sí, al parecer ambas de edad madura, experimentan desprecio e ira hacia Petra, la joven, porque es tonta, le falta experiencia en las labores de la casa, las hace quedar mal y, sobre todo, es una contra dos y estas dos, se mofan de ella haciéndole sentir como un honor el hecho de dirigirle la palabra o de escucharla. Petra es un alma inocente, quiere servir a sus patronas porque su padre le indicó que era lo que debía hacer.

Con un valor moral excepcional, consciente de lo que son la obediencia y el respeto filial más elemental, fragua, dentro de su pobre cabeza escasa de entendederas, la manera de congraciarse con sus despóticas compañeras a las que ayuda en los deberes desagradables con tal de evitar que den malas informaciones sobre ella a Rosa y, ésta, a su padre.

Guarda respeto y consideración hacia sus superiores. El primitivismo de sus sentimientos da mayor encanto a su personalidad. No compite con las otras, gentilmente se somete a ellas sin pretender siquiera pensar una sola vez en rebelarse contra su triste suerte.

Este personaje, al parecer superficialmente tratado, sirve magníficamente para que la autora revele sus dotes de narradora innata, y sobre todo lo conversadora sutil y graciosa que supo captar en sus cartas, sus libros y sus artículos, el gusto dulcemente candoroso del habla indígena por la que ella evidentemente sintió tanto cariño. Las dos conversaciones que las criadas sostienen demuestran que la Señora Caso pasó largas horas escuchando y recogiendo los popularismos y gracejadas que salpican las pláticas de nuestras gentes; pero no sólo esa, sino que sabe el tino de aplicarlos exactamente en el momento oportuno y hacer así, de sus trozos, relicario primoroso para los filósofos que, por muchas investigaciones que realicen, no podrían plasmar el atractivo pleno de vigor de la lengua de nuestros antepasados.

Ese español que hablaron los abuelos vuelve a revivir en la boca de Petra; no es la corrección lo que importa sino lo expresivo en cuanto al uso

adecuado de las palabras, la idea precisa del asunto que se está tratando en el momento y el vívido color que abunda en el relato:

“Le echó una ojeada a su auditorio y siguió sin tomar resuello.

-Yo le dije otra vez: pase usted. Pero él, nada. Se quedó atrancado en la puerta y me entregó dos bolitas de papel destreza amarradas con un jonote. Yo le dije: ¿Pa quién son? Y él me dijo: se las entregas a la señora y le dices que son pa ella y pa la señorita Inés. Bueno, le dije yo. Y luego dijo volteando los ojos como quien ve para la estación: les dices que me voy a México, pero que dentro de unos días ya estoy aquí. Todo eso me dijo. Pero que tenía como mucha prisa dirse y me empujó el portón encima que por poco me tumba. Yo corrí a llevar el encargo al cuarto de Remedios, porque allí estaban con ella Doña Rosa y Inesita dándole sus medicinas.”¹⁰⁷

La fidelidad de la criadita llega a lo sublime casi al final de la novela, cuando ya todo esté perdido y Rosa se encuentra en su casa recogiendo sus muebles para la obligada mudanza. Iracunda, despide a las sirvientas que insisten en quedarse con el único propósito de ayudar, sin pedir nada a cambio; su intento es proteger a sus patronas de los rudos quehaceres domésticos, sobre todo en ese momento en el cual el cambio de domicilio es inminente y hay tantas cosas que empacar, amarrar y acomodar. Pero la viuda de Gálvez, orgullosa las echa fuera con cajas destempladas:

“La muchacha no quiso seguir a las otras. Se había amachado y con la barba pegada contra el pecho, le contestó a su ama:

“Yo no suelto a Remedios. Pa donde jalen, pallá me voy”.¹⁰⁸

El espíritu de la muchacha sirvienta es valioso como pocos. Supo estar con sus jefas en “las maduras”; instintivamente conoce que la necesitan en “las duras” y es precisamente en ese momento en el que les será más valiosa. Acepta de buena manera los insultos, los desprecios, su pobre cabeza alcanza a razonar que están producidos por el despecho y, con una calidad humana pocas veces visible, los pasa por alto y se aferra a su deber con la ansiedad con que el naufrago coge un pedazo de madera.

Petra tiene sus antecedentes en las criadas que pinta Don Rafael Delgado, por ejemplo en *Los Parientes Ricos* y en *Angelina*. Es un tipo que fue

¹⁰⁷Op.cit., pp. 137 - 138

¹⁰⁸Op.cit. p. 278

verosímil antes de la Revolución de 1910 pero que ha ido desapareciendo.

4.- DON PASCUAL Y DOÑA CHUCHA

Uniendo ahora los personajes de los diferentes relatos, sobre todo en este momento en que se trata de recoger aquéllos de trayectoria más o menos chusca, es inevitable traer a Don Pascualito y a Doña Chucha, los protagonistas del cuentecito en el que se revelan las dotes humorísticas, y un tanto fatalistas de la Señora Caso. En la historia de apenas cuatro páginas, la escritora condensa toda una tragedia enmarcada con el gracejo macabro que es su sello personal.

Lombardo presenta introducción corta para señalar las características físicas de los personajes:

“Chaparritos como tachuelas... el cabello entrecano y rizado; se parecían como dos gotas de agua... sanos y vigorosos a pesar de sus sesenta años... formaban una pareja envidiable”¹⁰⁹

Parece que están hechos uno para el otro, así han vivido felices durante ocho lustros, esto es, lo suficiente para conocerse y perdonarse sus mutuas faltas; lo necesario para que lo pasado quede olvidado y cada uno de los dos se dé cuenta de que el cónyuge le ha ayudado en todo lo posible y que ha cargado por igual con penas y alegrías. En suma poseen los elementos indispensables para integrar el matrimonio más feliz del pueblo.

En la segunda parte hace una breve descripción de Doña Chucha sirviéndose de un símil muy inocente pero efectivo. Doña Chucha era conocida como “La Cuartilla” porque “era muy pequeña y redonda” como las viejas monedas que tenían ese nombre; pero sus acciones parecen relacionarse con el apodo “...había dado algunas vueltas por el mundo “hasta caer quien sabe cómo ni cuándo, en brazos de Don Pascual” (P.13)

Se me ocurre que este párrafo no le salió a la señora Caso así nada más. El parecido del ser humano con una moneda es poco usual, hasta ahora no había oído ningún mote con que se bautizara a un personaje como “el quinto”,

¹⁰⁹ *Una pareja envidiable*, .p14.

“el veinte” o “el peso”. Pero Doña María, perspicazmente, recuerda que en su tierra natal, además de Doña Chucha, hay otra persona que merece una adjetivación monetaria: “La peseta”, una muchacha de las que en el baile de las fiestas patrias tuvieron la desgracia de quedarse sentadas, sin danzar, precisamente por causa de su juventud; sucede que la llaman de esa pintoresca manera porque su edad nunca pasó de los veinticinco años cuando le preguntaban a ese respecto. Por supuesto que ese fugacísimo personaje aparece en *Una luz en la Otra Orilla*.

Recordemos el ingenio de nuestro país “en el siglo pasado” reflejado en llamar a los billetes de otras maneras: los de cinco pesos, eran **verdolagas**; los de diez, **tehuanos**; los de cincuenta, **ojos de gringa**; los de cien, **panzas de iguana**, etc.

El ingenio mismo de la autora admite otras interpretaciones, tales como: “había dado algunas vueltas por el mundo”. Con esa gráfica expresión se antoja la moneda que avientan los niños al aire para jugar “volados”, o aquello con lo que los padres distraen a sus críos haciéndola girar como perinola, para que el pequeño se encante con su brillo, si es de plata; trate de cogerla, por decirlo de alguna manera, o *parada*, intente volverla a girar, acción nada fácil para el principiante.

El verbo **girar** es por demás gráfico en la expresión: “...la cuartilla” giró por ahí..., porque es frecuente escuchar la pregunta: “¿En qué la **giras**?” al referirse al trabajo que desempeña una persona. Asimismo, tenemos el verbo **caer** porque Doña Chucha “**cayó** en brazos de Don Pascual”, quien tampoco la esperaba y la recibió como si fuera una pelota que le arrojaron. Nada más que Don Pascual, como hombre recto y formal, no abandonó “el hallazgo” y la protegió como su esposa y así la mantuvo durante cuarenta años.

Por otra parte, “La Cuartilla” no se contentó con girar sino “rodaba de un lado a otro” por el taller. Parece que fuera una persona que no tuviera pies sino algo lanzado al azar sin ningún fin; que topó sin querer con el hombre de su vida, y también luego golpea con los artículos de su casa, los que ordena a su voluntad. La sensación que provoca es parecida a la de las máquinas tragamonedas en las que sale disparada una bola que va pegando en focos que, al contacto, se encienden y dan una hermosa vista luminosa y multicolor creada por casualidad.

La mujer, de hecho, mandaba en esa casa, de la que no era la legítima dueña: “gobernaba la vida de ambos” (P.13) ¿Qué quiere decir esto? Al parecer, que hacía lo que quería en su convivencia con el esposo; pero lo que no es claro es la clase de persona a la que pertenece Don Pascual, que se encuentra con algo, lo recoge, lo ayuda durante toda una vida y luego lo rechaza. Claro, en el ínterin se deja gobernar como la dama quiere, ¿La amaba tanto como para permitir que su vida fuera ordenada por otra persona? Flaqueza de carácter en ningún momento la demuestra. Tuvo valor para apartar de sí lo que no era correcto y que, seguramente, en algún momento sus vecinos le propusieron.

Si le sobraba entereza y le gustaban los asuntos derechos, ¿por qué no se casó con Doña Chucha, sobre todo cuando ella lo pedía en trance de muerte?

Y se dice que <<“la cuartilla” era una brava mujer que echaba tiros al aire, montando como hombre y “rayando” el caballo al pararlo en seco frente a su casa>> (P.13); hay que suponer, pues, que la dama había sido un tanto casquivana.

La autora es sutil en ese aspecto, evita en lo posible el empleo de palabras bochornosas porque es difícil alojarlas fuera de la boca; pero todavía la delicadeza femenina se impone y prefiere, quizá con mayor malicia, sugerir que decir.

Don Pascual es uno de los personajes mejor desarrollados, su actuación como esposo o amante, cubriendo a la mujer que había caído, dice mucho de su hombría. Pero sobre su carácter recto, sin tacha ni mácula, apenas se apuntan dos o tres frases como la de la arrogante actitud final.

En lo que a esto se refiere, se supone que, cuando se le concede la mano de una dama, el enamorado debe sentirse feliz puesto que le ha hecho un favor que redundará en su dicha vital, esencial y duradera.

Esta concesión le fue negada a “La Cuartilla” porque la rectitud de alma de un hombre vale más que la tranquilidad de alma de una mujer cualquiera.

“Cuando por la noche el velorio, sentado en un rincón, lloraba tristemente el viejo”.

¡Qué dolor rezuma esta frase! Quien llora callado, en un rincón es porque siente en realidad ese peso enorme que se cierne sobre él al privársele de la

presencia y ayuda de la persona más querida.

Es legítima la actitud del hombre: “El carpintero, limpiando sus lágrimas, con digno gesto respondió”. Con digno gesto... ¡Su alma no podía venderse en tan poco!, sin embargo, eso no quita la dureza a la escena, y menos su incongruencia.

De Don Pascual apenas se nos anuncia algo, es carpintero, quizá lo fue siempre. Cuidadoso en su trabajo, meticuloso en su conciencia, de pocas palabras: “Malhumorado y ceñudo”, jamás despegaba los labios como no fuera para lo más indispensable: “Un nimbo de bestia prehistórica, mezclaba con el olor de cola fundida lo rodeaba como una aureola majestuosa” (P.14). Es justamente lo necesario para conocerlo. Sin embargo, el doloroso gracejo que se desprende de la terrible escena no nos aparta ni de la incongruencia necesaria para que el donaire exista, ni tampoco concede, el carpintero su tranquilidad de conciencia. Como hombre íntegro debió asumir una actitud semejante a la del que dice una mentira piadosa, consolar antes de condenar, vale decir. A pesar de todo si el cuento hubiere tenido un final feliz desaparecería el contraste que la autora buscaba. Se sacrifica el gusto en aras de un salero negro y agridulce, pero efectivo.

5.- MENDIOLA

La caracterización física de este protagonista es muy importante para el interés del cuento:

“Extraordinariamente alto y corpulento, tenía sin embargo cierta gracia cuando balanceaba al caminar su macizo cuerpo. Encuadraba las facciones toscas una melena como aguacero, recortada más debajo de la nuca, que continuamente echaba hacia atrás con un enérgico movimiento de cabeza.

Un sombrero texano adornado con una camelia remataba por arriba la figura, y como un pedestal, las botas lustrosas, que pisaban firme el empedrado”.¹¹⁰

Se está retratando a una persona de carácter eminentemente viril: fuerte, muy alto; “de facciones toscas”, probablemente. Lo más hombruno es, sin duda, la comparación de las botas enormes y militares, propias para montar, con el

¹¹⁰ *Muñecos de niebla*, p. 37

pedestal que sirve de base a todas las estatuas de los soldados ilustres; esto es, Mendiola era tan apuestamente masculino, tan salvajemente impregnado de valentía, que su talle forma en la mente de las personas la idea de una escultura por la firmeza del rostro, por lo decidido de los gestos, por lo manifiestos que están en su ser el vigor y el arrojo del escogido a quien nada ni nadie arredra.

Pero el general nunca habla en la historia. No se sabe, de hecho, cómo es su voz, y no se le puede catalogar por este aspecto. Se supone, sin embargo que debió ser potente el producto de sus cuerdas bucales, dadas las dimensiones del organismo.

Hay, a pesar de todo, algunos datos contrastantes en el bosquejo de este personaje, que hacen pensar en la proximidad que guardan dos tipos tan fieros como un soldado y un pirata engalanándose uno con una flor y el otro con un arete.

Primero se le pinta bizarramente constituido, por el brillo de sus botas, lo recto y fuerte del corpachón y se remata el retrato diciendo que se usaba un sombrero norteño “adornado con una camelia” ¿Quién realmente varonil y orgulloso de pertenecer a un sector de hombres “muy hombres” se permite acicalarse con una flor que es un detalle eminentemente femenino?

Es verosímil que en la época en la que se sitúa el relato fuera costumbre que los caballeros se aliñaran de esa manera, lo cual es incongruente en un militar.

Pero las contradicciones en la figura del personaje no paran en una sola flor; hay quienes comentan cuando el general sale a recorrer la zona militar bajo su jurisdicción y se le va a pasar en una especie de camilla que no monta a caballo como todos los hombres porque “padece almorranas”.

Es notable la fijación sobre el mal intencionado comentario dicho a voz en cuello en la plaza principal al paso del militar. ¡Cuánta envidia provocó en las almas sencillas de Teziutlán la presencia de un hombre que, por su fiereza, al menos imaginable, da lugar a la hiriente pulla!. Sin embargo, en este caso el contraste es muy efectivo y logra en el ánimo del lector el resultado chusco y grotesco con el que la perturbadora maledicencia pretender destruir impunemente la reputación, el honor o la hombría.

Las contradicciones en las que se incurre al describir el personaje continúan; por ejemplo, rapta a una joven costurera, arrastra a cabeza de silla a

un pastor que le reclama el robo de sus borregos y luego pretende casarse con una señorita de sociedad y se comporta, durante los breves instantes en que actúa en la fiesta, como un finísimo cortesano de los más exigentes círculos para, al final, atacar súbitamente, a golpazos, el exquisito pino, arreglo exclusivo para la celebración.

Los contrastes se suscitan a cada momento y disminuyen la precisión que permitiría conocer profundamente a Mendiola.

Hay que suponer ahora que el personaje encaja en lo que se creía ser la típica figura del militar: fanfarrón, crédulo, orgulloso; atento, observador de la diferencia de clases y de sexos; anheloso adulador de los más poderosos y, al fin y al cabo, jefe abusivo de sus inferiores a los que pisa sin reparar en los males que les provoca.

Hallé entre la correspondencia privada de la Sra. Caso una alusión a un general Antonio Medina que bien pudo ser la base para la creación de Mendiola.

“... Por sus calles empedradas
paseó sus barbas nevadas
el varón don Venustiano
trayendo en la diestra mano
y rasgando tu neblina
llegó el general Medina
hablando de redención.”¹¹¹

Tomando en consideración que las obras de la autora que me ocupa tienen un apoyo en la realidad y un alto porcentaje de inventiva fantástica con que la señora decora a sus personajes, es casi seguro que Mendiola corresponde a la caricatura graciosa y veloz de este revolucionario bizarro que, desgraciadamente por el localismo de su actuación, no ha alcanzado proporción nacional.

Desde luego es aventurado afirmar que ambos generales sean la misma persona, sólo que, después de revisar todos los personajes de los cuentos, es Mendiola el único que puede representar al fiel carrancista. Eso sí, la señora Lombardo supo captar el momento alegre de aquella ardua vida y plasmar con

¹¹¹ Op.cit.,

su vivaz pincel de caricatura el apunte humorista del guerrero, en la que quizá deseó demostrar él su desprecio por el cortejo de lambiscones que lo rodearon.

Con las notas anteriores no se aclara mucho acerca del personaje, pero sí se demuestra que la escritora poseía un espíritu mordaz. Puede decirse también que destruye con sus comentarios irónicos a los personajes que toca, aunque tal parece que sucede lo contrario: demostrando el defecto gracioso, objeto de su narración, inmortaliza, por decirlo de alguna manera, al ser que enfoca y lo hace entrar en su ronda mágica de placer sencillo; sin embargo, tal como los anteriores personajes, una vez que Mendiola ha trazado su camino gloriosamente feliz, entra también en el círculo de la muerte.

6.- LA SUSTENIENTA

Es una mujer que no posee el grado militar que “exige” le den en trato las gentes que la rodean. Debe haber sido hilarante y al mismo tiempo doloroso el encuentro de ella con el general tan celoso de una hombría más o menos discutible. Pienso que es una mujer solitaria, tan abandonada de los demás que se vio obligada a entrar a la “bola” y llenar el vacío que un amor de cualquier índole dejó en su memoria. Se supone esto porque es materialmente imposible que una dama felizmente casada, juntada o sometida a una familia, deje sus obligaciones para dedicarse a cuidar la puerta de un cuartel.

Está y estuvo sola; su actitud agresiva frente a los demás demuestra que fue una mujer tierna y dulce, ambiciosa de afecto y débil en cuanto a sus sentimientos; tan débil y pobre que tiene que protegerse con una coraza constituida por las cananas cruzadas en el pecho.

Sencilla, humilde, con “los tacones chuecos” representa la dureza que la vida crea en algunas gentes que han sufrido hondamente sin consuelo. Desgraciadamente la Señora Caso nos va a dejar en futuras ocasiones con un acre sabor en la boca, producto de la tristeza de un personaje al que se considera perfectamente presentado y necesario para una rica secuencia que engalana su historia y que ella trata levemente, para luego cortarle la existencia.

V. Como se ven, se expresan

Al hablar de esos personajes graciosos de los que ya se ha hecho mención, es forzoso entrar en el terreno **estilo**, supuesto que lo encantador de las creaturas lombarditas estriba no tanto en las descripciones afortunadas, sino en el lenguaje que su autora les pone en la boca y en los salerosos comentarios con que condimenta sus historias.

Chayita Casarrubias es la primera que entra en este orden. De hecho su constitución física no importa, bástenos saber que posee la salud más envidiable del universo, una alegría a prueba de guerras; recibe la caridad de “sus semejantes”, es decir, las gentes de la alta sociedad que le mandan con sumo cuidado sus diarios alimentos y su manutención de otra índole, se sienten obligados con ella. “Pues no en vano la estirpe Casarrubias había sido de las principales y su padre, dueño de algunas tierras, uno de los más *ilustres borrachos* de su generación”

Sólo que Chayita no tiene valor por sí sola. Como buena comadre necesita forzosamente de un conversador vivaz que sepa corresponder la agudeza de la señorita, especialista en el comentario sarcástico y sutilmente mal intencionado. Perpetua Moncayo, la dueña del “San Isidro de la Pared”, mensajero titular de todo lo que no le importa, es precisamente la interlocutora adecuada para tan notable capacidad. Hay un diálogo entre estas dos seráficas personas que es el mejor ejemplo del desenfadado y natural estilo de Doña María. Se puede dividir el intercambio “amistoso” en tres partes: en la primera, se establece una comunicación de tipo convencional, preguntas y respuestas plenas de regocijado veneno que se avientan las dos mujeres en calidad de tiroteo; en la segunda breve y substancial se manifiestan comentarios que se supone dialogados, pero la estructura cambia porque es la propia señora Caso la que realiza la conversación. Este sistema de autor anónimo que se encierra en una máscara para destilar lo que se supone, dice alguien, es uno de los tratamientos favoritos de la Señora Doña María para el desarrollo de sus historias.

Frecuentemente, sobre todo en *Muñecos de Niebla*, se presenta esta forma de discurrir tan incierta, pero tan general; es como si el comentario brotara de múltiples labios que tienen la misma opinión. Es una manera de personificar lo general y darle una individualidad evidentemente imposible.

La tercera etapa vuelve a ser el intercambio directo de palabras de persona a persona, no el puro hablar de un ser ignorado.

La charla salpicada de popularismos e indirectas es un ejemplo feliz de la fluidez de la autora.

En “Don Chepito el Conforme” se halla notablemente apuntado ese hablar anónimo que parece lanza el pueblo en su necesidad de murmullo aplacador del aburrimiento.

“Cuando empezaron los ataques le cuidaba con esmero y ni siquiera a Germán – el compadre-, le permitía entrar en la alcoba del enfermo. Pero ahora resultaba que los soponcios se prolongaban más de la cuenta y ... ¡qué caramba! . Rosarito y el compadre, pues ... necesitaban vivir”.¹¹²

Las dolencias

Al tratar este cuento es importante hacer notar la existencia de varios temas generales usados predominantemente en las obras de Lombardo: el primero está constituido por las enfermedades descritas, a veces con un lujo de detalles casi propio de un médico. El otro es la fijación innata en los miembros del cuerpo (manos y piernas sobre todo). Hay otro más relacionado con la naturaleza y sus varios fenómenos como determinantes del estado anímico. Tenemos un cuarto sector establecido alrededor de la muerte y sus relaciones con el humor.

En el aspecto **enfermedades**, que hemos preferido llamar por el genérico “dolencias”, el tema es amplio:

- Felipe, el músico primitivo que acompañaba la danza de sus dos amigos tocando en una hoja de naranjo doblada por la mitad, estaba ciego casi desde niño debido a una viruela feroz que, además, le marcó el rostro.

¹¹² *Muñecos de Niebla*, p.57 .

- Manuel, el loco, compañero de “farra” del anterior, tiene una atrofia labial que le impide pronunciar su nombre correctamente, dice llamarse: “Manuel”. Además de que es un pobre trastornado, adorna su físico una inflamación tiroidea:

“Aquel buche amplio, fresco, bien relleno, como pechuga de pato salvaje; ese bocio generoso que le llegaba hasta casi la mitad del pecho, ha desaparecido hasta volverse un triste pellejo, arrugado y amarillento, dentro del cual baila una pelotita que carece de importancia.”¹¹³

-Doña Panchita, la dueña de “La Tienda Grande” merece su distintivo gracias a la horrible afonía que padece. Como tuvo veinticuatro vástagos, el mundillo maldiciente decía que se había quedado ronca con tantos hijos que había gritado al echarlos al mundo.”

- Mendiola. Ya se mencionó antes el murmullo levantado en el pueblo gracias a las hemorroides que padece el general.
- Don Juanito es decorado con una hernia espectacular.
- Don Chepito y sus raptos catalépticos en sus cinco sucesivas muertes. (Doña Justina “La curandera del barrio se lamenta porque no se le permitió aliviarlo”).

El desmayo de la niña Lombardo en Zapatos Nuevos es un modelo de descripción coloquial: “¿se habían vuelto de chicle mis piernas o era que el suelo se movía? ¡Qué pronto se había hecho de noche!

Un sudor helado me enfrió las manos; contra mi voluntad cayeron a lo largo de mi cuerpo...” (p. 24)

La niña María y la Santera coinciden en el disgusto que les causan los chiquillos que la primera carga y a la segunda espían por las rendijas de sus puertas: “prietos, entecos y con las narices llenas de mocos...” a los que sus familias, cuando fallecían llamaban: “Angelitos que habían volado al cielo”, para las dos sólo son unos “roñosos” (p. 95)

Y la actitud plañidera de la Zopilote: - ¡Ay Rosarito.- ¿Por qué no me llamó? Cuando le chupaba el ombligo y le hacía “las limpias” siempre volvía el

¹¹³ *Muñecos de Niebla*, p .27

pobre conforme. (P. 61)

Las manos

Desgraciadamente la Señora Caso tuvo siempre presente el peligro de su enfermedad: un reumatismo que fue ascendiendo hasta causarle la muerte. Quince años padeció este terrible y doloroso mal; únicamente que ella no se amilanó, supo sacar partido muy positivo a su debilidad, y consciente de lo que era, la aprovechó para hacer una corta pero fiel descripción de lo que siente la persona afectada por esa desgracia. Perpetua Moncayo es la que recibe el terrible destino y, por boca de la autora se conoce su sufrimiento:

“No había pegado los ojos. Las coyunturas le dolieron toda la santa noche. Y con la helada de la madrugada, que le enfrió hasta tuétanos, le agarraron unas dolencias...”¹¹⁴

Nótese que la Moncayo está sola, tanto que necesita dedicarse a la murmuración para llenar el vacío que hay en su vida, la falta de un amor (hombre, hijo, madre, lo que sea) se substituye con las horas de agradable comida de prójimo; sin embargo, a pesar de su aislamiento forzoso debido a su mal y a las dificultades que afronta atendiéndose ella misma, no está amargada. Quizá sienta envidia de los otros por la juventud que hace mucho se puso en fuga, o por la falta de abundancia monetaria; pero acepta su desgracia con cierto grado de buen humor. El comentario que hace con Petra el 16 de septiembre así lo revela. La encuentra y, con su mano agarrotada, se pesca de la muchacha obligándola a jalarla por las empinadas calles hasta su casa, frontera a la Dorada.

Durante el trayecto se sazona la plática. Perpetua se siente muy mal, sólo habla de su enfermedad con cierta satisfacción de hipocondríaca. El consejo de la joven sirvienta para que use una papa metida en el seno (¡tán pintoresco remedio llega al máximo de lo gracioso!) recibe la respuesta de que la mujer se ha atado todas las papas del mundo, no solo en el seno, sino también en las piernas y en los brazos (esto debió haber sido un tanto, cuanto incómodo) e, inclusive, carga una dentro de la bolsa.

¹¹⁴ Una luz en la otra orilla, p.276

Hay que reconocer que la deliciosa afirmación tiene el encanto de la creencia cerrada en los milagros curativos regionales.

Claro que la dama desprecia profundamente a la criatura montaraz que la acompaña; sin embargo, son tantas sus penalidades que se atreve a preguntarle cómo curan un mal como el suyo en el pueblo de Petra, tan primitivo y tan obtuso; y la joven responde en el colmo de la ingenuidad. De esta manera, la atractiva plática se adorna con chismosos detalles sobre la desgracia de la señorita y los asuntillos que ruedan por el pueblo en esos momentos; es obvio decir que la charla toma a la muchacha por sorpresa y, en su tontería, no sabe qué contestar a la insidiosa curiosidad de la Moncayo.

Dejando a un lado la desgarradora nota íntima publicada póstumamente, es necesario considerar el resto de dolencias humanas que ella supo captar tan bien, esto es, la de Juan Gómez Nich y su perro Monito. Quizá en el momento en que la señora escribió esta tierna novela ya empezaba a sentir el gusanillo implacable de la desesperación; pero hay que ver que ni el perro ni el niño reflejan esa tristeza. Ambos están enfermos de los pies (deben ser pata las del can, sólo que es tan vibrante la personalidad del falderillo que bien se puede asociarlo a la calidad humana). Monito tuvo una pelea con “algo” y llegó renqueando en la noche; Nicio, el sabio brujo, tuvo que cortarle el pedazo de carne tarascada y cauterizarlo con un leño ardiente. Desde entonces el bicho quedó en un tripié.

Juan está enfermo, como ya se dijo antes, por la culpa de sus progenitores (aunque él no la encuentra en su madre, ella es una sombra y “las sombras no tienen culpa.” (P. 53 La culebra...); pero esta imposibilidad física lo unió más a su amigo. En esta historia aparece el único caso que la autora presenta sobre la relación directa y hermanable hombre-animal. En el relato de la Santera que enseña a hablar y chiflar a sus pajaritos ayudándose de una marimbita y la batuta, aunque es mucho el amor y cuidado que la mujer despliega atendiendo a las avecillas, éstas no pueden corresponder adecuadamente a ese afecto, ya que están imposibilitadas, normalmente, para demostrar actitudes tan inteligentes.

En la historia del niño chiapaneco, las charlas que sostiene con su perro, aunque no están contestadas con palabras, las miradas, los lengüeteos y la obediencia amable de Monito son la réplica suficiente para que el muchacho

sienta que su ánimo se enaltece cuando tiene la compañía del animal o de nostalgia decaiga por la ausencia del mismo.

Nicio, el enigmático y temible brujo, se distingue por otro defecto físico; sólo ve con un ojo; el otro, blanquecino, no se dice si carece de él o si una “nube” feroz se lo cubre totalmente. Lo cierto es que la mirada del único órgano taladra la conciencia del observado. El niño, con la ternura de su estrecho mundo, desea ser en el futuro como el “jefe”, aunque tenga que sacarse un ojo y “ponerse un huevo cocido en su lugar.” (P. 54). Ya se dijo que aparejado en importancia con las enfermedades, aparece el destacado interés por las actitudes de las manos y de las piernas. A veces se encontrarán menciones de otras partes del cuerpo, pero serán fugaces; lo verdaderamente notable son las extremidades. A estos dos elementos se asocia un tercero: las actitudes, poses o comportamientos que asumen las gentes y que puedan prestarse a símiles con rasgos animales, por ejemplo:

“Dona Chucha moribunda”... tomó la mano de su compañero que a su lado lloroso la miraba...” y pidió boda. El sacerdote sólo atina a “abrir tamaños ojos”. (P.15.-Muñecos)... “como lechuza”.

Del cuento “Tres amables monstruos”, María, la borracha, perdura en el recuerdo infantil por las manotas rojas, los pies llenos de tierra y lodo y las faldas que se levantaba “dejando al aire las piernas testas de mugre. Con los ojos en blanco, se contoneaba, dando vueltas y más vueltas, como boya sin amarre”. (P.19.- ib.). Felipe, el ciego “ se encaramaba con la rapidez de una lagartija” a los nogales y los apaleaba con la furia con que golpeaba plantas para desprenderles las plagas. Luego él recibió un apachurrón semejante cuando cayó en el lazo del amor. “Manuel” el loco, saludaba curiosamente a sus amigos: “Sacaba de la cobija la mano derecha, la levantaba a la altura de la nariz, y guiñando los ojos, hacía un ademán elegante...” tan distinguido (como el de las testas coronadas) que la autora se pregunta: “¿No tendrá su poquita de sangre azul?” (26.-ib.)

Doña Panchita no recibe ayuda en su labor de dependiente de su comercio porque sus veinticuatro hijos son “unos locos, y otros “flojos” (32, id.), expresión igual a la que tiene Doña Dorisca, la compañera de viaje de Remedios 27, cuando habla de su hijo:”... ese pazguato de Julián, mon cadet.” (49 ib.) ¡Ah! Pero don Ramón Marañón, el esposo de la afónica dama es comparado con un

Garañón, desde luego esto por una simple cuestión de paronimia. Este hombre entretiene sus ocios jugando ajedrez con un amigo, un viejillo seco y arrugado como “tejamanil” (P.33.- Muñecos).

Mendiola, notable por las bototas como pedestal de estatua, baila “La Varsovia” con tal soltura que “éstas quedan suspendidas por un momento en el aire” (P.42.-ib.); y Don Juanito, con el enredijo que se ponía para cuidar su relajación muscular abdominal, parecía “burro aparejado.” Además, como “caminaba con medio cuerpo echado hacia atrás, las piernas muy abiertas a pasitos cortos; como niño consentido al que llamara su mamá ... bajaba la calle brincando en “stacatto” (P.50 ib.). En forma semejante, cuando Don Chepito tenía el ataque “se retorció como gusano partido en dos... y temblaba como gato mojado” (P.59.-ib). Doña Justina, la mujer que lo atendía, vale decir, médicamente, era llamada “La Zopilota”, Coja, arrastrando la pierna enferma, asiste al velorio y, asustada por los insultos de la viuda (“no me gusta que los zopilotes rondan mi casa”). “se coló dando saltitos entre las viejas, y ... al primer movimiento del resucitado, “La Zopilota”, con el pescuezo estirado y las garras extendidas, señalaba hacia la caja ...(entonces) una mano como de cera se prendió del borde.” (P. 62.- ib.). Las mujeres corrieron “como murciélagos que huyeran de la humareda.” (ib.)

Jacobo, cuando retornó todo elegante al pueblo: “subía y bajaba las calles excitado, brincándole los ojos como si le hirvieran en el traste ahumado que sostenían sus hombros.” (P.69.- ib.). A los niños, en el momento en que llegaba la banda de música que anunciaba el teatro... “como alimañas atrapadas nos brincaba todo cuanto teníamos dentro del cuerpo.” (P.75.-ib.). El cantante de la función se presenta “enredándose los pies” en una gabardina larga, con una sonrisa “en su pico de Oro” y la mano izquierda “colocada napoleónicamente sobre el corazón” (ib.) El transformista tiene voz gruesa como “el tololoche”. Vestido de mariposa, ante la ira del público, se quita la peluca y lanza “el cardillo de su alevosa calva, al inclinarse humildemente como cordero dispuesto al sacrificio.” (P.80.-ib.).

En la función que dan los hermanos Lombardo, una de las señoras maquillistas, dice María, “me agarró por su cuenta, y cuando salí de sus garras... tan gruesa era la capa de albayalde que me cubría la cara que me fue imposible hacer el menor gesto y un miedo indefenso de pesadilla, me paralizó las

piernas.” (P.82.- ib.).

El pobre hombre del abrigo a quien molestan las siete hermanas Pardo, empedernidas incansables “camina con paso menudito... ansioso en su timidez de llegar cuanto antes a su destino.” Les tiene “un miedo cerval” al montón de mujeres que se le antojan “lobos en manada y cuyas caras, largas, y angostas como suelas de zapatos, lo hacían sudar frío en cuanto las divisaba.” Pero, cuando cansado de sus burlas por el tápalo que usa (el sobretodo), se desnuda delante de ellas, en plena calle, gritando “-¡No señoritas, el de sobrenada!”, las mujeres corren “como parvada de cuervos asustados” y la señal de triunfo del hombre es levantar en alto “el puño cerrado, en gesto olímpico.” (P.90.-ib.).

Anteriormente, la niña Lombardo fue cubierta “con albayalde”; Mauricio, cuando llega a su casa en la noche, con traje de charro, espuelas y manga, “condescendió a que lo desmantelaran” (P.11.- Una luz en la otra orilla)

Pánfilo, el mocito, muestra su timidez “teniendo las manos escondidas debajo del jorongo.” El propio amo le dice un día “A ver si sacas esa pezuñas y te despabilas.” (P.2ç36.- ib.).

Remedios, al servir la mesa “da vueltas como moscardón... y el temor le saca una vocecita de grillo”. (Pp. 12 y 17), porque las palabras de su esposo “la hicieron temblar con el temblor de los perros castigados.” (P.19.- ib.). Perpetua tiene indiscreción de simio y opina que los hombres, aunque se crean muy listos, parecen “burros con tapujo”.

Jiménez es “un indecente zorrillo”, que “apedrea con los ojos ... cuando echa miradas de tejón hambreado”; además, sus manos se adornan con “un dedo índice seco con charal ahumado”. (En la escena del regalo de las estampas, Remedios tiene frenéticos temblores de brazos y se cubre, sin percatarse del peligro, la cara con las manos mientras solloza convulsivamente).

El Señor Ramos, encargado del dinero que llevan en la diligencia, para entretener a sus compañeros de jornada relata la ocasión en que “la había emprendido a través de aquellas sábanas donde jamás había puesto el pie la mano del hombre” (p.51.-ib.). y uniendo los elementos que ahora llaman la atención, crea la frase representativa de todos los lugares comunes del mundo.

A la nieta de Doña Dorisca, al caerse de un caballo, “se le quebró (sic) las patas porque está muy seca, parece pargo ahumado”. (P.59.-) Daniel, el hermano de Remedios, “ya no podía con el vientre lleno de agua. Parecía cuero

de pulque. Le sacaban cuartillos y cuartillos de agua amarillenta, pero nada que mejoraba. Al fin, él mismo había pedido que lo dejaran descansar de aquellas curaciones peores que la misma muerte” (P.33.- ib.) y Don Laureano Cascos comenta que es imposible que se muera ya que <<es más “tlayudo” que la más jaleada de mis mulas>> (P.39.- ib.). Hay que hacer notar que el dueño de las diligencias es el antecedente directo del administrador Don Félix, porque tiene las manos peludas como tarántulas.

Evidentemente este Don Félix merece el comentario del pueblo como “... araña prieta, peluda, de esas que viven pegadas a las maderas podridas... De la caja del cuerpo brotaban unos brazos largos y unas patas ... ¡ había que ver! ¿Y los ojillos saltones que miraban debajo del bombín?” (P.84.- ib.). Esta descripción es exacta; tremendamente alargado de extremidades, no parece que las usa, sino que las dobla, desdobla, extiende a todo lo que dan; salta normalmente en lugar de caminar, y como siempre anda vestido de negro, la ilusión es completamente exacta.

La naturaleza

En el argumento de *Una luz en la otra orilla* se señaló que las etapas de la novela tienen una introducción que se refiere siempre al tiempo con barómetros del estado emocional de los personajes. De la misma manera, ya se indicó que el hecho de condicionar las situaciones psíquicas a un calibrador de fenómenos de la naturaleza tiene su arraigo en recursos utilizados ampliamente por los escritores románticos. Por consiguiente, la aparición de los elementos físicos destructores concordará con las peores crisis y su ausencia anunciará bonanza, en algunas ocasiones, o solamente un respiro en el desarrollo de la problemática.

En los demás escritos adquiere el mismo carácter, solamente existe la excepción aparecida dentro de *La culebra tapó el río*, historia donde los elementos contendrán diversa calidad emocional, dado que es la única narración que tenga un escenario diferente a la pródiga Sierra de Puebla. La propia localización geográfica condicionará las situaciones de los hombres y su realización en el relato.

Volviendo al tema enunciado, encontramos en *Muñecos de Niebla* que:

Jacobo se queda parado en el patio “en medio de la niebla”. (P.71)

La bruja era “tan buscada como un ponche caliente en uno de esos días en que la niebla no deja ver ni las narices”(P.93)

“Murió durante la nevada que casi alzó una cuarta del suelo” (P.98)

“Ningún crespón de luto agitó el viento en la puerta de su casa”. (P.99)

En Una luz en la otra orilla se dice:

“Arrebujada en su cobija de neblina, la noche cerró sus brazos en torno de la Casa Dorada” (P.10)

<<El día siguiente amaneció tristón como los anteriores; pero ya levantaba el tiempo, neblina y “chipichipi” huían hacia las barrancas y...

“El timorato” rayo de sol se coló por la rendija de la puerta>> (P.14)

Ante Mauricio las mujeres “vagaban como sombras y el viento atenuaba su rumor.” (P.18)

“Cuando de buenas a primeras sopla el viento del norte, la neblina sube de las barrancas donde he estado agazapada y, apelotonada como corderos en aprisco, espesa como vellones, penetra en los patios a través de las puertas y zaguanes: se cuela como intrusa para estar en todas partes y se establece por su cuenta días y días.

Esa entrometida arrastra sus jirones por las rendijas, se ciñe a las paredes, espía bajo mesas y sillas, y llega a tanto su desparpajo que hasta los zapatos olvidados debajo de las camas se ponen verdes de disgusto al sufrir su viscoso contacto.

Pero el sol vuelve por sus fueros surgiendo tras los montes. Entonces, avergonzada como un fantasma en pleno día, toma las de Villadiego refugiándose en las copas de los árboles, temerosa de su enemigo, y se deshace en lágrimas de vacío. El aire queda lavado. El brillo de los pájaros en las ramas altas, invita a los moradores de la Sierra a extender los brazos para sentir la caricia del ambiente y abrir las ventanas de par en par.” (P. 75)²⁸

El humor y la muerte

Es precisamente el contraste de la muerte con algo embarazoso que se produzca exactamente en el mismo momento en que ella surge, lo que crea la extraña atmósfera cruelmente jocosa que la Señora Lombardo sabe manejar con

tanto acierto; también se debe la gracia de la autora a que aprovecha la certeza del fatal desenlace al que todo mundo teme, para abrir un boquete en la angustia y dejarla salir por él explotado toda la carga emocional en una carcajada repentina.

El genio de Doña María en este terreno es sutilmente sádico, tiene la capacidad de destilar en sus historias un retintín parsimonioso con el que parece que no dice nada, y del que súbitamente, luego de prolongados preparativos, brota la sal.

Recordando sus personajes más acabados, se impone revisar a Don Chapito, el de muñecos de niebla. Ya se sabe que es un hombre anodino, enfermo de “epilepsia o catafalsia o algo parecido. ¡Vaya usted a saber que era aquello!” (P.58). Después de cinco velorios es lógico que la esposa esté cansada y molesta por sus sucesivos ridículos y sus repetidas caracterizaciones de viuda inconsolable. La inexorable orden de ella para que él se deje enterrar puede ser aceptable aunque, desde luego, plausible; pero donde todo raya en lo inhumano es en la pasmosa aceptación obediente del hombre.

Es insensible, truculenta, y por tanto, bufonesca, la postura del marido que se entrega mansa, patológicamente al sufrimiento. Todo el juego sado-masoquista del orbe aparece en esta historia.

Esta secuencia sólo puede acontecer en un universo de muñecos donde el contraste despiadado puede darse sin menoscabo de la calidad humana o del respeto elemental por la vida.

En la carta dirigida a Elvira Vargas, más amplia y más fresca, se muestra abundantemente este sutil contraste que ofrece su espíritu bromista se ha recogido ya a la mayoría de los naufragos y comenta la señora:

“Para ser clásicos, todos tenían los pelos parados y ninguno llevaba zapatos.”

Un impacto semejante se presenta en el personaje que encarna a la autora en su niñez en el relato *Zapatos Nuevos*¹. El meollo del asunto radica en la responsabilidad que tiene la chiquilla de llevar sobre sus frágiles hombros, juntamente con tres amiguitas de la escuela, iguales en estatura a ella y de similar posición económica a los hermanitos fallecidos de alguna compañera. María, en el fondo tiene miedo, aborrece el olor característico del cadáver mezclado con el aroma de las ceras, “las magnolias y las gardenias”. Recuerda

empavorecida la ocasión en que la madre llorosa de la muerte obligó a las criaturas a meter el cuerpo a la caja y la extraña sensación que llegó a sus manos, a través de encajes, de frialdad y dureza que la anunciaron al cerebro la ausencia de vida; pero que la conciencia infantil no supo determinar. Los gritos, las actitudes plañideras, las poses de circunstancias; todo, en suma, fastidia en el subconsciente de la niña, sólo que tiene que cumplir con un deber que le han impuesto y lo acepta.

Se viste con presteza y calza sus zapatos nuevos; pero ¡oh desgracia! le lastiman. No acepta la sugestión de la nana para ponerse los viejos. Decidida se lanza a la escena. El decorado es tal como ella lo temía. No protesta, se inicia la marcha y con un calor heroico trata de domar la chiquilla las dolorosas prisiones de cuero hasta que sobreviene el vahído y el ataúd cae por tierra rompiéndose.

Ella es la causante del terrible desacato cometido a la augusta figura del fallecido. Se resbaló porque le apretaban los zapatos.

La terrible crítica que se esconde en el sardónico relato cae como cuentagotas; lentamente, con una dilación estudiada se presentan las etapas que apenas si contienen una modesta censura en labios de la madre de la inocente víctima. Ni ella ni su esposo están de acuerdo con esta absurda tradición que, a manera de cruz se ciernen sobre su hija. Aborrecen estas particularidades ambientales, pero la dama, sabedora de estos pormenorizados requisitos sociales, da su licencia para que la chica se someta, una vez más al suplicio y, a pesar del disgusto que en su ser provoca esta práctica engastada en la incomprensible usanza pueblerina, tiene el coraje de dar a su muchachita un arquetipo de conducta escrupulosamente social, breve enseñanza de obligaciones a las que la joven respetará siempre; no importa si al observarlas se convierta en el centro de una bochornosa y cosquilleante situación que destilará el acre sabor del ridículo en el infantil paladar.

Aparte de los rasgos constantes en las obras (las enfermedades, las extremidades y el cuerpo, los fenómenos de la naturaleza, etc.), se ha intentado reunir algunos otros, que siguen inmediatamente a estas palabras, y que tienen una elevada frecuencia de empleo dentro del molde general de los escritos de la Señora Lombardo. Dado que constituyen una especie de común denominador en todas las producciones y, como además, son muy abundantes, únicamente

se han tomado de aquí y de allá, a manera de lista, con el propósito de marcar su continuidad en el transcurso de los sucesivos trabajos de Doña María.

1.- ANIMALES

- a) Don Pascual tiene “un nimbo de bestia prehistórica”.
- b) Las Gálvez “deberían ser sencillas y no mirar a las demás como si fueran renacuajos”.
- c) Don Atanasio se auto nombraba debido a su viaje, “un ave de paso”; pero, ya viejo y cansado, “había caído en el pueblo y en la cantina aleteaba su desengaño”
- d) La pareja Gálvez, recién casada, “emprendió el vuelo... y se acurrucó en Atzalan” pero cuando llegó la prole “El profesor no pudo resistir al ambiente. Ahuecó el ala, y se llevó a su familia, como un ave que de pronto siente la necesidad de remontarse hacia otras tierras”
- e) “Y esas sábanas tan frías que daban la impresión de tener una víbora enrollada al cuerpo”
- f) “Lentamente, como un tigre cauteloso, Bernabé Jiménez se acercó”

2.- POPULARISMOS

- a) “Cuando se salía fuera del huacal”
- b) “Desde que amanece Dios”
- c) “A ver quien le daba chichicastle por hierbabuena”
- d) “Haciendo de tripas corazón”
- e) “Ponerle el cascabel al gato”
- f) “Es más brava que una chiva pinta”
- g) “Taparle el ojo al macho”
- h) “En el pecado llevó la penitencia”
- i) “Pagando justos por pecadores”
- j) “Dios aprieta pero no ahorca”
- k) “Donde hay harina no hay mohína”

3.- GRACEJADAS

a) Dice el Dr. De la Mora que está en el pueblo: "para impartir entre los necesitados sus modestos conocimientos.

Sus modestos conocimientos... ¡Si tenía más ínfulos que Netzahualcóyotl el día de su santo!"

b) Inés comenta: << Es como aquel señor que escribía: "mándenme dinero que voy ganando." Así está el pobre de mi hermano>>

c) <<Como dice Manino cuando usted lo regaña porque apedrea los pichones: "Si no les hago nada, nomás me los quiero cenar">>

d) "No en balde al santo cabezón Remedios y Rosa lo pusieron de cabeza. Así era San Antonio. Cuando se le ponía patas arriba y se le ahorcaba con la corbata del presunto hechizado, no le quedaba más remedio que hacer lo que se le había pedido. El pobrecito era llevado por la mala."

4.- SENSACIONES OLFATIVAS

a) Manuel cuando expresaba su cariño abría la cobija y "emanaba un embriagador perfume como cueva de murciélagos que hacía vomitar al desgraciado"... elegido por su corazón.

b) "... nunca había vuelto al teatro. Algo se rechazaba. Tal vez el desinfectante americano que exhalaba desde la entrada..."

c) "Rosa tomó la carta de su regazo doblándola con cuidado. De cada uno de los pliegues se desprendía el perfume de las cosas muertas."

d) "Traía con ella el frescor de la mañana envuelto en un ligero perfume de copal."

5.- SENSACIONES VISUALES

a) "Al asomarse al enorme barril de la cocina tenía la impresión de que la multitud de bichos de diversas especies que se pegaban a la pared del mismo, me acechaban"

b) "Arriba, si en la galería de mi teatro, brillaban las estrellas."

c) “-Por ahí dicen que todavía lleva usted en los zapatos polvo de Constantinopla.

-Tanto como eso no. Pero les aseguro que aún consumo en las retinas imágenes que he procurado mantener incólumes”.

d) “Ya sabes, abuela, que son nuestros ojos los que se platican”

e) “Sus ojos la enfocaron sorbiéndola en un remolino”

f) “En sus pupilas húmedas se reflejó la calle y oía.”

g) “Dos clavos fosforescentes hundidos en la obscuridad delataban su presencia.”

6.- SENSACIONES ACÚSTICAS

a) “Chirriaron los goznes del portón.”

b) “El ronronear de las viejas en el rezo.”

c) “El roce que produce el trapo.”

d) “Al estallar los estornudos metálicos de la banda de música.”

e) “Haciendo un esfuerzo conseguí abrir los labios... tric, trac; sentí que la pintura se cuarteaba alrededor de mi boca.”

f) “Mauricio dejaba escapar sordos gruñidos como gato irritado.”

g) “El rr rr rr de la cuerda de un reloj.”

h) “El fru fru de las faldas rodeó al hombre envolviéndolo en una aureola de frescura.”

i) “Sus choclos de charol estaban tan empapados, que al caminar hacían un chac chac verdaderamente lastimoso.”

j) “Un chillido de rata apachurrada.”

7.- SENSACIONES TÁCTILES

“¿Dónde estaban aquellos sillones duros, cuyos brazos le astillaban a uno los propios?”

8. INDIGENISMOS

a) “Como los va a guisar (los hongos): ¿en chilpozontle?”

b) “no se me achagüistle...”

- c) “Está con el paliacate en la carota todo el santo día.”
- d) “Pero yo corro más; ¡les gano hasta a los temazates!”
- e) “Ya veo que están preparando el itacate.”
- f) “Dicen que entre los paredones que están en el manantial de las Hayas aparece una mujer que se vuelve náhuatl cuando hay luna y echa dentro de la poza unas piedrecitas de colores para encantar a las gentes y luego devorarlas.”
- g) Artemisa y Leda, mis “Xocoyotas”.
- h) “Toda el agua que tenía que llover, llovió por esos días de mediados y fines de septiembre... Los grandes señores de la Sierra, con sus millares de agujas apuntando hacia arriba, señalaban aquel despilfarro del dios de la lluvia que, como todos los dioses da más al que más tiene y menos al necesitado. Y los magníficos señores presenciaban impasibles el derroche, sabedores de que, en sus dominios, al dios le placía prodigar sus mercedes”.
- i) “En la entrada el ocoxale cubría el suelo”
- j) “-Tanto como todos, lamento el delito cometido por los perros...; más no hay que olvidar que en sus cuerpos no entra el nagual. Si tal sucediera, el náhuatl nos habría advertido la insolencia de su conducta.”
- k) “Todos aquí somos tus iguales. También albergamos en nuestros cuerpos al nagual que nos informa. Sabemos, igual que tú, pulsar al enfermo para conocer la marca del que hizo el mal, y también sabemos curarle las dolencias expulsando de su cuerpo el espíritu que lo daña;”

9.- REMINISCENCIAS DEL MODERNISMO

- a) “Mientras tragaba en un bostezo toda la negrura de la sala (de teatro).”
- b) “En el barril que Felipe llena de agua hay muchas alimañas.
-¡Pero si hay hasta tortuguitas, Felipe!
-¡Con un caramba! ¿Cómo quieres que los vea? Je...je... son animalitos que hizo Dios, así es que... ¡Tráгатelos, niña!
¡Y a tragarlos! No había más remedio. (P.21)
- c) Don Juanito, cuando no estaba molesto... “nos regalaba con trozos de panal repletos de larvas y de miel, que comíamos sin distingo alguno.”

- d) “Pánfilo, al reconocerlo (el relincho del caballo) sacó las manos de su escondite y corrió al portón que se quejó lastimeramente al abrir sus hojas ante la obscuridad que se adentraba.”
- e) Al salir al viaje en la madrugada Remedios y el niño caminaron “con los brazos hacia delante en aquella obscuridad que se tentaba.”
- f) “El mugido de las reses se metió por las ventanas junto con el olor a establo, familiar, caliente y grato.
- g) “El relinche agrio de las mulas, que atascadas por el freno se levantaron sobre sus patas traseras, barreno como un taladro las sombras de la noche.”
- h) ¡Abran las puertas! ¿Cómo pueden tenerlas cerradas? El aire se puede cortar como marquesote...
-¿No me han oído? Miren que mañana...; dejen entrar todo ese azul que viene del cielo y verán cómo les limpia los corazones.”
- i) “El credo es caliente, la salve es fresca.”
- j) “El sol saltó jovialmente hasta el último rincón.”
- k) “Tendió el oído poniéndose de puntas.”
- l) “La obscura mole (de la piedra) lo llama.

ANEXO

Entrevista hecha por Eva L. Oseguera al Dr. Alfonso Caso sobre su relación con María Lombardo.

La entrevista la hace la profesora Oseguera en la casa del Dr. Caso, sobre algunos aspectos de la vida de María Lombardo, el 14 de Noviembre de 1969, México, D. F.

E.V.O. ¿Cómo se conocieron?

A.C.- Yo tenía 17 años y estaba cursando el quinto año de Preparatoria, y entonces fui a la casa de Vicente Lombardo porque tenía que estudiar y pasar unos apuntes. Había un espejo en la sala y en el espejo yo veía a una persona que me estaba observando. Era ella que estaba curioseando, y yo empecé también a curiosear. Así fue como nos conocimos y duramos cinco años de novios. Era muy difícil no enamorarse de ella. Era una mujer extraordinariamente aguda, muy inteligente y muy simpática, de muy buena voluntad; sus hermanos también eran así.

E.V.O. Se dice que tuvo la muerte pendiente sobre sí, ¿por qué?

A.C. - Padeció un reumatismo terrible que fue ascendiendo muy lentamente. El mal duró quince años; se fue atrofiando poco a poco, al final tenía las manos sarmentosas. Aunque ella no supo por mí la realidad de su enfermedad, la intuyó y fue conociéndola a cada día. No le temió pero odiaba la posibilidad de la invalidez.

Por otra parte, parecía que debía enfrentarse a ella. Una vez veníamos de Europa... No, no ¡íbamos a Europa! Cuando en la noche chocaron dos barcos, "El Estocolmo" y "El Andrea Doria" Vimos casi todo el naufragio y cómo toda la tripulación estuvo toda la noche dando ayuda a los náufragos. Ella lo escribió todo, pero no con un fin trágico sino como un relato lleno de buen humor. Nunca se amargó; tenía muchos aspectos humorísticos y

de todo captaba el chiste. Como no sabía llevar sus papeles, y yo los atendía me decía: “Mi ilustre secretario”. Cuando iba a una reunión ella siempre era el centro de atracción por su buen humor, y a todos hacía pasar el rato agradable.

E.L.O. ¿Quisiera usted decirme algo sobre el grupo de los siete sabios?

A.C.- Los siete sabios fue el nombre que nos pusieron en la escuela, quizás por envidia o despecho; fue un remoque probablemente de los que no pertenecían al círculo porque nosotros llamábamos a ese grupo “Sociedad de Conferencias y Conciertos”. El grupo lo formamos con Julián Carrillo, y por primera vez se tocaron las nueve sinfonías de Beethoven. Eran Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Teófilo Olea y Leyva y Alfonso Caso. El que murió, sólo estuvo con nosotros seis meses, fue Jesús Moreno Baca. El grupo dio pelea en todas partes, porque ahí estaban todos los partidos políticos aún los contrarios, es decir teníamos al jefe de la derecha y al de la izquierda, comunistas, demócratas, republicanos, socialistas, de todo. Era un grupo cultural; duramos juntos toda la carrera y bastante tiempo después, hasta que cada quien tomó su camino.

E.L.O. ¿Cómo era la señora en su manera de ser?

A.C.- Era muy risueña, muy alegre... Todo el tiempo estaba jugando y criticando de buena fe. Siempre estaba bromeando, éramos muy amigos y nos llevábamos muy bien.

E.L.O. ¿Cómo era su lenguaje?

A.C.- No usaba un lenguaje rebuscado, era familiar y salpicado muchas veces de mexicanismos, porque ella venía de Teziutlán, donde hay mucha influencia indígena. Si veía un niño calvo, no le decía niño calvo, le decía: Xicatl. Era muy agradable, es decir, cuando íbamos a una reunión, había una serie de gentes que la oía platicar. Era muy vivaz y tenía facultad, no de retrato sino de caricatura descriptiva.

E.L.O. Ella dice haberlo conocido a usted cuando ella salía de la primaria y usted tenía 17 años...

A.C.- Éramos muy jóvenes cuando nos hicimos novios, yo tenía 17 años y ella algunas veces, en que no alcanzaba para galletas finas, comprábamos bolillos, o sea que, tomábamos té con bolillos. Y bailábamos... ¡Eran tardes tan agradables!

E.L.O. ¿Por qué nunca se hace mención de sus estudios?

A.C. -Ella no fue una persona que hizo estudios en la escuela. Ella estudió hasta segundo o tercero de lo que entonces era la Preparatoria. Después, dejó de hacerlo; pero estudió idiomas, luego estuvo esporádicamente en la Facultad conmigo, en mis cursos de arqueología; pero ella fue autodidacta. Tenía ella su biblioteca aparte: de Literatura, Historia y Biografías. Leyó por lo menos cuatro veces *El Amigo Manso*. Teníamos discusiones porque decía que Bernard Shaw era un hombre que despreciaba a la mujer y, como ella era muy feminista, (y yo también lo soy) no se podía decir nada en contra de ustedes porque de inmediato brincaba, entonces ella lo despreciaba a él. Ella nació en Teziutlán. Allí hay mucha mujer hermosa, por lo menos lo había y como está a la salida de la sierra, ahí se encontraba gente muy rica, hay muchos franceses, italianos y españoles de los que comercian con plátanos, naranja y demás. Su abuelo era italiano del norte, de Piamonte, de la Lombardía precisamente, y su abuela muy indígena. De ahí el color atezado de ella. María era muy morena, bueno no mucho como su madre. Pero la mezcla de las dos razas dio por resultado mujeres muy bellas en ese pueblito que era tan pintoresco. Hoy no es lo que fue.

E.V.O. ¿LEÍA UD. O CORREGÍA LOS ESCRITOS DE ELLA, ANTES DE QUE SE PUBLICARAN?

A.C. Yo no corregía sus escritos, porque María y yo teníamos dos estilos muy diferentes, Yo tengo un estilo científico, oratorio, y ella, otro estilo muy diferente; pero yo siempre leía sus cosas. Cuando escribíamos estábamos sin hablar, por horas. Siempre que llegábamos de una reunión, cine o fiestas, nos poníamos a trabajar hasta las dos o tres de la madrugada; casi no hablábamos y los dos sentíamos alegría de estar juntos. Ella se sentaba en la mesa frente a la ventana, por eso dice alguna vez que estaba frente a la ventana que domina al valle. Y sí es cierto, cuando está claro, se ve el Ajusco. Yo me sentaba del otro lado de la mesa y así nos quedábamos por horas, escribiendo.

E.V.O. ¿CONOCIÓ ELLA A MAURICIO GUTIÉRREZ?

A.C. Sí conoció a Mauricio Gutiérrez; le conoció ya muy viejo. El se pasaba la vida envuelto en su sarape y con el odio de todo el pueblo. Siempre sentado en la calle cuando había sol. Jamás dejaba el jorongo.

E.V.O. SU NOVELA *UNA LUZ EN LA OTRA ORILLA* ¿ESTÁ APOYADA EN ALGÚN SUCESO REAL?

A.C. Hay no sólo algo de realidad en los personajes. Todos los personajes son históricos, sólo que les cambió los nombres. El único personaje que está caricaturizado es Fermín que sí existió; pero ella lo hizo como caricaturesco obsesionado por el Quijote. Las novelas están apoyadas en sucesos reales disfrazados, por ejemplo: La Santera existió, el gran maguey existió, todos existieron, ella invento sólo el final a las historias. El jefe político de la novela existió. Claro que varió las épocas, las actitudes.

E.V.O. EL PASAJE DE LA LOCURA DE ROSA PARECE VERAZ. ¿SABE UD. SI ELLA ALGUNA VEZ PASÓ POR UN CONFLICTO PARECIDO COMO ESPECTADORA?

A.C. Desgraciadamente no como espectadora, sino como protagonista. Ella lo vivió. Era una persona muy sensible y en una ocasión presencié un accidente. Vio a un hombre que atropelló un tres y casi lo partió en dos. Entonces ella se sintió muy mal, y le vino una especie de amnesia. Esa amnesia la hizo salirse a la calle y llegó hasta Cardiología (donde yo había estado) desde donde vivíamos, que era en Chapultepec Morales, llegó con los zapatos hechos tiras.

E.V.O. ¿PARTICIPÓ ELLA DEL PENSAMIENTO LIBERAL DE SU HERMANO?

A.C. Ella participó mucho en el socialismo. Siempre lo fue, como sus familiares, yo soy socialista-demócrata. No somos creyentes. No lo hemos sido ni lo seremos.

E.V.O. ¿FUE ELLA UN TANTO REBELDE CONTRA EL ESPIRITU PROVINCIANO DE LAS MUJERES?

A.C. Ella fue siempre muy rebelde, una rebelde contra toda la hipocresía del pueblo. Vivían las gentes de muchas pequeñeces, intrigas, lo cual ella odiaba, que si fulanito era novio de sutanita, usted entiende, ¿verdad? Otra cosa que detestaba era al Sr. Feudal y más que yo le fomentaba ese odio; yo le decía: "No te dejes de nadie, ni de mí".

E.V.O. EN LA CULEBRA TAPÓ EL RÍO, SE DICE QUE LA HISTORIA LA NARRÓ UN ARQUEOLOGO Y LUEGO ELLA LA TOMÓ. ¿SABE UD. SI ES CIERTO?

A.C. No, no fue un arqueólogo, fue un etnólogo; el Dr. Alfonso Villa Rojas, el narró la historia que ella desarrolló. Fue en una sobremesa, en la noche.

E.V.O. ¿CUÁLES FUERON LAS LECTURAS FAVORITAS DE LA SEÑORA?

A.C. Sus autores predilectos fueron: Tolstoi, Galdós, Balzac, Maupassant, autores franceses y españoles en general, pero realistas.

E.V.O. ¿CUÁL ES LA CUARTA OBRA INCONCLUSA? ¿LA TIENE UD. DOCTOR?

A.C. No quedó ninguna obra inconclusa. Pensó en escribir una obra que se llamaría *EL ARBOL*, pero nunca la realizó. Quizá la rompió. Ella era muy descontenta. *Muñecos de Niebla* la iba a romper, pero no la dejé. No, le dije, este me lo dejas. El fragmento “Los pájaros”, que desapareció, era una cosa muy hermosa, porque el árbol hablaba con los pájaros. Estaba pleno de lirismo y reflejaba su alma suave y dulce. No sé dónde quedó.

E.V.O. ¿POR QUÉ LA SEÑORA TOMÓ A SU HIJO ANDRÉS PARA TRAZAR LA FIGURA DE “MANINO”?

A.C. Tuvimos cuatro hijos, el mayor es Manino, o sea Andrés. Hoy se enojaría si le llamáramos Manino. Sigue después Beatriz, que está casada con Carlos Solórzano; Alejandro que es arquitecto y que construyó esta casa, está casado con Margarita Chávez, que también es arquitecta, que es periodista y escribe en la revista *SIEMPRE*. María tomó a Andrés para trazar la figura de Manino porque siempre fue muy imaginativo. Él tenía su novela en la cabeza, a veces yo lo veía fantasear y le decía: ¿Qué traes tú? Y sólo me hacía ts, ts, y se iba. Tenía su mundo lleno de imaginación. Siempre hacía sus cuentos con tigres, leones, rinocerontes y esas cosas. Él fabricaba su novela.

E.V.O. ¿PO QUÉ LAS CONVERSACIONES DE LOS CRIADOS, QUE APARECEN EN SU OBRA, SON VERDADEROS DOCUMENTOS FONÉTICOS?

A.C. Teníamos un mozo que hablaba muy enrevesado y en su libro escribó esas palabras tal y como él las hablaba. Las anotó y las guardó, luego fue aderezándolas y componiéndolas hasta lograr sus coloquios.

E.V.O. ¿DÓNDE SE REALIZA LA CULEBRA TAPÓ EL RÍO?

A.C. En Yochib, cerca de San Cristóbal de las Casas. No es Yanchib, ella le cambió el nombre.

CONCLUSIONES

Es muy difícil tratar de catalogar a María Lombardo dentro de una corriente literaria determinada. Si se atiende a la estructura de las obras, ella misma dice que son tradicionalistas, tanto, que a “los nuevos escritores deben parecerles aburridísimas porque principian por el principio y terminan por el final.”¹¹⁵ Y esto sucede, en efecto no en lo que concierne a lo aburrido, que no lo son, sino en cuanto a la estructura. Los diez cuentos de *Muñecos de Niebla* son narraciones evocativas, sencillas, lo mismo que sus cartas. *Zapatos Nuevos* presenta algo que se podría considerar como monólogo interior sin que corresponda exactamente al tipo fijado a este recurso por los clásicos de la materia como James Joyce o William Faulkner.

En sus dos novelas se interrumpe la narración para introducir un pasaje evocativo totalmente diverso del resto de la obra y, sin embargo, profundamente unido a su asunto general; por ejemplo, en *Una Luz en la Otra Orilla* el magnífico trozo que vivifica la pesadilla de Remedios sobre la muerte de Manino porque la escena aparece cambiando totalmente el ritmo general de la novela; no se discurre mansamente por un cauce marcado, es un violento torrente catártico que golpea a la heroína dándole la conciencia perdida mucho tiempo antes. Varía la cadencia verbal, quedan fuera los pretéritos, copretéritos o los subjuntivos. Es un presente que enfrenta la verdad plagada de figuras fantasmagóricas, febriles. Las alegorías monstruosas –manos gigantes que asesinan- arrastran en su borrasca la mente de la mujer. La turbulenta angustia desencadena la realidad del subconsciente que estuvo anclada por años y, en medio del torbellino surge a la vida nuevamente la viuda de Mauricio Gutiérrez.

La Culebra tapó el río muestra a una escritora mucho más desarrollada. El pausado transcurrir de la novela se corta por los recuerdos de la muerte de Martín Gómez Nich. Son reminiscencias tranquilas en las que no asoma el dolor ni la rebeldía. Juan rememora la figura humilde de su madre, comparándola con la elevación de las montañas que rodean a su pueblo. La ve alta, alargada en

¹¹⁵ *Muñecos de Niebla*, p. 9

toda su dignidad, muy por encima de todos sus coterráneos que tanto los desprecian; él, en su interior desea crecer para vengarse, aunque no sabe con precisión de qué.

La obra está apoyada en datos verídicos y en estudios científicos. Nada más que el tumulto de informaciones objetivas se tornó en una lírica narración que no pretende tocar la fibra sensibilera, sino revolucionar el alma adormilada por la mullida civilización. Los personajes masculinos, femeninos e infantiles se mueven en un mundo mágico plagado de costumbres añosas, viejas tradiciones que reclaman la más fiel observancia, que privan a las gentes de su calidad humana y las sumen en un ambiente enigmático cuya realidad son los símbolos impregnados de temores, respetos y supersticiones. El gran Dios Tatic (nombre derivado de 'tata'), las cruces de largos y desproporcionados brazos, las cuevas de cultos familiares, el río de las nueve aguas turbulentas que conserva un místico recuerdo (¿o resabio?) de Egipto y Grecia, la extraña personificación de Santo Tomás, la gran piedra hechicera despeñada como "trueno escapado de la cueva de donde vino" (P.18), es un total que refleja un asombro microcosmos en el cual la realidad se confunde con la magia y lo telúrico de la tragedia del hambre y, así, el afecto se diluye en el universo de la brujería.

Es verdad que las obras son narraciones con caracteres costumbristas, otras ocasiones con reminiscencias románticas y un tanto clásicas, otras más con residuos del modernismo; es verdad todo esto. Por lo tanto, me parece que la Señora Lombardo no se afilia a ninguna corriente; toma lo que le conviene de cada una, aprovecha sus conocimientos indigenistas, la formación tradicional de su familia, el amplio bagaje cultural que su estirpe le heredó y que su matrimonio hizo cuajar, y lo amalgama en una redoma primorosa para producir una obra en la que los regionalismos no sean más que el marco que encuadre problemáticas de ámbito nacional.

El empleo de recursos de corrientes olvidadas, las dosis de fino humor, lo dramático de las situaciones y personajes de cada producción tienen el propósito de estremecer al lector y lo consiguen. Por ejemplo, ensalza al indio, pero no llega a certificarlo como Abreu Gómez a Canek. Viaja y no presume de sus travesías. Es feminista, pero no enarbola una bandera de misantropía. Simplemente le tocó la suerte de participar en el descubrimiento de un tesoro que estremeció su espíritu; pero jamás se vanaglorió de su fortuna.

Procura solamente realizar una obra positiva en pro de su patria, quitándole las intenciones pretenciosas de envergadura nacional. Trata de señalar los nuevos senderos a los jóvenes; pero lo aparta de las palestras revolucionarias y se vale de un sugestivo tono menor. Disuelve su espíritu sublime en la cotidianidad con el propósito de destacar la belleza de lo habitual. También se puede afirmar que es objetiva porque su afecto no le venda los ojos, pues critica lo deleznable con la misma dureza que enaltece las virtudes.

Sin querer hacer novela agraria, o meros relatos regionalistas, logra mandar su mensaje intencional para cambiar, aunque sea lentamente, las añejas y viciadas convicciones sociales.

Aunque su estilo sea común y proverbial, y a ciertas personas les parezca envejecido, creo que entra perfectamente, con sabrosa donosura, en el siglo veinte, en la legión de escritores amantes del México posterior a la Revolución y que, calladamente, mejoran las condiciones generales de vida moral, social y física o, por lo menos, crean en las gentes la conciencia necesaria para que aprendan a ayudar a su tierra y encaren con valor la terrible tarea de formar un digno futuro.

A todo lo anterior, se puede agregar con certeza, que la escritora aún se puede leer sin temor al rechazo de las nuevas generaciones del siglo XXI.

BIBLIOGRAFIA DIRECTA

NOVELAS.

1. Una luz en la otra orilla. Col. Letras Mexicanas. Número 47 Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1959. Viñeta de Ricardo Martínez.
2. La Culebra tapó el río. Col. Ficción. Número 46. Universidad Veracruzana. Xalapa. México. 1962.

CUENTOS

1. Muñecos de Niebla. Portada de Alejandro Caso. Edición hecha por M.L. de C. México, 1995.
2. Zapatos Nuevos. En sección "México en la Cultura" del periódico Novedades. México, 15 de julio de 1965. P.3. Columnas segunda a octava.

ARTICULOS

1. Testigo de un Naufragio, en columna ETCETERA escrita por Radar en Diario Excélsior. Sección B. México. Miércoles 8 de agosto de 1965. P.4. (carta fechada a bordo del "Ile France", el 30 de julio del mismo año).
2. Carta a Elvira Vargas a bordo del "Ile France", fechada el sábado 28 de julio de 1956, en columna MULTICOSAS, escrita por Elvira Vargas en Diario 'Novedades'. México, 14 de agosto de 1956. Pp. 5 y 9. Columnas, primera y segunda en ambas páginas.
3. Fragmento de una novela: La cosa viva más vieja en "Homenaje a María Lombardo de Caso" en "La Cultura en México. Suplemento de Siempre/ 178. Revista Siempre. Número 629. México, julio 14 de 1965. P.V.

BIBLIOGRAFIA INDIRECTA

1. Abreu Gómez, Ermilo. Leyendas y consejos del antiguo Yucatán. Ediciones Botas. México, 1961.
2. Albéres R.M. Historia de la Novela Moderna. Traducción al español y apéndice titulado "La Novela Hispanoamericana" por Fernando Alegría. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México, 1966.
3. Alegría, Fernando. "La novela hispanoamericana" en Historia de la Novela Moderna de R.M. Albéres. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México, 1966.

4. Alonso, Martín. Ciencia del lenguaje y arte del estilo. Ediciones Aguilar. Madrid, 1953.
5. Altamirano, Ignacio M. La Literatura Nacional. Edición y prólogo de José Luis Martínez. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa, S.A. México, 1949. Tres tomos.
6. Azuela, Mariano. Cien años de novela Mexicana. Ediciones Botas. México, 1947.
7. Bergson, Henri. La risa ensayo sobre la significación de lo cómico. Editorial losada. Buenos Aires, 1943.
8. Calderón, Fernando. A ninguna de las tres. Comedia en dos actos estudio preliminar de Francisco Monterde. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1944.
9. Caso, Alfonso Dr. Entrevista concedida a la profesora Eva Lydia Ocegüera. México. Viernes 14 de Noviembre de 1969.
10. Croce Benedetto. Breviario de Estética. Col. Austral. Ed. Espasa-Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires. 1947.
11. Cuéllar, José Tomás de. Baile y cochino en tomo titulado La linterna Mágica. Selección y prólogo de Mauricio Magdaleno. Col. Biblioteca del estudiante universitario # 21. Ediciones de la Universidad Nacional. México, 1941.
12. Daza Gómez, Jesús. Ciudad Perla. México, D.F. 1955.
13. Diez Echarri, Emiliano y Roca Franquesa, José María. Historia de la literatura Española e Hispanoamericana. Ed. Aguilar. Madrid, 1960.
14. Fernández Flores, Wenceslao. Estudio preliminar en Antología del humorismo en la Literatura Universal. Ed. Labor, S.A. Madrid, 1957.
15. Fuentes, Carlos. La nueva novela Hispanoamericana. Cuadernos de Joaquín Mortíz. Ed. Joaquín Mortíz. México, 1969.
16. González Peña, Carlos. Historia de la Literatura Mexicana. Ed. Porrúa. México, 1966.
17. González Porto Bompiani. Diccionario Literario (de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países.) Montaner y Simón, S.A. Barcelona, 1959.
18. Jiménez Rueda, Julio. Historia de la Literatura Mexicana. Ediciones Botas. México, 1946.
19. Jiménez Rueda Julio. Letras mexicanas en el siglo XIX. Col. Tierra Firme # 3 Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 1944.
20. Kayser, Wolfgang. Interpretación y Análisis de la obra literaria, versión Española de María D. Mouton y V. García Yebra. Biblioteca Romano Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1961.
21. Klimke, Federico, S.J. y Colomer, Eusebio, S.J. Historia de la Filosofía. Traducción y ampliaciones a cargo de los profesores de la Facultad Filosófica del Colegio Máximo de San Francisco de Borja de San Cugat del Vallés, Barcelona. Ed. Labor, S. A. Barcelona, 1953.
22. Magdaleno, Mauricio. "Selección y Prólogo" a obras de José Tomás de Cuéllar en La Linterna Mágica. Col. Biblioteca del Estudiante Universitario # 27 Ediciones de la Universidad Nacional. México, 1941.

23. Martínez, José Luis. La expresión Nacional (Letras Mexicanas del siglo XIX). Imprenta Universitaria. México, 1955.
24. Millán, María del Carmen. Literatura Mexicana. Ed. Esfinge, 1962.
25. Monterde, Francisco. Cultura Mexicana (Aspectos Literarios). Ed. Intercontinental. México, 1946.
26. Monterde, Francisco. "Estudio Preliminar" en A ninguna de las tres. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1944.
27. Nueda, Luis. Mil libros (Recuerdos Bibliográficos). Aguilar, S.A. de Ediciones. Madrid. 1952.
28. Pérez Rioja, José Antonio. El Humorismo. Col. Surco. Editores Salvat, S.A. Barcelona, 1942.
29. Prado Velázquez, Ernesto. "Biografía de María Lombardo de Caso" en Historia de Literatura Mexicana. De Carlos González Peña. Editorial Porrúa. México, 1966.
30. Rodríguez Alcalá, Hugo. El arte de Juan Rulfo (Historias de vivos y difuntos). Col. Estudios Literarios. Instituto Nacional de Bellas Artes. Departamento de Literatura. Ediciones de Bellas Artes, México, 1965.
31. Rubín de la Borbolla, Daniel. "La Sierra de Puebla" en La indumentaria Indígena en la Sierra de Puebla. Museo Nacional de Artes o Industrias Populares. México, 1951.
32. Russel, Bertrand. La sabiduría de Occidente. Traducción de Juan García Puente. Ed. Aguilar. Madrid, 1962.
33. Sáinz de Robles, Federico Carlos. Ensayo de un Diccionario de Literatura. Términos, conceptos e ismos literarios. Ed. Aguilar. Madrid, 1965.
34. Sáinz de Robles, Federico Carlos. El Teatro Español. Historia y Antología. (Desde sus orígenes hasta el siglo XIX) Ed. Aguilar. Madrid, 1942.
35. Sánchez, Luis Alberto. Breve tratado de la literatura general y notas sobre la Literatura Nueva. Col. Textos de Estudio. Ed. Ercilla Santiago de Chile, 1962.
36. Tacca, Oscar. La Historia Literaria. Biblioteca Románica Hispánica. Ed. Gredos, S.A. Madrid, 1968.
37. Urbina, Luis G. Hombres y libros. Ed. El Libro Francés, S.A. México, S.D.
38. Urbina, Luis G. La vida literaria de México. Imprenta Sáenz Hermanos. Madrid, 1917.
39. Valenzuela Rodarte, Alberto. Historia de la Literatura de México. Ed. Jus, S.A. México, 1961.
40. Warner, Ralph E. Historia de la Novela Mexicana en el siglo XIX. Col. Clásicos y Modernos # 9. Antigua Librería de Robredo. México, 1953.

HEMEROGRAFIA

- I. Sobre Muñecos de Niebla.

1. Anónimo. AUTORES Y LIBROS en "México en la Cultura". Novedades. No. 341. 2 de Octubre de 1955. P.2.
1955. P.4.
3. Anónimo. M. L. C., "Muñecos de Niebla" en TERTULIA LITERARIA. Novedades. Diciembre 1º de 1955. Sección C. P.5.
4. Anónimo. SESIONÓ EL CLUB UNIÓN Y AMISTAD. Excelsior. Sección C. 9 de febrero de 1956. P.10.
5. Anónimo. M.L.C. (Traducción de "Don Chepito" al alemán) en AUTORES Y LIBROS en "México en la Cultura". Novedades. 3 de julio de 1960. P.2.
6. Antiniorrobles. EL DESNUDO EN ARQUITECTURA Y EL CUENTO EN LA HISTORIA. Jueves de Excelsior, año 35. No 1781. 6 de Septiembre de 1956.
7. Bar-Lewaw, I. Lombardo de Caso María. Muñecos de Niebla. México, D.F., 99pp. En Books of The Hispanic World. Revista Hispania. V.XLVI. No. 4. Diciembre 4 de 1963 p.857. Univ. Of Florida.
8. Bonifaz Nuño, Alberto. MARÍA LOMBARDO DE CASO,"Muñecos de Niebla" en Revista de la Universidad de México.V.X. No. 2. Octubre de 1955 P.30.
9. Cevallos, Miguel Ángel."Muñecos de Niebla" en "Diorama en la Cultura". Excelsior. 13 de Noviembre de 1955. P.4.
10. Chumacero, Alí. LAS LETRAS MEXICANAS EN 1955. Revista de la universidad de México.1956. P.26.
11. Farfán Cano, Isabel. LA MUJER EN ACCION. Excelsior. Sección C. 22 de Enero de 1956. P.10.
12. Iturriaga, (Lic.) José E. Dos cuentos y una nota sobre María Lombardo de Caso en Suplemento "México en la Cultura". Novedades. 13 de Noviembre de 1955.P.3.
13. Otranto, Duque de. APERITIVO SOCIAL. Ultimas noticias de Excelsior. 26 de Octubre de 1955.P.5.
14. Ponce, Margarita. EL AMBIENTE EN MEXICO. Excelsior. Sección B. México, 24 de Septiembre de 1955. P.5.
15. Radar. M.L.C. y su cuento "Una Lección" en columna ETCETERA (Hablando de Piedad Iturbe). Excelsior. 24 de Septiembre de 1955. Sección B. P.5.
16. Selva, Mauricio de la. M.L.C. en ASTERISCOS en "Diorama de la Cultura". Excelsior. Año XLVI. Tomo IV. 8 de Julio de 1962.P.2.
17. Valadés, Edmundo. TERTULIA LITERARIA. Novedades. 19 de Noviembre de 1955.
18. Valadés, Edmundo. TERTULIA LITERARIA. Novedades. 1º de Diciembre de 1955. P.1.
19. Yañez, Agustín. In Memoriam MARÍA LOMBARDO DE CASO en "México en la Cultura". Novedades. No.800. 19 de Julio de 1964. P.1.
20. Zendejas, Francisco. MULTILIBROS. Excelsior. Sección C. 24 de Junio de 1960.

II. Sobre Una luz en la otra orilla.

1. Anónimo. Letras Mexicanas. M.L.C. Una luz en la otra orilla en

- NUESTRAS ULTIMAS EDICIONES. "La Gaceta". Publicación del Fondo de Cultura Económica, año V. No. 58. Junio de 1959.P.4.
2. Anónimo. "Una luz en la otra orilla" en "México en la Cultura". Novedades. 7 de Junio de 1959.P.7.
 3. Anónimo. AUTORES Y LIBROS en "México en la Cultura". Novedades. No.536. 21 de Junio de 1959.P.2.
 4. Anónimo. Éxitos de la colección LETRAS MEXICANAS del Fondo de Cultura Económica. Novedades. 21 de Junio de 1959.P.3.
 5. Anónimo NUEVO LIBRO. Novedades. 4 de julio de 1959.
 6. Antiniorrobes. LA SEMANA DE ANTONIORROBLES. Claridades. 9 de Agosto de 1959. P.6.
 7. Bermúdez, María Elvira. Una luz en la otra orilla, en "Diorama de la Cultura". Excelsior. 21 de junio de 1959.P.2.
 8. Bermúdez, María Elvira. Una luz en la otra orilla. Excelsior. 27 de Diciembre de 1959.
 9. Cevallos, Miguel Ángel. Una luz en la otra orilla. Novedades. 15 de Agosto de 1959. P.6.
 10. Fernández, Sergio. LA NOVELA EN 1959 en "México en la Cultura". Novedades. 27 de Noviembre de 1959. Pp .1 y 11.
 11. Fernández, Sergio. Juicios Críticos sobre "Una luz en la otra orilla" en MUESTRARIO DE LAS LETRAS. "México en la Cultura". Novedades. No.800. 19 de Julio de 1964. P.3
 12. FOPPA, Alaide. UNA NOVELA DE MUJERES en "Cartas de México". El Universal de Guatemala. Guatemala, 2 de Octubre de 1959. P.1
 13. Gringoire, Pedro. LIBROS DE NUESTROS TIEMPOS. 1959. Pp. 1 y 2
 14. Poniatowska, Elena. DON ALFONSO Y DOÑA MARIA LOMBARDO DE CASO. Novedades. 9 de Noviembre de 1960. Segunda Sección. Pp.1 y 2
 15. Poniatowska, Elena. NOTAS DE UNA CHARLA. "Alfonso Caso y María Lombardo de Caso". Revista Mañana. Abril 1º. De 1961. Pp.27 a 33.
 16. Reyes, Alfonso. JUICIOS CRITICOS SOBRE "Una luz en la otra orilla" en MUESTRARIO DE LAS LETRAS. "México en la Cultura". Novedades. No. 800. 19 de julio de 1964. P.5.
 17. Reyes Nevares, Salvador. "María Caso" en EL LIBRO DE LA SEMANA. en "México en la Cultura". Novedades. 14 de Junio de 1959. Pp. 3y4.
 18. Reyes Nevares, Salvador. JUICIOS CRÍTICOS SOBRE "Una luz en la otra orilla" en MUESTRARIO DE LAS LETRAS. "México en la Cultura". Novedades. No. 800. 19 de Julio de 1964. P.3.
 19. Roig, Ramón. UNA LUZ EN LA OTRA ORILLA en "Página Literaria". Vida de México desde Puebla. Año II. V. II. No. 20. Febrero 2 de 1960. P.10.
 20. Ross, Betty. Excelsior. 16 de junio de 1959.
 21. Roig, Ramón. UNA LUZ EN LA OTRA ORILLA EN "Página Literaria"

